













29181

Tejuelo 1853

# LA VIUDA

NOVELA PSICOLÓGICA

ORIGINAL DE

UBALDO ROMERO QUIÑONES

*(Parícuta, León, 1843-1914)*

*Saber sentir, saber leer y saber pensar para utilizarse; son las tres funciones de los seres honrados con el equilibrio moral.*

*Lloras porque te insultaron,  
lloras porque te ofendieron  
á ti; ¡sublime matronal  
que libre de extraño yugo  
no has tenido más verdugo  
que el peso de tu corona.*

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA



MADRID

Establecimiento tipográfico de Juan Pérez Torres.

Pasaje de Valdecilla, núm. 2.

1914

N<sup>o</sup> 3205

R. 2218 (AL)

---

Es propiedad del autor. Para los  
efectos de la ley, está garantizada.

---





---

Dedicada al eminente Jurisperito  
José María Barroso y Arrieta.

*Tú sabes que así como el plano lo determinan tres puntos, mi vida viene consagrada, en sed de justicia, por tres idolatrías: al productor humano por su esclavitud; al bracero, por su ignorancia, y al hombre de bien, por los dos motivos que lo enaltecen.*

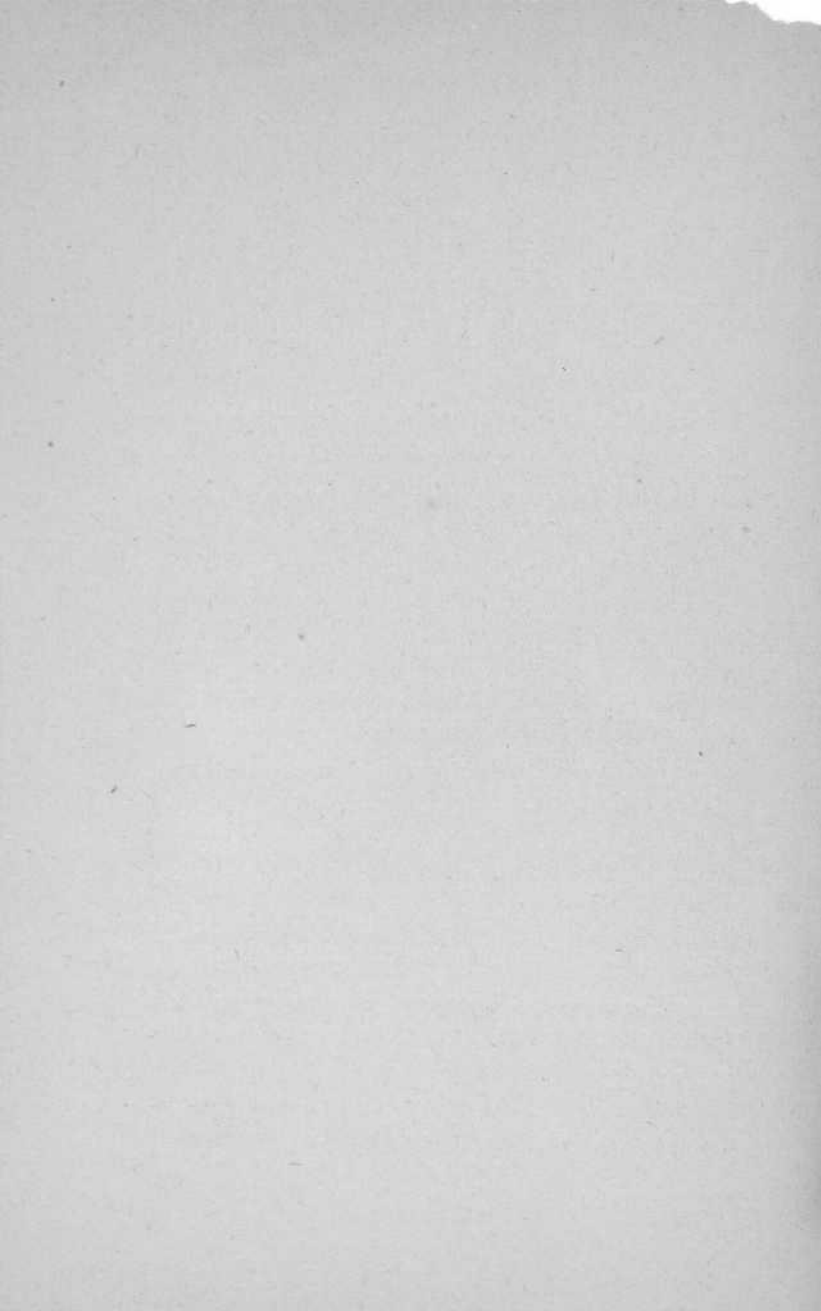
*Encarnado tú la bondad, la nobleza, la rectitud y el altruismo humano, en sus gradaciones superiores, por mi acendrado amor á esas tres idolatrías, en cuyas legítimas reivindicaciones he sacrificado mi laboriosa existencia, con un celo y un desinterés tan puro y hondo como mis convicciones.*

*Aguanta que mortifique tu modestia, poniendo tu nombre al frente de mi mejor novela, como el débil testimonio de cariño espiritual estimación profunda, y esa honda veneración que profesamos los seres honrados á las virtudes del alma, exteriorizadas en tí.*

Madrid 19-3-914.

UBALDO ROMERO QUINONES.







---

## PRÓLOGO

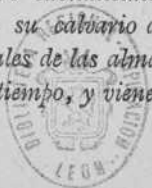
---

*Nacemos para sentir, sentimos para pensar, y pensamos para obrar; luego es eterna la vida del sér que piensa.*

*Dada la hipótesis suprema, entre el bautismo y el epítafio hay un mundo de realidades, que parecen sueños, y un infinito de ensueños acariciados por un ideal supremo, que, cual el sol en el espacio, aparece y desaparece de nuestra vista tangible para dejarnos las responsabilidades del libre albedrío en la intangibilidad del espíritu.*

*Sobre el mundo de las formas flotan los mundos infinitos del espacio, y la intangible ley del equilibrio transforma las encarnaciones para cumplir la justicia eterna en el espacio y el tiempo y para remunerar á los seres, aproximándolos á la Suprema esencia, por atracciones de amor espiritual ó repulsiones de egoísmos pasionales, hijos de la materia.*

*A medida que la Humanidad progresa y se diafaniza en las ondas hertzianas de la Psiquis, astro sublimísimo, virgen pura y redentora de la especie, de su calvario de opacidades carnales; las emociones espirituales de las almas que ven y sienten á través del espacio y el tiempo, y vienen*



comprobandose por innúmeros hechos telepáticos de la Ciencia fluidica.

*En la telepatía del futuro, en la sensación de lo porvenir, en los presentimientos y adivinación de los hechos, á través del espacio y el tiempo, viene comprobándose la inmateria-  
lidad del sér, que era, es y será un átomo espiritual de lo infinito, que por afinidad encarna, que por atracción desencarna y que por dinámica ley vuelve á la Suprema esencia por una serie de remuneraciones perfectivas, más ó menos intensamente sentidas.*

*Sentimos el nacer, pensamos el vivir de la vida, que la muerte apareja, soñando entre las ondulaciones más ó menos intensas de la materia, y nuestros sensorios espirituales, conmovidos serán por dos corrientes: del éter pretérito y el éter futuro.*

*Crecemos entre ondas de luz y sombra, requeridos, por lo pasional á la izquierda, y por lo espiritual, á la derecha; de frente hacia Dios, los sanos de corazón equilibrado; y de espaldas hacia Dios, los desgraciados impuros, por un desequilibrio mental, que enardecen las pasiones de la carne, para desviarse por regresiones materiales de la suprema vida.*

*Impulsados por una ley intangible que nos hace pagar los delitos y cobrar los méritos, llegamos, ajetreados por el contacto de nuestros semejantes, á las cumbres del pensamiento, con la inquietud constante de los recuerdos y el ansia de la esperanza de nuestra inconsciente existencia, con la carga de la herencia moral, y el peso de nuestras erratas humanas, y la triste satisfacción de liquidar una labor*

más ó menos positiva; ligados al pasado y al porvenir con un presente de desilusiones, en razón al haber contraído por nuestros méritos, obra de tres dimensiones cronológicas en la vida real, que la muerte abona á nuestro yo pensante, como el crédito del «ayer, hoy y mañana».

¿Es sueño esta vida carnal y opaca de la finalidad donde el espíritu se encierra, ó es una emulación que la muerte libra con la libertad espiritual?

En esas tres categorías del tiempo: ayer, hoy y mañana, ¿dónde se halla la verdadera realidad espiritual? Por una ilusión de los sentidos confundimos la realidad espiritual con el sueño de la carne, siendo aquélla más intensa, más pura y de mayores emociones, consideramos al sueño como la realidad, y al despertar del espíritu como un sueño de remuneraciones, no coordinadas por falta de mentalidad racional y de redención económica.

La muerte prematura significa que el sér ha despertado antes del sueño completo, como la longividad significa que el sér ha dormido su sueño completo, despertándose espontáneamente, mientras que los sorprendidos violentamente en su sueño son como los dormidos en la vida, que por la muerte los arrebató en su sueño para otras encarnaciones de modo inconsciente y sin haber liquidado.

Así, cual en la forma corpórea nos sorprende el despertar de nuestra conciencia, y aparece la verdadera vida con todos sus resplandores espirituales, para ejercer el libre albedrío del alma, unida á Dios por el cordón nominal de la luz, dinámica suprema de la vida, sin espacio ni tiempo que radia é irradia en la conciencia, esa fuerza electromagnéti



*ca, para satisfacer en plural todas las exquisiteces de la vida, devolviendo las riquezas adquiridas á la sociedad, por el supremo bien de las almas, después de haber subido con toda clase de privaciones y torturas espirituales las rocosas cimas del capitalismo, por esa mecánica industrial donde sólo saben elevarse los perseverantes activos y más inteligentes.*

*Y así como las masas productoras, sanas de corazón y de espíritu, emergidas en la religión del trabajo útil y activo, excluidas de prejuicios, de preocupaciones pasionales y de tóxicos egolátricos, nos vienen dando la visión exacta y real de la redención societaria en su triple aspecto filosófico, religioso y económico, mediante la solidaridad altruísta y la confraternidad internacional, condicionales inevitables de su triunfo.*

*De la misma manera, los multimillonarios, acaparadores de la riqueza, sanos de corazón y de espíritu, emergidos también en la religión del trabajo útil y activo, excluidos de prejuicios religiosos y de preocupaciones pasionales, bañadas sus almas en las corrientes fluídicas del espiritualismo (no confundirlos con los capitalistas parasitarios), que explotan el ambiente de los vicios y la morbosidad social, según las ranas, musas de los pantanos que viven con la fetidez ambiente, y dejan lo mal adquirido al fanatismo egolátrico de los cultos de Latría, donde se hallan emergidos por sus torpísimas pasiones, á diferencia de éstos, aquéllos devuelven á los humildes productores el bien adquirido por el útil trabajo, auxiliándoles en sus legítimas aspiraciones y en las huelgas mundiales, dando así elocu-*

*tísimas muestras de su altruísmo y la exacta visión de la redención societaria por estos elementos expansivos de confraternidad.*

*Por estos sublimes principios de las aristocracias, del talento y de la riqueza, bien heredada, en las fuentes de la producción humana, lo mismo en Inglaterra que en los Estados Unidos, China, Méjico y ahora en todas las Américas latinas, el amor espiritual y la caridad humana vienen estableciendo corrientes anímicas de redentora cultura y expansión entre los productores ricos y pobres de medios, informados unos, y otros por los principios y fines que vamos á exponer, para conocimiento y bien de todos, en esta sintética labor educativa, dando satisfacción al intenso amor á nuestros semejantes por honra y bien de la Humanidad, único y desinteresado impulso de nuestra conciencia.*





---

## Sueño telepático.

---

En una ciudad húngara, de cuyo nombre no quiero acordarme, y en un modesto hotel habitado por noble duquesa, verificábase un fenómeno de radiación psíquica de un drama trágico, realizado la noche del 27 de Diciembre de 187... en la calle del Turco, de Madrid, y dirigido por la envidiosa venganza de un malvado, y explotado por otros dos, para, de un solo golpe, asesinar la «Democracia» por la espalda y á traición, noble desposada del pueblo español en el año 1868, redimido de la insoponible carga borbónica.

Un tibio rayo de luz de la chimenea, que coloreaba las nacaradas manos de la duquesa, trémulas y nerviosas, estrujaban entre sus dedos un telegrama.

Al recibir aquel ósculo de la luz, como si las vibraciones de la telegrafía sin hilos de la pasión transmitida por las ondas hertzianas del éter psíquico; sintiendo de lejos el espacio y las trepidaciones del deseo, dejó caer el telegrama y su mirada se fijó arrobadora en las rojas tintas del fuego de la chimenea.

Isaba comparaba, sufriendo nerviosos estremecimientos, aquel crepúsculo vespertino al ocaso de su

vida ilusional de juventud y lozanía y hermosura marchitas; su sangre ondulaba por palpitaciones irregulares; abrasadora sed anudaba su garganta, y todos los arrepentimientos, toda la contrición, no bastaban para borrar de su mente recuerdos que parecían sonreirla, como la caricia de aquel misericordioso rayo de luz artificial besando su mano.

Siguiendo las vibraciones, de la combustión resbaló por su negro vestido, piqueteó por las molduras de la chimenea y fué á elevarse á los pies de un Cristo de blanquísimo marfil, clavado en negra cruz de ébano, cuya imagen destacó en la penumbra de la sala sobre una consola.

Los ojos de Isaba se fijaron, siguiendo por corriente magnética la vibración del rayo de luz, en el Redentor mundial de la carne, y aquellos sus recuerdos se desvanecieron de su mente, arrodillóse ante la imagen, balbució una oración, brotaron lágrimas de sus ojos para lavar culpas, y los sollozos trepidaban más que las palabras.

De pronto se levantó buscando el telegrama; se dirigió hacia el sofá, donde arrojándose rendida por emociones varias, y acariciada por siniestra esperanza, rindió la materia, quedándose dormida.

Ante su imaginación calenturienta, las tintas de la noche se fueron desvaneciendo entre sombras, y vió con ella una ciudad meridional, lejana y cubierta de nieve, cuyos habitantes, conmovidos por los efectos del drama de la noche que le anunciaban en el telegrama, caminaban silenciosos y tristes, como el espíritu de los oprimidos, por calles y plazas; veía la verdad desterrada; de cuerpo presente la Democracia, lozana y hermosa días antes; la libertad, convertida en libertinaje; la dignidad de los hombres, por los suelos; la religión, malrotada con blasfemias;



sombras, miedo y frío por todas partes; bramidos humanos entreverados con suspiros de agonía y venganzas que llegaron á estremecerla y despertarla.

Isaba llamó á su doncella, mandándola encender dos velas que sobre los candelabros en ambos lados de la imagen del Cristo estaban, y fijando más en ella sus ojos de fuego se persignó con vehemencia.

Algunos rayos de luz iluminaban su cara, ya enjuta y rubia, delatando una hermosura marchita que conserva todavía rastros de belleza; sus grandes ojeras acusaban una historia de pasiones satisfechas, é iban á quebrarse aquellos rayos de luz en cambiantes ante las perlas lacrimales, que, rodando por sus abrasadoras mejillas, cual lava que denuncia un volcán, denunciaban un poema de sufrimientos.

Repitiendo con argentina voz palabras entrecortadas por hondos suspiros, continuaba orando; los brazos tendidos; las manos, palma con palma; entrelazados los dedos de ambas, temerosa de que alguien pudiera sorprenderla en aquel éxtasis de arrobador arrepentimiento, volvió el rostro, reconoció con una mirada la sala, y tropezando con otra llena de pasión, lanzó un grito, é incorporándose, cual movida por un resorte, sacando fuerzas de su flaqueza, exclamó:

—Sí, soy muy criminal, homicida, marqués, he tenido un sueño horroroso, inicial de tus locas promesas.

—¡Ja, ja, ja!—balbució éste, sosteniendo la mirada firme, ardiente, seductora, de Isaba con esa atracción que ejerce entre pasionales el pecado.

Lucha terrible del alma, reflejada en la palidez mate del rostro de Isaba, que por un movimiento de pasión se acercó al marqués, y asiéndole del brazo derecho, le dijo:

—Hace días deseo revelarte un secreto que me abrasa la sangre en las arterias; hace meses que me ha quitado el sueño del cuerpo; ni como con apetito ni vivo un instante con tranquilidad, y consume todo mi sér en un fuego remordedor que me avergüenza de mí misma.

Creyéndome la más miserable de la tierra, me han robado mi idolatrada hija Sixtina, enterrándola viva en una casa de devoción; abomino yo ya todos los placeres del mundo; soñaba contigo una intensa ventura, y esta noche fatal, ese sueño siniestro me ha robado hasta la serenidad y la calma.

No hay en mis manos las manchas de sangre de Macbeth; pero la imagen de ese general español, mortalmente herido á traición, me persigue y atena-za el corazón.

El marqués, vestido de negro, impasible al contemplar á Isaba con los ojos desmesuradamente abiertos, sintió los escalofríos del criminal; recelando que alguien los escuchara, miró en derredor, diciéndola con temblona expresión y entrecortado acento.

—Cálmate, Isaba, creo que eres víctima de alguna alucinación nerviosa; sentémonos al amor del fuego, la dijo—procurando serenarse y desasiéndose del brazo de Isaba.

Isaba, sentándose en una butaca, se pasó el pañuelo por los ojos, tomó aliento y encarándose con el marqués, que se había sentado en otra próxima frente á ella:

—Puedes hablar con tranquilidad; te escucho—le dijo.

—Sabes que hace algún tiempo se habla de los fenómenos del magnetismo, de los experimentos telepáticos, de las corrientes electro-dinámicas, de las

ondas psíquicas, aplicadas como reactivos de ciertas enfermedades fisiológicas y de esos fenómenos de videncia á grandes distancias. Mediante la sugestión de la fe médica, empléanse ciertos medicamentos que los industriales falsifican y contienen todo lo contrario, de cuanto pregonan ciertos especíñcos para la salud de los enfermos, y éstos enfermos nerviosos se curan por la fe. Dicen que la teoría y el método han llegado á establecerse; hablan de curas prodigiosas en orden á la epilepsia y de transmisión de otras enfermedades por el magnetismo y la sugestión, siendo ésta un estado de hipnotismo, por medio del cual, á veces, en estado de vigilia, se puede, con el auxilio de ciertas sensaciones, especialmente por medio de la voluntad y de la palabra, provocar en un individuo nervioso y predispuesto, una serie de fenómenos más ó menos automáticos y hacerles hablar, sentir, pensar y obrar, según se quiera y á gusto de quienes le sugestionan.

Hay sabios acreditados en ciencias naturales, que hasta explican las relaciones físicas con las anímicas de la fuerza psíquica, pretendiendo hacer ver que la maldad por la sugestión puede manchar la pureza inmaculada de la doncella, sin contacto ni violencia, por el magnetismo, transmisor de ciertas enfermedades y de la voluntad ajena.

Tanto se habla del espiritismo, de tan diversa manera se interpreta, que yo, pobre de mí, educada por padres amantísimos, habiendo heredado la curiosidad de Eva y una sed inextinguible de curiosar, hojeando libros é inquiriendo casos extraordinarios de comunicaciones, acudí á casa de los condes de X..., personas de intachable conducta, donde tenían sesiones de experimentación fenomenal.

La primera tarde que pasé, nos reunimos en una

salita con varias personas, rodeando un velador especial en medio de la misma, donde pusimos nuestras manos, quedando á obscuras.

Los condes de X... me proporcionaban el espectáculo de una experimentación fenomenal. Retirados del bullicio del mundo y transidos por el dolor de la muerte de su único hijo, habían caído en la tentación de hablar con él y sorprender sus deseos de ultratumba, por medio de no sé qué intervención de espíritus, que aquella concurrencia iba á invocar. Esta idea me inspiró la seriedad suficiente para dominar las oleadas burlonas que, sin saber cómo, hacían retozar la risa en mi semblante en aquella obscura estancia. La mesita comenzó á moverse.

Aparte del tinte general de misticismo de aquel cuadro de creyentes, la conversación giraba, como la mesa, sobre diversos puntos del espiritismo, sus doctrinas y los fenómenos de hipnotismo.

La sesión iba á comenzar con esa gravedad característica de gentes pacatas y espíritus tenidos por fuertes, cuya patología externa da mucho que estudiar á los especialistas de la clase médica, que se dedican con preferencia á la psicología, y saben á qué atenerse en orden á las enfermedades hereditarias. Allí estaba una señora que la llamaban «medium», por sus facultades psíquicas, quien, con vertiginosa rapidez, garrapateaba por medio de un lápiz verticalmente sostenido con los tres dedos de la mano derecha, el antebrazo apoyado en el velador, como sonámbula.

Esta, por requerimiento del conde, suspendió la escritura, y dijo de pronto:

—Aquí está la madre de una futura princesa que se halla recluída hoy en una casa de devoción, y

será la esposa de un colegial que, por herencia, recibirá el título y la posesión.

Aquella idea y el tembloroso acento con que balbució sus palabras, abrasó, como un rayo, mi cerebro, haciéndome sufrir un mareo.

—¡Es posible!—balbució el marqués, estremecido de pies á cabeza, conteniéndose para no denunciar el secreto que atenazaba su corazón.

Hacía varios días que, por curiosidad y mediante la sugestión del muchacho, que consideraba cual un hijo espiritual, siendo él su tutor, habían ido á ver á la casa de devoción, donde, impresionado el muchacho por la vista de la hija de su íntima Isaba, habló al retornar con entusiasmo infantil.

Incrédulo por temperamento, por ignorancia y flojedad de «intellectus», no dejó de sorprenderle y emocionarle el estado de su amiga, la confesión de su turbado espíritu que acariciaba sus esperanzas é ilusiones; pero, temeroso de descubrirla sus propósitos, trató en vano de calmarla, haciendo girar la conversación hacia otras cosas más risueñas y pasionales.

Es bien raro lo que pasa con el espíritu de Isaba, pensó para sí, diciéndola:

—Perdóname y dispensa; tranquilízate, que vendré pronto—y se despidió de ella.

Verdaderamente, es fenomenal lo que sucede á esta dama. Si supiera lo que me ha hecho sufrir su primera intuición, y lo que me hace esperar y gozar su segunda... ¡Qué cosas pasan en el mundo! ¿Es pasión?, ¿es amor?, ¿es delirio?, lo que me inspira esta noble húngura. El tiempo lo dirá—murmuró—descendiendo las escaleras del hotel de su amiga y en estado de ánimo difícil de explicar.

---

## El misterio. <sup>(I)</sup>

---

A pesar de los grandes progresos realizados por el espiritualismo y los fenómenos sociales de las fuerzas electromagnéticas, en el estado morbozo de las muchedumbres, provocado por el concupiscente y depresivo materialismo, todavía no está compro-

---

(1) En la página 88 de la obra «Don Carlos», por Saint-Real, escrita, París, 1, rue Baillif, tercera edición, 1867 de la Bibliothèque Nationale, se dice: Aunque los historiadores de España mencionaron horrores y atrocidades sobre las debilidades del príncipe D. Carlos para manchar su memoria y justificar el parricidio de su padre Felipe II, es ciertísimo que habiéndole sugestionado la reina su prometida antes de casarse con su padre, para verle cuando el guardia le anunció la venida. Decid mi rey y no mi padre, le respondió. La sumisión á las órdenes de la reina le obligó á ponerse de rodillas cuando Felipe II se presentó en su prisión diciéndole: «Considerase era su sangre propia la que iba á derramar. El rey le respondió friamente que cuando era mala la sangre, daba su mismo brazo para sacarla; D. Carlos, desesperado de haber cometido aquella bajeza inútil, se levantó bruscamente y preguntó á los guardias si estaba dispuesto el baño donde debía morir, añadiendo, encarado con su padre: «Si las personas que me han aconsejado esta bajeza no os hubiera pedido gracia de una vida más noble y honrada que la vuestra, yo no la hubiese cometido; dispuesto estoy á morir.»

bado que la reencarnación humana sirva de ley remuneratoria á personas, pueblos y naciones.

Cabe pensar que así, cual los insectos, son los mensajeros del amor de las plantas y vegetales, ciertos seres humanos cumplen funciones de justicia en personas, pueblos y naciones, por la razón fundamental de que pagamos y cobramos las buenas y malas acciones realizadas en la vida. Toda buena acción realizada se nos paga por otros, y toda mala acción se nos cobra por otros.

Si el discreto lector sabe desenterrar de la Historia ciertos hechos de correlación inevitable, podrá darse cuenta de esa equitativa ley que, intangible, premia y castiga en los pueblos y naciones los actos buenos y malos, de aquellos seres que nos precedieron en la vida, por letras de cambio social á pagar y cobrar con el tiempo en justísima reciprocidad.

La nación, esclava del tóxico clerical, á quien se la hizo creer que la muerte del príncipe D. Carlos era una muerte natural, sufrió las consecuencias del fanatismo clerical, que durante tres siglos desde la cúspide de su grandeza mundial, teniendo en tiempo de Carlos V, emperador, la hegemonía del mundo civilizado, fué perdiendo tierra y cavando la sima de su deshonra y su desdicha, para concluir de hundirse por las manos de otra austriaca, encarnación de aquel fraile coronado, que murió roído por los guanos de su carnal podredumbre en aquella celda de El Escorial, donde presenció sus propios funerales. Tristísima realidad de otras, más desconsoladoras, de esa ley mundial que pagamos por los quemaderos de las ciudades flamencas y millares de mártires sacrificados por la Inquisición, donde cristalizó el tóxico clerical.

Hubo un tiempo en el que, á todo acontecimien-

to, á toda aventura, en todo drama humano para los lances de mayor aprieto, solía preguntarse con mucha discreción y mayor experiencia por todos los iniciados en las luchas de la vida, sabiendo que la mujer es la musa de las pasiones del hombre. ¿Quién es ella?

El pueblo español, que siente, que sufre, que trabaja, no ignora que hay un cuerpo extraño enquistado en el cerebro directivo de las funciones sociales, que perturba hondamente el funcionamiento de la vida nacional, disloca los miembros de la nación, entenebrece las facultades intelectuales, arruinando las fuentes de la riqueza nacional por la desviación circulatoria de la vida, fomentando al descuido de la ignorancia en las masas analfabetas, los secretos físicos más inmorales y depresivos en venganza de los pasionales desvíos de su parte contraria (1).

¿Quién es ella?

El verbo del jesuitismo que nos envenena hace medio siglo, encarnado en un corazón, seco á todos los efluvios de un amor altruísta y en un cuerpo sombrío, es el que gobierna, con el absolutismo heredado de aquel fraile impuro á un pueblo epiléptico.

Salió del aislamiento por la intervención de aquel marqués lacayuno que asesinó al general Prim para continuar la historia de Felipe II, que se hizo grande, perdiendo territorios para cavar el hoy abismo de España.

Quien no pudo establecer la ley del terrorismo in-

---

(1) Tres virtudes fisiológicas hereditarias en la raza borbónica ha exteriorizado la historia cronológica de los martirios de una nación.

Con algún caso excepcional, Carlos III, la lujuria, la lepra y la avaricia son la característica psicológica de los Borbones.



quisitorial ni los autos de fe, teniendo para su fune-  
raria gloria los fosos de Montjuich, tiene dos inqui-  
sidores para su orientación. Con Sixtina han vuelto  
á España los confesores jesuítas, los frailes inte-  
grantes, la devoción gazmoña, la moral asustadiza,  
la corrupción y avaricia recatadas.

Ella da la clave á las damas aristocráticas para  
conspirar en las sacristías é influir en los hogares  
para apagar la luz de la escuelas racionales, fomen-  
tar las corridas de toros y empobrecer las masas  
productoras, robándolas con ganzúa de los tributos  
el fruto de los sudores.

Sixtina ha convertido á los hombres públicos en  
serviles cortesanos, y á los nuncios del Papa en há-  
biles ministros; para reprimir fusiló sin piedad los  
cuerpos para salvar las almas, tratando de convertir  
á España en el sombrío monasterio, sin más justicia  
que la coacción del miedo, ni otra autoridad que el  
fraile inhumano.

Su intangible influencia en la vida pública y en la  
vida privada, hace los hombres, los deshace, cons-  
pira, intriga en las sombras, cubre las apariencias  
con los convencionalismos parlamentarios, provoca  
las crisis, las resuelve, despide los ministros, disuel-  
ve las Cortes, engaña á la opinión pública, capeán-  
dola con los trapos de la religión y del orden, para  
desmembrar el territorio en nombre de la paz del  
cementerio; provoca la guerra por interés personal,  
la termina deshonorando al Ejército y á la bandera  
nacional, que la pisotea con los pies del sacerdote,  
abatiéndola bajo el palio del clericalismo, según se  
hizo en una procesión de Palma de Mallorca, donde  
la bandera patria sirvió de alfombra á los pies de  
sacerdotes.

El servilismo político la cubre, ampárala el temor

del pueblo y la escuda la cobardía moral de los pillócratas políticos, tal es la restauración.

Ella echó á Cánovas del Ministerio, despidió á López Domínguez con una carta, lanzó á Moret, dejó caer á Maura por miedo insuperable á las Cortes europeas; quita Ministerios y los pone á su capricho, como la encarnación del fanatismo y de la intolerancia clerical.

Triste con el tóxico clerical, trágica por su avaricia, insana como Lady Macbeth, para ella las sombras de Prim y de Ruiz Zorrilla surgirán de todos los ámbitos de España, por el conjuro del caballeroso Amadeo I, cuando este pueblo asaz castigado sienta con la intensidad de noble rebeldía el terrible maleficio de su cruenta y vengativa encarnación.

La intangible Sixtina oprime, ahoga y entenebrece la vida social como visión de horrible pesadilla, siendo la maga de un funesto ensueño. Los gobiernos liberales son aves de paso y quites de revolución; los emigrantes nos desangran, pelagra la libertad, pelagra el bien público, una intranquilidad y zozobra nos acosa, como fatídico conjuro, haciéndonos recordar aquella sublime estrofa de Bernardo López García:

Lloras porque te insultaron;  
lloras porque te ofendieron,  
á ti, sublime matrona,  
que, libre de extraño yugo,  
no has tenido más verdugo  
que el peso de tu corona.

El clericalismo y la reacción inquisitorial cristalizados en Sixtina, ¿por qué no se va? Por el tóxico. ¿Por qué no la echamos? Por estar intoxicados

con el clericalismo. ¿Por qué la sufrimos? Por la idiotez del tóxico y la cobardía del egoísmo social malsano.

Este es el misterio de la encarnación intolerante á través del tiempo y el espacio, misterio inhumano que tiempo y espacio aclararán, rasgando el velo que cubre y recata el cuerpo extraño, enquistado en el cerebro de Sixtina, ejecutivo de las funciones sociales que como castigo hereditario turba y perturba el funcionamiento de la vida nacional española, que paga los crímenes horrendos cometidos por aquel fraile coronado con el nombre de Felipe II, que terminó en Carlos II el Hechizado, y vino á enquistarse á través del tiempo y espacio en Sixtina para hacer purgar las desventuras ocasionadas por un movimiento nacional contra los Borbones, cobrándose la nobleza y el desinterés del pueblo más generoso y más bruto por lo mismo, envilecido por la tauromaquia y castrado por el materialismo pornográfico.



---

## Contrastes humanos.

---

Es la mujer, como amante esposa y madre, la diosa de todas las pasiones humanas, el imperio de los hombres y de las cosas la pertenece por un paréntesis carnal, que provoca al entremés, la comedia y el drama, siendo la piedra de toque de todos los sentimientos y de todos los instintos que degradan ó elevan el destino del hombre, influyendo de modo tangible en todos los actos humanos desde el bautismo hasta el epitafio.

Lucila y Márgara eran dos encantadoras doncellas que la desgracia había unido en amistad entrañable y la ocasión, hija del azar, padre de los descuidos humanos, ratificó por uno de esos actos que dejan en la vida sello perdurable.

Márgara y Lucila se conocieron y trataron en un colegio como internas, y se amaron con la perseverancia que se aman los corazones de buen temple, azotados por la contrariedad, contrastándose por un perfecto dualismo moral.

Era Lucila una bien apuesta doncella de garbosa presencia, frizando en quince primaveras, esbelto cuerpo, ayunado de malos humores, enjuto de carnes, bien delineado de formas, las facciones del ros-

tro perfectísimas, alzada la curva del busto, boca diminuta y honesta, sombreada por nariz perfecta, grandes ojos azules engarzados en espesísimas pestañas, frente despejada, sedoso y abundantísimo cabello color de oro; todo su conjunto, lleno de castidad y realzado por una expresión melancólica, entre soñadora y divina, que parecía haber nacido predestinada para luchar, sufrir y amar espiritualmente y en plural, por un supremo altruismo.

Amaba con delirio á un ideal levantado en su conciencia con ese amor eterno inagotable, casi sin esperanza de ser correspondida.

Estudiosa y aplicada, heroica por la perseverancia en su abnegación, divina por los efluvios de su amorosa pureza, parecía resignada á ser la mártir voluntaria de su sacrificio, en aras del ideal idolatrado, que elevaba hacia Dios en el templo de su conciencia, como la hostia consagrada por su voluntad y su vida.

Espiritualista hasta donde puede serlo la mujer que tenga más en sí de ángel, y varonil hasta donde lo haya sido el hombre que dentro de sí acumule mayor cantidad del filósofo, ese dios humano intangible que vaga como loco en la conciencia.

Lucila se mecía en la vida, estudiando y asimilándose las verdades de la sociología, cual se bañan esas mariposas en los arreboles de la luz solar. La expresión escultural de su belleza física, por la gallardía y severidad de sus formas, daba la clave de su belleza moral. Aquellos sus ojos de dulcísimo mirar, tan grandes como su amorosa abnegación, y cuya luz suavizaba el círculo de sus largas pestañas, expresaban la profundidad de su pensamiento.

Su compañera de colegio, Márgara, era por el contrario, una joven de veinte años, estatura regu-

lar, muy metida en carnes blandas, ojos negros y rasgados, el color de criolla inimitable, boca diminuta, labios gruesos y lascivos, cabello negro y abundante; hermosa por los cinco sentidos; sugestiva y pasional, conociendo su fuerza, y realzándola con toda clase de coqueterías para destacar mejor su mérito, ahita de soberbia en ayunas de ejercicios espirituales; muy almibarada de lengua; todo su conjunto provocador é insinuante, se destacaba por la morbidez del busto, y las corrientes electromagnéticas que de sus negros ojos atraían á cuantas la rodeaban, realzando su belleza plástica lo breve de sus torneados pies y lo diminuto de sus manos de niña, y la fragancia de su piel, que transparentaba lo azulado de sus arterias, palpitando el amor en toda su belleza plástica.

Márgara, con el sutilísimo espíritu de la seductora del Paraíso terrenal, tenía noventa partes de la Venus griega y diez de mujer meridional. Su amor era tan cínico como su amor propio, y sus deseos tan avasalladores cual sus ansias, no creyendo en nada, la devoraba la sed de ser correspondida por el joven, causa de su forzado encierro en el colegio y objeto de sus ansias femeninas.

Incapaz de amar á nada que no fuera su amor propio de mujer hermosa, todas sus relaciones con el novio, de riquísima y distinguida familia, eran otros tantos motivos para dominarle y casarse con él, condensando sus deseos de vivir para sí; ocuparse de sí misma; dominar al joven coeficiente de su matrimonio por la fuerza de su propia pasión; hacerlo pábilo de sus ansias y esclavo de sus deseos, era el fin único de Márgara, cuya sagacidad y cuyos atractivos estaban consagrados á este solo propósito.

Márgara, conjunto de pasiones concéntricas, que no cree en nada ni en nadie, ni siente el menor destello de amor espiritual, al ser encerrada en el colegio por los peligros de su pasión que sentía su familia por el honor, se confesó con Lucila, admirando su inteligencia y virtudes, más joven y más inocente que ella, la pedía consejos y medios para huir de allí, tratando de hacerla cómplice inconsciente de su huída.

Sintiendo Márgara la impotencia del amor espiritual de su amiga Lucila, la quiere y se humilla ante su virtud, más para luchar que para vencer, burlándose de sus cosas y de su ideal—según ella las califica—, presentándose como una víctima del egoísmo de su familia, y pintándola, con su abrasadora pasión, los goces de la vida tal como ella la siente y la comprende.

Lucila, por el contrario, que se propone vivir para los demás y por los demás con su capacidad y talento, trata de convencerla, desvaneciendo el error pasional del egoísmo de su amiga, viendo en ella que quiere vivir para sí y para los demás, aprovechando el tesoro pornográfico de que la dotó la naturaleza, insinuándola con delicadeza los riesgos y peligros de su pasión avasalladora.

Lo que en Lucila es caridad, viene á ser soberbia en Márgara. La virtud erguida y probada compadeciendo á la que puede quebrarse por los azares de la vida; la poesía que habla en una, á la prosa que respira en la otra, contrastes en acción prematura sobre dos corazones jóvenes.

Departían como buenas amigas al amor del fuego de la chimenea de la habitación de Lucila, cuando Márgara, tomando una de las manos de su amiga entre las suyas, la dijo:

—Yo amo la vida risueña entre flores y perfumes, en los salones aristocráticos, rodeada de aduladores que rindan culto á mi hermosura, estimulando el amor de mi esposo con los acicates y el temor de perderla, teniendo palco en todos los teatros, abanicándome con el aire del auto por calles y paseos, saboreando todos los placeres, sin penas ni trabajos, con el cetro de la moda en mis manos. Deseo pasar por la más elegante y hermosa entre todas las elegantes y hermosas, en tertulias y recreos físicos, así en los salones invernales como en los Casinos balnearios más concurridos; que las musas las letras y las artes estén á mi servicio, como la prensa cortesana del éxito, toque en mi honor las cien trompetas de la fama, siendo árbitra de los destinos de los hombres, con el esclavo rico que las pague, y el blanco de las envidias de mis rivales, las mujeres, y del brazo de mi marido, convertido por el amor en un imbécil, que acapare mis triunfos.

—¡Márgara! ¡Márgara! El perfume embriagador de tus palabras casi me marea. ¿Y cuál es el precio de ese paraíso que surge de tu aliento y brota de tus labios, para fascinar y seducir á la mejor de tus amigas?

—No seas inocente; se trata de nuestra felicidad, de nuestro porvenir.

—¿Qué debemos entender por felicidad?

—¡Felicidad! ¡Felicidad! Dominar al hombre que nos ama. Gozar de la vida sin cuidado alguno en el reposo del cuerpo y del espíritu; gustar cuanto es agradable á la vista, al tacto, á la vanidad; brillar por las piedras preciosas y por el tocado; obtener cuanto se desea sin el ejercicio del cuerpo, por medio de una sonrisa ó un toque de abanico; mandar á los hombres como se manda con la fusta á los caballos,



y vivir para los placeres con el placer entre luces y alegrías y ruido musical. He aquí cómo siento yo la felicidad y cómo miro al mundo y considero á nuestra parte contraria el masculino.

—¿Y quién te da todo eso por tus méritos y por tu belleza?

—¡Niña candorosa! Ninguno es tan enamorado que por abnegación ponga todo eso á mis pies. Pero yo tengo gracia y sagacidad suficientes para tomarlo. ¿Por qué nos llaman los tontos mariposas sin alas? Precisamente, querida Lucila, por eso de tomar la vida allí donde la encontramos. ¿No hacen hoy lo propio todos esos jóvenes arribistas, que viven á cuenta de nuestras pasiones y de nuestra dote, para proporcionarse los goces de la variedad con las otras?

—Mucho siento no pensar ni sentir del mismo modo que tú, que miras y ves la vida como un carnaval mundano, excluyendo el alma y el amor espiritual con las esquisiteces de la familia, lo mismo la propia consagrada por la sangre, que la humana consagrada por el amor espiritual, dejando dormir en tí lo sublime y eterno que brota del alma.

Tú, querida Márgara, concretas el ideal de tu amor en un joven que te corresponde; yo dilato mi amor del alma en un ideal supremo; mi felicidad consiste en amar y obedecer á ese ideal, que adoro; sorprender sus deseos por sus miradas para realizarlas; beber la hiel que viertan en la copa de mi existencia los vaivenes de la lucha social para dejarle la miel entre sus elegidos; recibir las heridas que le hagan con el escudo de mi cuerpo; suavizar los dolores ajenos con mis lágrimas; velar en las enfermedades de mis semejantes y dormir al amor de sus glorias; fortalecer el ánimo de los humildes lucha-



dores con el ejemplo de mi adnegación; sufrir con los oprimidos; tapar los agujeros que haga la envidia, y con mi actividad redimir de las humanas miserias á mis semejantes los buenos y sanos de corazón.

—Ver los vértigos de la puja social en el torbellino de las pasiones públicas, desde la majestuosa serenidad de mi conciencia, al abrigo de los honrados productores que toman la vida según pueden y deben, evitando los peligros de la embriaguez y los dramas del delirio.

Ser yo el paño de lágrimas de los desgraciados, á hurtadillas, en una sana actividad de trabajo útil y honroso con el deleite espiritual del alma, libando las nobles expansiones del genio, que dignifica, eleva y enaltece, poniendo mi corazón como esos relojes bien montados, para que palpite con pureza y al unísono de mis semejantes; he aquí, mi buena Márgara, mi felicidad y el anhelo de mi existencia, pensando en Dios.

—¡Sublime!; pero todo eso es sueño, que no comprendo; fantasía poética sin realidad posible, querida Lucila.

—Lo mismo decían de los inventos del vapor, de la electricidad, del aeroplano, de los «autos», nuestros mayores.

—Sueño en un mundo sin amos ni esclavos, en una humanidad sana, libre y amorosa, sin tiranos ni armamentos, donde los productores obreros sean libres por el trabajo y honrados por el amor espiritual, que á todos nos dignifica, nos levanta y nos enaltece ante el sueño supremo.

Sueño en un mundo donde la justicia, el amor y la verdad reinen espontáneamente por el trabajo libre, donde los esclavos del salario no se disfracen por el miedo insuperable al capital y á los tiranos y

tengan que vestirse de soldados, de policías, de verdugos, de marineros, para escoltar á los tiranos capitalistas para defenderlos y escudarlos con sus armas, volviéndolas contra sus padres y familias, para esclavizarlas y explotarlas.

Sueño en un mundo de seres libres, fuertes, instruídos que amen el trabajo y la vida de los demás como la propia; y para realizarlo he venido á este colegio libre y espontáneamente, á instruirme y capacitarme para vivir de mi propio trabajo y de mi acción redentora, enseñando lo que aprendo y practicando el bien como mi propia salud y vida, devolviéndoles toda mi herencia.

Fíjate, querida Márgara, en dos visiones opuestas que presento á tu conciencia, como esbozo de la triste realidad.

El templo está iluminado con resplandores de incendio por las luces de un bosque de cirios; la gente de gala llena la nave central; el órgano poco á poco va apagando sus voces; la fiesta mundana se acaba ya. Se abre una verja de dorados hierros, y en dirección al claustro se ve caminar una linda joven que huye de la vida sin luchar, para enterrarse en el convento viva, del mismo modo que se entierra en el cementerio el cadáver de un muerto. ¡Cobardes! ¡Mueren sin luchar, habiendo nacido para el bien común y el propio!

—Esta visión surge de la tierra y desaparece por ella. Mira la otra hasta el cielo, tachonado de infinitas estrellas, eleva tu alma; si está dormida, despiértala y ve.

—Una hermosa joven se destaca sublime sobre el despejado horizonte del iris solar del amanecer hacia la inmortalidad. Un aire glacial sopla de la superficie terrestre, balbuciendo:

—Tú que deseas franquear la eterna morada, ¿sabes lo que te espera?

—Lo sé. El frío, el hambre, el odio, la envidia, la prisión y la muerte. Lo sé. El aislamiento, los martirios más horrendos. Lo sé—contesta la joven.

—¿Los soportarás de la parte de tu familia y de tus amigos?

—Los soportaré también.

—¿Estás dispuesta al sacrificio?

—Sí que lo estoy.

—Morirás sin que persona ninguna se acuerde de tí.

—Estoy dispuesta á morir sin piedad ni sin gloria.

—¿Y si te equivocas, y no llegas al seno de Dios?

—Estoy convencida y preparada, porque en silencio sublime me dice mi conciencia: «Aspira á mejor vida, que ésta que tocas es polvo, nada.»

Hay tantos que sin luchar se suicidan.

—¡Cobardes!, ¡cobardes!, repite el eco.

—¿Cuál de las dos visiones te parece mejor?

Después de una breve pausa, exclamó Márgara con un estremecimiento nervioso:

—Son de una loca esas dos visiones: ninguna me agrada; venimos al mundo sin previo permiso. Es tan fácil la muerte cuando se hace imposible la vida con nuestros deseos: ¡algunos viven muriendo!

—Pues haz lo que gustes. Te ruego no te olvides de mi cariño y me digas oportunamente si eres dichosa, cual te lo deseo con toda mi alma.

Y después de abrazarse efusivamente se separaron emocionadísimas.

Al día siguiente, de acuerdo con su prometido, sobornando á la servidumbre, desapareció del colegio la joven Márgara Hervás.

Por la dinámica espiritual que radia en el alma, cordón hominal de la luz que á Dios nos une, funciona el libre albedrío y por él, de modo inconsciente, cobramos las buenas acciones y pagamos las malas en plural.

Estas nociones encierran el conocimiento de la verdad, dándonos la conciencia de la vida en los tres estados de tiempo presente, futuro y pasado por las tres categorías de la fisiología humana sana, racional y moral.

Así como en toda novela hay un mundo de verdades y en toda verdad humana hay un mundo de novelas, siendo la vida un sueño del natural despertar del alma, según pueden ver y comprobar los discretos lectores en esta novela de la vida, en tiempo, encarnación y espacio, para que de ella saquen la miel del sabroso provecho para el espíritu y la cera para luz que acalore el cuerpo con las dulces emociones del más dulcísimo desengaño, contrastado por los hechos, si saben leer, meditar y digerir lo contenido, por un amor inmaculado á la hermosa Humanidad exteriorizado en forma y modo racionales y verídicos.



---

## Iniciación histórica del fenómeno.

---

Sobre el mundo tangible y limitado de las formas, circundado por la dinámica del infinito, donde palpita el ideal de las almas en ansias de lo eterno, como suprema inspiración de las prisioneras en aquél, según los prisioneros en la cárcel, que sueñan con la libertad y aspiran á conquistarla, todo sér encarnado que piensa y siente, cuando se propone significar lo sublime de un objeto y conseguir la satisfacción de un ansia espiritual, se confiesa desgraciado en la prisión de su existencia carnal.

Una ley de herencia y otra ley de redención encarrilan nuestra vida hacia la realidad, por una libertad inconsciente, que impulsa el movimiento iniciado por nuestras pasionales ansias.

En estos dulcísimos instantes que nuestra fantasía se deleita, eligiendo en su paleta los colores que más la halagan para animar las hermosas imágenes que se complace en crear ante los ensueños, no hay tristes recuerdos, amargos presentimientos ni pavoroso presente.

La ley de lo cobrado y la ley de lo debido se nos imponen de modo inevitable por maravillosos contrastes de nuestro caminar hacia la justicia, y por acciones que son castigos.

En la esfera de lo ideal la sombra toma cuerpo, y las imperfecciones del mundo pasan como desapercibidas, para quien sólo conoce el paraíso forjado por su infatigable fantasía, sin ver el grillete que aprisiona al castigo.

Pero la misión del hombre no queda cumplida dentro sólo del hogar doméstico, ni se encierran sus aspiraciones en tan estrechos límites; se debe, además, á sus semejantes, porque el círculo de la familia está circundado por el del pueblo y la nación; se debe á sus semejantes y á la sociedad humana, por una finalidad espiritual y suprema que á todos nos guía invisible.

Aspiramos no sólo á esa envidiable gloria que constituye la noble ambición, si que también á cumplir todos los deberes sociales ineludibles, requeridos por el bien ó el mal de nuestros semejantes según nuestros impulsos.

Colocado el hombre, por ley de herencia, en posición y condiciones de servir á los demás y utilizarse, procurando ayudar á sus semejantes por la gloria que puede obtener, realizando el bien para redimir, cumpliendo la ley ineludible de su propia redención, sustrayéndose al mal cuando su alma tiene el cordón espiritual que á Dios nos une.

Hay sobre esas dos leyes de herencia, medio y ambiente otra ley suprema que encarrila todas las más nobles almas; el amor á Dios y el amor á los semejantes, contrarias á la vanidad pasional de los más elevados en posición social, como á los más humildes, y esta ley absoluta cobra y paga la remuneración de todas las acciones humanas, dentro del mismo bien colectivo é individual, lo mismo á los más poderosos que á los más pobres. El ingrato es pagado con ingratitudes, el generoso con generosidades,

el traidor es traicionado, y no hay crimen ni delito que no sea castigado en el laboratorio mundial de las acciones humanas.

Corolarios desprendidos de estos grandes principios ineludibles y eternos, como la fruta de los árboles en sazón de lugar y tiempo, aquí en España, suministran también las pruebas en el novelar de los sucesos á que todo sér viene subjetivamente obligado.

Sirviéndose de una ingratitud ducal, se realizó la revolución de Septiembre, el asesinato de Prim, la traición de Sagunto y la Restauración alfonsina; fueron cobrados con la muerte de una inocente angelical esposa, y en el corazón paternal del duque, factor inductivo principalísimo de aquellos sucesos, tan severísimamente por él cobrados, para dar margen á la intuición telepática de la duquesa. Otro duque, factor del asesinato de Prim, fué castigado por su pasionalidad, facilitando él mismo, con las pasiones de Alfonso, la prematura muerte de éste.

Para los espíritus dormidos en la siesta pasional de los hechos externos, para las almas insensibles á las emociones íntimas de lo eterno y absoluto, que obran por los instintos de la carne, tirando de la vida de espaldas hacia á Dios, sin el amor espiritual que de El irradia, para ver y obrar el bien, equilibrándonos en nuestro libre albedrío, resistiendo al mal que nos solicita, todo es fatal é instintivo, y caminan tropezando con las pasiones de unos los instintos de los otros.

Por un prejuicio hereditario contra la libertad y las preocupaciones de educación, Doña Isabel de Borbón había excluído del Gobierno nacional al partido progresista. Por errores de información y pasiones clericales de la servidumbre, los cortesanos



explotaban en su provecho el instrumento del Gobierno, con el obligado turno de moderados y pseudo liberales. La murmuración de la Prensa y la conducta de la Corte daban margen al descontento nacional, hasta el extremo de provocar movimientos armados de rebeldía. Los sangrientos sucesos del 22 de Junio de 1866 y el alejamiento del Gobierno del general O'Donell, dieron motivos al duque de Montpersier para intervenir de modo reservado contra su cuñada Doña Isabel de Borbón, á la que había aconsejado inútilmente por gratitud de las mercedes recibidas.

Desterrados el duque de la Torre y otros senadores, le fué fácil al general Dulce comprometer al general Izquierdo, segundo jefe de Andalucía, y al capitán del puerto de Cádiz, Topete, facilitando la labor revolucionaria del caudillo de los progresistas, general Prim, quien convencido de la inutilidad de las observaciones que á Doña Isabel de Borbón había hecho en favor del partido progresista, y la batalla de Alcolea, abrió las puertas á la revolución de Septiembre, que eliminó la dinastía borbónica.

Parecía lógico y natural, dado el ambiente monárquico y la generosidad del pueblo español, ineducado para la República entonces, después de haber derramado tanta sangre en la guerra civil por la rama femenina, que el cuñado de Doña Isabel, hombre de buenas costumbres, honrado, laborioso y conocedor de las necesidades públicas, la hubiese sustituido en el trono.

Sea por modestia y cortesía ó por otras causas, dejó de ponerse al frente del ejército vencedor, salíéndole al paso con una carta-manifiesto el infante D. Enrique de Borbón, quien, por impulsos de la sangre y amor á la libertad, provocó al duque de

Montpensier á duelo, donde fué muerto el liberal y noble infante, haciéndole imposible la subida al trono español, y confirmándolo así las Cortes constituyentes, por 133 votos de todas las clases sociales, los prelados inclusive, en favor de D. Amadeo de Saboya, lanzado otro príncipe alemán por el general Prim como un lazo contra Napoleón Bonaparte.

Los tres ¡jamás! pronunciados por el ilustre general Prim, en memorable sesión contra los Borbones, dieron margen á la traidora conjura contra la vida del general Prim, verbo de la revolución española, y el duque, tutor espiritual del hijo de Doña Isabel, buscó los asesinos que fraguaron y realizaron el crimen de la calle del Turco sirviéndose de un malvado, que por vengarse de no haberle hecho Prim embajador en Londres, en pago de los servicios revolucionarios, dirigió la vil maniobra del asesinato en la calle del Turco.

Engañado el pueblo español y traicionado por muchos alfonsinos con capa de republicanos, sin la cultura y educación necesarias para la democracia y la república, obligó al caballeroso y noble duque de Aosta á renunciar la corona.

Y la República vino sin ambiente para la vida nacional, por la torpe pasionalidad é impaciencia de hombres honradísimos, altruistas y sabios, que fueron instrumentos inconscientes de viles plutócratas, quienes sobornaron á la plebe para provocar la guerra civil y el cantonalismo, haciendo surgir el movimiento alfonsino de Sagunto, sugestionada la masa neutra por ansias de paz y de orden, que tan carísimas han costado á la nación española después, y sin lograrlas por el dolo y concupiscencias de la pillocracia política directiva de analfabetos.

Casado D. Alfonso por miedo insuperable con la hija del duque de Montpensier, angelical y buena, los disgustos de la corte precipitaron su vida, y el duque de Sexto, amantísimo de Alfonso, lejos de contener sus juveniles pasiones, dirigiéndole por los derroteros del bien en equilibrio estable, para contener sus apetitos de mocedad, impulsado por fuerza electromagnética, lo casó por fin con Doña María Cristina en 29-11-1879, cumpliendo aquella promesa iniciada telepáticamente.

Iniciado el movimiento pasional del joven, amargando la vida de Doña María Cristina, muy á pesar del alejamiento de Palacio del duque de Sexto, terminó la vida de Alfonso en el Pardo.

Los discretos lectores de esta novela, más pura y real de cuanto lo parece, pueden comprobar los sublimes corolarios de la vida, lo mismo para los más encumbrados que para los más humildes, nadie pasa por el mundo que no pague las malas acciones, ni deje de cobrar las buenas en la vida social de relación, y de un modo más ó menos misterioso, inevitable, para todos, altos y bajos, ricos y pobres, grandes y pequeños.



# ¡Cómo encarna el ideal!

---

Nació en el seno de una familia de zánganos de la riqueza, que la llevaron á un colegio politécnico racionalista, donde los prejuicios religiosos y políticos estaban excluidos de la enseñanza, como nocivos á la educación y desenvolvimiento de todas las facultades del genio, á cuyo colegio concurrían las jóvenes de todas las nacionalidades.

La infancia y adolescencia de Lucila Curel fueron propicias, en aquel ambiente intelectual, al desarrollo de su inmaterialidad sensible.

Iniciada en las ciencias exactas y las físico-experimentales con el noble propósito de ser útil á sus semejantes, y á la mujer muy particularmente, salió del colegio para seguir la carrera de médico, licenciándose en la facultad de Madrid á los veintiún años, con extraordinario aprovechamiento.

La doctrina que prometía la justicia, la fraternidad y la redención de las almas con el amor espiritual á los productores esclavos del salario, cuyo trabajo activo los tenía fuera del mal, del egoismo y del ocio, propagadores del vicio, acarició su alma, ilustró su conciencia y acaloró su voluntad, lleván-

dola á un pueblo de la provincia de Madrid, donde, ejerciendo su profesión con amor á sus semejantes, al que curaba las enfermedades físicas, ejercía su acción redentora, esclareciendo las almas de los sanos de corazón, oprimidos por el salario, para propagar la higiene física y moral.

Al poco tiempo de residir allí, esta mariposa del ideal se halló frente á una liga de redes, que, como las geómetras del aire (vulgo arañas) tejen las suyas acotando el espacio para cazar á los inocentes insectos, formada contra ella por todos los explotadores del sudor y trabajo de los demás.

El cacique, primer detentador de la tierra; el sacerdote, segundo detentador de la verdad espiritual, y el alcalde, tercer detentador de la justicia, con el rebaño de esclavos agrarios y los zánganos de la servidumbre voluntaria, disfrazados de agentes de la trinidad explotiva, que constituían el bloque roqueño, comenzaron á resistirla, contrariando de modo indirecto y al descuido su acción sana, redentora y moral.

Por el noble interés del ideal que acaloraba su alma, pretendiendo estudiar atentamente la realidad del medio ambiente, la vida, las necesidades y la mentalidad de los esclavos del salario, en cuyo estudio no presentaba ningún acto delictivo ni censurable, asistiendo á los enfermos, consolando á los tristes, ayudando en sus necesidades á los pobres obreros asalariados; comenzó á sentir las murmuraciones insanas y calumniosas, las resistencias agresivas de los explotadores de la ignorancia y de la mentira, que con la peor intención la tendían celadas para caer en falta, según hicieron los fariseos con Jesús.

El hecho mismo de que una joven instruída, her-

mosa y rica, que había venido á establecerse en un pueblo humilde, ejerciendo de médico, por lo raro de su abnegación, despertó las suspicacias y pasiones de los egoístas, que hablaban del bien de los demás, obrando el mal, y que la consideraban como una provocación irritante contra ellos, calificándola de rebelde, de inmoral, contra ellos, y de atea, por la no adaptación al estado de ignorancia en que, al parecer, vivían, lo que sólo era un amor espiritual incomprensible y un desinterés superhumano, contrastado frente al egoísmo y brutalidad, con los cuales convivían explotadores y explotados, por hábitos y costumbres; provocando en aquéllos la venganza y en éstos una ofensa, con el fin de hacerla imposible la vida y el ejercicio de su profesión, por el camino que accionaba Lucila, fomentando la rebeldía por el instinto de los esclavos del salario, que trataba de asociar y unir, para su justa defensa.

El miedo insuperable de los campesinos al bloque roqueño del cacicato, la conjura de los esclavos voluntarios, la obligaron á salir del pueblo mediante las amenazas, anónimas, por más imposibilidad moral de redención que por miedo propio, la cobardía de los humildes la forzaron á salir de allí, estableciéndose en Madrid con cierta tristeza y un deje amargo de su primer ensayo de redención humana, en un ambiente más humilde del que ella había estimado más sano y más moral, por una visión equivocada de medio.

En ambiente más amplio, habiendo establecido su clínica con todos los medios y elementos científicos que la proporcionaba su independencia económica, para curar, en primer término, á los pobres trabajadores, gratis, y con modestos honorarios á la clase media, comenzó á rodearse de personas inteli-

gentes que auxiliaban su labor higiénica y su propaganda redentora.

Bien pronto comprendió que la prostitución de la mujer tenía por origen el injusto estado económico, y la razón fundamental era la desigualdad entre mujeres y hombres, en cuanto á sus derechos, trabajo y remuneración.

La mujer no podía vivir sino á expensas del hombre, por el matrimonio, el concubinato y la prostitución, considerándola como el origen de la familia: si se envilecía, daba frutos de envilecimiento, y si se redimía por la instrucción, la cultura é independencia económica, daba frutos de dignidad y salud. El problema de higiene social consistía para ella en redimir á la mujer de los prejuicios del alma y de las esclavitudes del cuerpo, para que, como amante esposa y madre, pudiera producir hombres libres, laboriosos y honrados.

Para que en este régimen absurdo la mujer, como compañera, esposa y madre, tenga una existencia independiente y libre, necesita realizar sacrificios terribles, heroicos y nada vulgares. Lucila comprendía que para una mujer inteligente y de mediana energía fuese dueña de sus sentimientos libres y de sus facultades, tenía que sufrir las resistencias pasionales de los intereses creados, poniéndose al servicio incondicional del hombre como esposo, ya rindiéndose á él como amante ó prostituyéndose para vivir en perenne hastío de pasiones impuras.

Lucila Curel, con la visión del ideal en el alma y las energías de la voluntad en el corazón, dispuesta para unir todas sus energías en favor de los humildes productores sanos de corazón por el trabajo útil, bienaventurados del espíritu por la inocencia, uniéndose á ellos en espíritu y en verdad, comenzó

á obrar paralelamente al ejercicio de su profesión, atrayéndose un círculo de personas laboriosas, inteligentes y honradas ante el que consagraba su pensamiento, sus conocimientos sociológicos y sus intereses y su amor espiritual.

Aquel círculo de seres de ambos sexos, bajo la dinámica espiritual de su acción redentora, fué dilatándose entre las masas productoras, constituyendo asociaciones y federaciones, como las ondas solares del amanecer que el ideal altruísta iba dilatando por los confines de la nación, ofreciendo á las humildes masas productoras el nuevo día de la redención humana, con todas las esquisiteces de la vida expansiva, sana y justiciera; ondas que acaloraban las inteligencias y los corazones, iluminando las conciencias de los asalariados, al par que sus resplandores iban desvaneciendo las nubes y opacidades del mal, los prejuicios proyectados por el egoísmo pasional y los errores, cristalizados en las leyes absurdas, hijas de la obscuridad, se derretían al amor de la vida expansiva, cual se derriten las montañas de hielo ante las calurosas ondas del astro soberano en la primavera del vivir, despejando el ambiente á todos los seres de la Naturaleza que palpitan de gozo en el tibio mar de la vida, mientras millones de seres humanos se desperezan mirando ansiosos otro mejor porvenir y ambiente más puro, más sano y más risueño, ante la perspectiva de la confraternidad humana, que derretía las fronteras, eliminando las guerras sociales y desvaneciendo los prejuicios religiosos, políticos y sociales, cristalizados en las costumbres y leyes civiles, tan inhumanas como absurdas.

La envidia de quienes parecían emularla, y la tristeza de las que admiraban su belleza física, comen-



zó á germinar en los corazones de cuantos, imaginándose superiores á ella, pretendían disputarse la estimación y cariño de las masas inconscientes, por los procedimientos irracionales de violencia y por creerla demasiado altruísta y un tanto inadaptable al medio de las contrapruebas.

Así como Judas, considerándose discípulo y predilecto de la doctrina de Jesús, disputándole con reservas el procedimiento racional, expansivo, como ineficaz para la rebeldía violenta, se vendió á sus enemigos, preparando su martirio; de la misma manera, y por ley de contraste natural, los más inconscientes y pasionales la fueron preparando la prisión y el martirio los policíacos, disfrazados de demagogos, como los fariseos, al servicio de los intereses, creados por la mentira, aconteció que en una reunión pública, donde había hablado propagando la verdad de la doctrina redentora, sus oyentes y admiradores provocaron un escándalo, que produjo una colisión entre los mismos productores, y la policía llevó presa á Lucila, como inductora del motín, á pesar de los esfuerzos de los concurrentes para libertarla, que agravaron su situación intencionalmente con la violencia y los golpes por defenderla unos y por aprisionarla los otros.

En la lucha de los malvados, defendiendo la mentira y los intereses creados á su sombra, contra los buenos, defendiendo la verdad á la luz de la conciencia; el aforismo axiomático de que es preciso colgar por la lengua á quienes calumnian, y por las orejas á quienes murmuran y escuchan para la guerra y destrucción de la especie ó de las intenciones, pasara por la realidad, eliminaría los contrastes, facilitando la solución definitiva del problema económico.



Pero, entonces, ni nuestros dolores parecerían siglos, ni nuestros placeres relámpagos, y la vida sería uu hastío perenne sin deseos, que la embellecen, y sin resistencias que la hacen bella é intensiva, según las sombras de la noche avaloran la luz del día y las enfermedades dan el goce de la salud. Lucila Curel, incomunicada con el mundo en la prisión celular; encarnando el ideal, la bondad y la justicia como el germen del árbol atropellado por el peñasco que lo derriba, crece, se desrrolla y le abraza con sus ramas bajo las caricias del sol; se comunicaba con los suyos por medio de la prensa, y acreditando así su amor espiritual, sancionado por las privaciones, las penas y torturas, con el heroísmo femenino que se combate el mal y se fomenta el bien de nuestros semejantes, defendiéndose con las energías de su voluntad y la fuerza de su inalterable conciencia y la fe en el amor espiritual de la Humanidad, condensadas en su persona.

En esta penosa y triste situación en que pusieron á Lucila, vamos á remontarnos al origen del mal en la fuente del instrumento donde se labora y cultiva, para que la discreción del lector los estudie y analice, preservándose por el suyo propio y remontándonos á las causas y los motivos que lo determinan y proyectan, á fin de que puedan eliminarse las causas que motivan y atormentan á otros precursores del bien.

El mayor y más recatado enemigo de Lucila Curel, era una cuantiosa riqueza, heredada de un tío carnal que había muerto en Méjico y que administraba un matrimonio católico con su razón y cuenta; riqueza que, conocida por los apostólicos, sirvió de pretexto para encarcelarla, y luego, santamente, irla despojando por el mismo procedimiento y medios

que prendieron, encarcelaron y sacrificaron á Jesús, creyendo eliminar con El el ideal que encarnaba.

La hipocresía y la maldad son tan antiguos en el mundo como los medios y procedimientos que emplean para eliminar el bien y la verdad, eliminando á los seres que los encarnan. El beso de Judas en la obscuridad del huerto fué el medio que realizaron los fariseos para eliminarlo de la vida.

Una amiga de colegio, sugestionada por el ambiente donde vivía, fué el pretexto que hizo más dura y más cruel la prisión de Lucila, por las razones y motivos que verá el discreto y curioso lector.





## Drama íntimo.

---

Difícilmente pudiera el más discreto lector hacerse cargo de los sucesos dramáticos que se realizan en el mundo, ni menos emocionarse para evitarlos ni preverlos, si antes no expusiéramos algunas observaciones sobre la psicología de los actores, que tanta influencia ejerce para imponer el drama humano con todas las contingencias del medio de la educación y del ambiente.

La idiotez, la perversidad de instintos y el crimen se cultivan en la imprevisión más inocente, y desarrollan en el encierro con el tóxico religioso y con la explosión pasional de anormales y de amorales, de espaldas hacia Dios y frente al materialismo mundial, cultivado por los prejuicios y el alcoholismo.

Enciérrese al inocente niño en una cueva sin trato ni luz ni contacto con sus semejantes, y se desarrolla el idiota. Edúquese al ser humano en el fanatismo idolátrico de una religión, donde se considere superior á sus semejantes, enloqueciéndole con el tóxico de la intolerancia mística, y se desarrolla el sér con toda la perversidad de los instintos inquisidores.

Iníciase al sér humano en el principio egoístico de todos para él y él solo para sí mismo, dando rienda suelta á todas sus pasiones concéntricas, y se desarrolla el amoral con todo el abulismo criminoso.

Déseles ambiente, movimiento y combinaciones en el hogar, en la familia y en la sociedad, y surgirán de modo pavoroso las estadísticas de la locura, de los crímenes y suicidios que azotan y estremecen hoy á la especie humana, flagelándola con las torturas de una vesania colectiva y de una insania social destructora.

Era la noble Sixtina, uno de estos tipos de cerámica humana, enjuta de carnes blandas, alta de cuerpo, entredicho el color del rostro, de facciones regulares, larga de intenciones, férvida católica, fría de voluntad, tarda en juzgar, fácil en recursos, tan perezosa para el bien ajeno como muy activa en el propio.

Voluptuosa en el egoísmo como todos los ejemplares humanos, intoxicados por el culto de Latría, educada en casa de devoción por ruego y encargo, un Mefistófeles la sacó de allí para casarla con un duque chulesco, judío de raza y estirpe.

El violento salto del misticismo al escenario de la vida fastuosa y alegre en los dominios del ducado, desvaneció la imaginación de Sixtina, cuyo noble corazón, contrariado por los celos y comprimido por la onerosa é injusta competencia, exaltó su espíritu á las esferas de la más terrible intolerancia, tomando como instrumentos de su pasional deliquio á los servidores y contribuyentes de su noble feudo.

¡Tristísima realidad de otra más infortunada que instintivamente se cobraba en castigos de cuantos borregos la rendían pleitesía en sus aristocráticos dominios.

Sin percatarse la tóxica Sixtina de la lastimosa confusión que padecía, confundiendo á la chusma doméstica que la rodeaba, con la inocente y honrada masa contribuyente, que pechaba por el insuperable del ducado.

Víctima propiciatoria de las artimañas y lacerías de su amiga, inspiradora y compañera inseparable, Márgara, embajadora de la mundial bestia, cuyos centros y tentáculos tienen su absorbente cabeza en Roma.

Mientras que Márgara, dueña absoluta de la voluntad de Sixtina, disponía sin obstáculos el cultivo, gobierno y dirección de las asociaciones religiosas, tratando de eliminar hasta los gérmenes de su natural enemiga Lucila, en el desarrollo é intervención de los contribuyentes y colonos de la cosa pública, á los cuidados y atenciones de ellas consagrada; Sixtina, con la pasión del oro de una parte y la pasión neurótica de la otra, cubierta con el velo de las virtudes, afanaba todo lo del pro común y demostraba el amor propio, expulsando del suntuoso y amplio hotel que la servía de morada á toda la parentela del difunto, que tanto le había mortificado en el cultivo femenino.

El arte de fingir por debilidad instintiva es el que mejor y más pronto aprende toda mujer en la desgracia, y por hipocresía social, en la cortesanía; el arte de llorar es el más socorrido para conmover, y el de reir para suggestionar.

La mujer, llorando, conmueve casi siempre á pasiones hondas; riendo, despierta simpatías y atrae y domina; la educación de los labios para la oportuna risa y la del saco lacrimonial para humedecer á tiempo los ojos, constituyen en la mujer una pedagogía irresistible, porque es muy difícil saber si son espon-

táneas; por esto domina los impulsos del alma y las pasiones del cuerpo de su natural enemigo el hombre. Sixtina era una consumada artista por entrambos recursos.

En aquellos afanes de acumulación de oro y de pasional amor contrariado, llegó hasta el más monstruoso heroísmo en el propio hogar. Locamente enamorada de un político, ayudada por Márgara, eliminóse de la vida el obstáculo por un equívoco, que pasó desapercibido de las gentes, siendo castigada por su propia madre, dueña del tesoro por ella acumulado, muriendo sin dejar testamento, y por lo propio que hirió sus sentimientos religiosos, casándose con otra que los tenía contrarios á los suyos.

Hay pasiones dramáticas que no deben detallarse, por honra y discreción de los lectores y tormento infernal del diablo, que las sugiere y estimula.

Entre el bien y el mal, encarnados en Jesús y en Judas, símbolos del dualismo humano, que dan margen al progreso y al drama mundial materia permanente, camina la especie por tan paralelos y opuestos rieles, mediante la intensidad del amor espiritual y el odio de la carne, alimentándose la ciencia con mártires y la ignorancia con víctimas.

De todo este conjunto de combinados esfuerzos en la humana lucha, proceden las más corrosivas predicaciones de la plebe, indocumentada en el trabajo útil, rebelde á la disciplina del trabajo y del bien propio y común, por la falacia de unos, el dolo político de los otros y la violencia del número, agitando contra la masa documentada en el bien, disciplinada en la religión del trabajo útil, espiritualmente amante de la justicia, con la bandera del libertinaje aquéllos deshonran la libertad, mintiendo

el bien de los demás, excitan las pasiones provocando los vicios bajo pretexto de liberación.

El drama del calvario se repite frecuentemente con todas sus incidencias, amaños y falsías cuando el estado morbosos de las muchedumbres prevalece sobre la salud social mediante los estímulos de la mentira, y la ignorancia, sacrificando al Justo, y dando libertad á Barrabás, por el miedo insuperable de la plebe á los directores legionarios pasionales del crimen y del vicio.

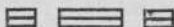
Para los discípulos de Judas, con el tóxico del fanatismo materialista y la egolatria de los malvados, Dios es una afirmación pueril del espantajo Todopoderoso, la justicia es obra de buitres, lechuzas y aguiluchos humanos, la moralidad es una hipocresía de necios, el altruismo de los buenos es una excitación de los malvados, la impunidad es un aperitivo de cobardes, el engaño, la traición y los abusos de confianza son los estimulantes de la maldad y alevosía; la obediencia á los fueros del honor y á los mandatos de la conciencia merecen el martirio de la plebe libertina. El amor libre pasional burla es del amor espiritual, y la honra del espíritu debe clavarse en la cruz para satisfacer la bestia y castigo de los afrentosos, educados en la indisciplina de todos los deberes y apancebados en el culto de todos los bestiales apetitos, que á los señores amorales y degenerados hacen monstruosos por el número insuperable.

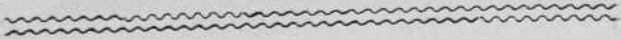
Y este drama infernal que sugestiona, incita y seduce á las masas por los tóxicos del alcohol y la amoralidad, se condensa en el hogar, palpita en las familias, cruje comprimido en el pecho de los anormales contra su misma sangre al soplo pasional de los más débiles impulsos desde la sugestión nerviosa hasta el delirio místico, por contrarios motivos.



En estos choques y vaivenes pasionales cuyas trepidaciones habían hecho latir los corazones de Sixtina y Márgara, identificándolas y uniéndolas como una sola, según el espíritu y cuerpo de un sólo sér, compenetrándolas de tal forma y modo, que sentían, pensaban y obraban al unísono, cual siente, piensa y obra un sólo sér con las mismas ansias, los mismos deseos y la misma pasionalidad vengativa.

Sin percatarse la desgraciada Sixtina de la triste y lamentable confusión que padecía, confundiendo á la chusma que la rodeaba por las sugestivas precauciones de Márgara, con la nobilísima, inocente y honrada masa neutra, víctima propiciatoria de su amiga.





## Noticierismo maleante.

---

«Cuántos mártires invisibles,  
por amarte, caminan al Calvario  
con la cruz de pecados ajenos.  
¡Oh, verdad, hija de Dios, eres  
tan hermosa para las almas sin  
mancha!»

Asistimos á la disolución de un régimen clasificado de capitalista en el mundo de la mentira y el dolo, y sostenido por cuatro errores sociales que palpitan y alientan en cuatro verbos activos: «mentir», «robar», «juzgar» y «matar», envileciendo á la Humanidad y haciendo descarrilar á las masas envilecidas con la mentira, por los rieles del alcoholismo y concupiscente materialismo con el trole del oro, y de espaldas hacia Dios.

Así como los insectos son los mensajeros inconscientes del amor de las plantas en el reino vegetal, cuatro microbios legionarios son también los mensajeros inconscientes de la disolución social por la mentira, el prestamista, el «empresario», el «industrial» y el periodista noticiero, todos maleantes, todos hambrientos y de mala fe provocan la gran epidemia social que diezma, encanalla, y elimina por las canales del suicidio y el crimen, al amor de la

mentira, del dolo y la prostitución envenenan los espíritus y embriagan á las almas, manchando la imaginativa con las cruentas peripecias del combate social, entre la verdad y la mentira de los malos contra los buenos, en que la opinión actúa de verdugo de la verdad por ministerio de los microbios plumíferos de la prensa mercantil.

Penetrad en la mundial comedia del periodismo, donde brillan por su ausencia la verdad, la ciencia, el arte y la poesía, y donde laboran, de común acuerdo en el ansia de afanar el precio del sudor de los demás los cuatro legionarios microbios: el prestamista, el empresario, el industrial y el noticiero periodista; y hallaréis en este mundo de lo falso, de ficticio, de lo convencional, adaptado á la opinión, donde todo mentecato que vence es sabio, donde todo ladrón con éxito es un filántropo, donde todo ministro conculcador es hombre digno y honrado, donde todo autor pornográfico es eminente, donde todo envenenador de mercancías es un sabio encantador, donde todo rico canallesco utiliza el reclamo para robar, donde todo banquero talla, forja y prepara sus redes para cazar incautos, mediante la cuantía para el anuncio, el reclamo y la complicidad.

Los diarios de más circulación se confeccionan y circulan mediante el timoscopio, enfocado hacia los lectores, por esos cuatro legionarios microbios sociales, á cuenta del público leyente, incauto, víctima á quien sugestionan, engañan y envilecen con el secuestro de la opinión pública, por ellos mixtificada.

No hay familia millonaria en quien no dejen de cebarse mediante la injuria, la calumnia ó el drama jurídico premeditado, con alevosía; los actos de abnegación, los heroísmos del altruismo, las obras de caridad eminente, dejan de ser conocidas, si el dine-

ro no les abre las puertas de la opinión pública en las columnas de esos diarios, cerradas al bien por el ansia de estos cuatro microbios legionarios, indocumentados en el trabajo útil, la moralidad y el decoro.

Lucila Curel era una huérfana que una familia, al parecer honrada, había recibido en su seno para educar y proteger por el encargo de una engañada madre moribunda, de quien, á la par recibieron documentos é instrucciones para cuidarla y atenderla, mediante la renta de unos títulos de Deuda exterior, depositados á nombre de ella, haciéndole tutor y curador al jefe de la familia, un hipócrita del bien empleado en un gran comercio, que estaba autorizado para cobrar los intereses, mediante la capción de un poder general, amañado en esa desgracia materna para explotar la huérfana; un día muy de mañana se presentó un caballero en casa del tutor de Lucila, deseando hablar con el jefe de la familia.

—¿El Sr. D. Gumersindo Atienza?—preguntó á la criada que salió á abrirle la puerta.

—Pase usted mi tarjeta, y dígame deseo hablar con él de un asunto que le interesa.

El periodista, informado por la criada, estaba al corriente de la explotación de la huérfana, hada cenicienta de la familia.

Atienza pasó la vista por la tarjeta que le había dado la criada, leyendo con extrañeza el nombre del director de un diario católico de gran circulación por España.

—Dígale que pase á la sala, que voy al momento.

—¿En qué puedo servir á usted, caballero?—le dijo Atienza, entrando en la sala, y saludándole con una inclinación de cabeza, mientras le indicaba tomase asiento en una de las butacas.

Y sentándose en el sofá, le dijo:

—¿En qué puedo complacerle?

—Caballero, una casualidad me ha hecho conocedor de un importante secreto que á usted interesa saber, como tutor que es de la señorita Lucila Currel Hernández, que no hace mucho ha heredado unos cuantos millones de un tío carnal muerto en Veracruz en un duelo, de quien fué testigo un compañero, director de un diario de Méjico, que me ha confiado el encargo de anunciárselo á usted, naturalmente, con su cuenta y razón y ciertas reservas del secreto confesional.

El Sr. Atienza, hombre experimentado, escuchó entre sorpresa y recelo al director del diario católico *El Timbalete*.

—En efecto: soy el tutor de esa señorita, y puede usted decir lo que le plazca, ignoro esa herencia; estuvo en un colegio, terminó su carrera y...

—¿Ella recibe cartas de un joven con quien está en relaciones?—interrumpió el director del periódico.

—Yo lo ignoro, y creo que también toda mi familia—exclamó Atienza, con la escama de su hipocresía.

—Este antecedente es muy importante para usted, como tutor y curador que es de ella; deseo que usted se informe para dar yo contestación antes de hacerse usted cargo de la herencia, según me encarga el compañero de Veracruz.

—Puede usted explicarse si gusta, cuando tiene usted todos esos antecedentes, que yo ignoro, en obsequio de esa señorita, porque, como es honrada, la hemos dejado toda su libertad, y sólo administramos sus intereses. ¿Quiere usted dárselos á ella directamente? Puedo llamarla, si gusta.

—Por ahora no es oportuno ni pertinente hasta que usted se informe de esas relaciones. Yo vendré mañana y entonces hablaremos.

—Ya sabe dónde me tiene á su disposición. La circunstancia de haber muerto su tío en duelo requiere mucha discreción y recato en este asunto.

—Trátase de algunos millones en valores del Estado mejicano, y hay que agotar ciertos trámites para obtenerlos.

—Mañana volveré á esta hora, si para usted es cómoda, y hablaremos puntualizando el asunto. Creo que no debe usted ni decírselo por ahora á esa señorita.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana—contestó el Sr. Atienza, confuso y aturrido por tan inesperado descubrimiento.

—Sabía la importancia que la opinión daba al mencionado diario de su comunión exterior; conocía por ésta la seriedad que tenía el director del diario, y por su propia malicia y torpes intenciones conocía los recursos á que siempre apela el engaño.

Después de bien pensado, llamó á Lucila, y con todas las precauciones de un hombre hipocritón redomado, prudente y discreto, en el disimulo, la dijo con el más dulce, meloso acento, que hasta entonces no había con ella tenido:

—Hija mía, hasta este momento sabes que no me he ocupado de averiguar lo que piensas ni sientes con respecto á tu porvenir; te consideramos como á una hija muy estimada; pero, por nuestra desgracia, no lo eres, y no tengo derecho á más de lo que tú te dignes decirnos respecto á tus pensamientos y deseos; tienes talento acreditado y capacidad.

Sé que no tienes vocación para monja; pero ignoro si conservas aún la libertad de elegir compañero

para casarte. Si me estimas y me quieres como te queremos y estimamos, creo merecer esa confianza de tu parte.

Entre confusa y un tanto preocupada, á la vez que sorprendida Lucila, por aquel acento y suavidad, no acostumbrados con ella:

—Efectivamente, tengo relaciones con un joven que fué vecino de la casa, por correspondencia—contestó con ingenuidad Lucila.

—No necesito saber más; eres libre y dueña de tu persona; supongo que será digno de tu elección, y esto es suficiente para nuestra tranquilidad—la dijo, recatando su gran contrariedad.

—Ciertamente, es un caballero digno, honrado y con carrera de ingeniero de Caminos; pero no son relaciones de gran intimidad—añadió Lucila con un bien triste presentimiento.

—Me alegro mucho si no estás muy interesada por él—interrumpió el Sr. Atienza con perceptible sonrisa y acentuando la suavidad en el decir, y añadió:

—Ya sabes lo mucho que te estimamos, y el celo que por tu completa educación hemos empleado para cumplir la voluntad de tu desgraciada madre. No debes ignorar que la felicidad matrimonial se fundamenta en la comunión de ambas almas en Dios, sin cuya comunión espiritual los cuerpos no pueden vivir unidos para el predominio de las pasiones, que turban éstas la paz matrimonial y provocan las desgracias de los hijos, cuando no hay esa comunión de las almas.

La inesperada curiosidad del tutor de Lucila, que hasta entonces, después de sacarla del colegio, no se había preocupado de otra cosa que de hacerla trabajar en los más elementales trabajos de la casa,

bajo el pretexto siempre de educarla y enseñarla, sirviéndoles de criada en todos aquellos menesteres más rudos, haciéndola comprender no tenía otro amparo y ayuda que el de una criada recogida por caridad, alarmó á Lucila.

Su desventuradísima madre, confiando demasiado en el honor de aquella familia, ni aun la había insinuado los medios con que podía contar para vivir, creyendo en la buena fe y los buenos sentimientos de la familia de Atienza, que se libró bien de hacérselos saber á la pupila, cenicienta de la casa, en peligro de írseles con el aditamento de otra fortuna inesperada en perspectiva.

—¿Conoces cuál es la religión que profesa tu prometido?—interrogó Atienza, desasosegado.

—La desconozco; no se me ha ocurrido preguntárselo—contestó con la mayor ingenuidad Lucila.

—Pues de suma importancia es para tu felicidad el saberlo, porque quien no ama á Dios, y no practica nuestra santa religión católica, no puede amarte bien ni vivir en el santo matrimonio, y es lo primero que debes saber, y nosotros no podemos consentir que seas desgraciada uniendo tu suerte á la de un incrédulo; porque los dos seréis arrastrados al precipicio.

Preciso es que te informes antes de continuar esas relaciones. Ya lo sabes, Lucila.

—Procuraré informarme—contestó ella, sin saber bien lo que pasaba ante un nuevo obstáculo que á su dicha se oponía, y cuando «tan en secreto» sostenía la correspondencia.





---

## Dos almas que se clarean.

---

A los ocho días de hallarse presa Lucila en la cárcel de mujeres, una tarde anunciáronla con mucho aparato la visita de una dama de alto rango que, habiendo descendido de un «auto», se presentó á ella:

—¡Mi querida Lucila!—la dijo abrazándola—. ¡Quién me había de decir que iba á verte en este triste lugar y situación tan lamentable! Por los periódicos he sabido tu prisión y he venido á salvarte. Ya me imaginaba que tu locura ideal habría de acarrear esta desgracia.

—¿Y cómo te han traído? Serénate, siéntate, y perdona mi curiosidad.

—Salí del Colegio, estudié Medicina, fuí á un pueblo á ejercer mi profesión, y al poco tiempo vine á esta capital. Concurrí á una reunión pública, donde expuse mi doctrina social; se promovió un escándalo en la discusión, y me han traído presa por ese motivo.

—Ya me lo figuraba: tu locura del bien de los demás había de acarrear estos peligros y estas desazones.

—Y tú, ¿eres feliz?—interrogó Lucila.

—En ocasiones me divierto; me casé bien con un rico aristócrata, pero equivocada; como no tengo tus sentimientos ni participo de tus ideales, tomo la vida en broma. Mi sagacidad y mi vanidad me hacen jugar con los sentimientos de los demás, como los niños con sus juguetes. Una vida banal, lujosa, entre recreos físicos y funciones de carnaval, martirizando el amor propio de las otras, atormentando sin tormentos y con el velo de la religión católica como la mejor mantilla de mi adorno, escudriño, estudio y observo los sentimientos y pasiones de los demás, para servirme de ellas en los trances de apuro; así he subido mucho para ver mejor, y así domino á mi antojo y al descuido de los otros. Esta es la misión que más halaga mi corazón, y mejor me facilita el trato de la sociedad, de sublimes zánganos de la riqueza, entre quienes cuento más cortesanos y admiradores. Los vivos califican de histerismo mi vanagloria. Yo me río mucho con esas calificaciones; coqueta me llaman mis rivales por la espalda, porque precisamente es el dolor de ellas la preocupación especial mía y el secreto de mi felicidad.

Tú que eres discreta, estimarás mi confesión sincera; y ahora verás si puedo serte útil. Desde luego, te aconsejo que cambies de morada, y si quieres recuperar tu libertad de un modo más indirecto, debes ir á una casa de devoción, donde hallarás compañía más propia de tus sentimientos y de tu dignidad, que aquí, entre esta gente de mal vivir, de peores costumbres, maleante por la miseria moral y física.

—¿Es que de aquí no podré salir directamente á mi casa y á la calle?—interrogó Lucila visiblemente emocionada.

—Es muy difícil; no te diré que sea imposible

después de mucho tiempo; te has creado una atmósfera peligrosa y malsana: la prensa, por una parte, haciendo tu causa, la empeora; las pasiones de las multitudes y la rebeldía agravan tu situación. Tus riquezas, son un incentivo para la curia, que tiene muchos elementos y medios para explotarlas, y prolongar tu prisión con los trámites en uso y abuso.

—No son tantas, ni creo que sean tan notorias.

—La misma prensa, creyendo favorecerte, las denuncia; hay quien habla de una herencia próxima para favorecerte.

—Sabes más que yo, querida Márgara.

—Entonces, ¿no estás enterada ni la lees?

—Ciertamente que no; pero ¿tú sabes algo?

—Esto, por ahora, te debe importar poco; mas si crees en mi cariño y amistad, te aconsejo que cambies de morada y vengas al convento de A, casa de devoción, donde estarás más acomodada y con mejor trato.

—La cuestión es que, temporalmente al menos, cortes el hilo por donde has venido, cortando las relaciones con esa gente, que han motivado tu prisión.

—Si tienes confianza en mí, tengo la seguridad de que podrás libertarte y salir de aquí; por de pronto, si así consientes te llevarán á esa casa de devoción, y, una vez allí, veremos la manera de que salgas pronto libre.

—De este modo el sobreseimiento de tu causa será más fácil y seguro; así me lo han prometido quienes pueden hacerlo. Necesito saber tu deseo y voluntad, y perdóname que el tiempo no me permita acompañarte más.

—En ti confío, Márgara—dijo Lucila, levantándose y abrazando á su amiga.

—Entonces iré á verte allí—exclamó Márgara, besándola y abrazándola efusivamente.

—Hasta la vista—balbució Lucila, murmurando en su interior, muy agradecida.

—¡Qué influencia tiene, y cómo ha podido conseguirla en este ambiente!—exclamó Lucila, cinco días después de la entrevista con su amiga, cuando la trasladaban á la casa de devoción católica.





## Cómo se inicia el drama

---

La psicología es una fuerza más intangible que la electricidad, que, como se sabe de ésta, mueve todas las máquinas, así terrestres como aéreas, y aquélla mueve á los seres humanos de un modo más ó menos inconsciente.

¡Cuántos inocentes serían salvados y cuántos criminales dejarían de serlo, si la justicia histórica tuviera en cuenta la psicología que determina las acciones humanas!

De aquí la necesidad de cuantos, con el lema de enseñar delitando, no velamos los dramas de la realidad; presentamos al discreto lector los actores, tanto por su ética como por su estética, para que éstos, cual abejas humanas, saquen de la lectura la miel del sabroso provecho propio, con la cera para luz de su previsión y desengaños ajenos.

Se sabe que si el ser ocioso, por atrofia del entendimiento ó tóxico religioso, más que un sér vivo es un cadáver mecánico, que come á cuenta de los otros, intoxicado por el prejuicio de un fanatismo; es un impulsivo capaz de sacrificar los cuerpos y almas de los demás, por salvar el alma y cuerpo propio.

La contemplación estática del bien provoca en los fanáticos intoxicados por la intolerancia, el aforismo práctico siguiente:

«Al cuerpo hay que darle cuanto pida, menos trabajar, por contrariarle en algo»; que trabajen los incrédulos, mientras gozamos los creyentes por ellos, salvando sus almas para que alimenten nuestros cuerpos.

Doña Sinforiana Pinzón era una dama meridional, de cepa aristocrática, que había heredado con los restos de una fortuna, salvados del delirio de grandezas, el tóxico católico y todos los prejuicios de sus mayores, agarrándose al matrimonio de don Gumersindo Atienza, hombre trabajador, ignorante, humilde de nacimiento, cual el náufrago se agarra á una tabla de salvación.

Habían tenido varios hijos, conservando únicamente una hija, imagen moral y física de doña Sinforiana, ya entrada en años y metida en carnes blandas, llamada Eulogia.

La madre y la hija tenían completamente hipnotizado á D. Gumersindo, que trabajaba como una fiera tras del mostrador de una tienda de paños, para mantener á su esposa é hija, mártires del delirio de grandezas del lujo insuperable y de las relaciones católicas con otras familias aristocráticas de más medios materiales que la suya.

Doña Sinforiana había removido todas sus relaciones de sacristía y mundo, para casar á su adorada hija, concluyendo ambas por dedicarse al catequismo de otras familias menos crédulas y más prácticas que ellas, haciéndose socias de muchas cofradías.

Unas relaciones de confesionario y una casualidad dramática las proporcionó la tutela de Lucila, cuando estaban casi agotados sus recursos, y, aun-

que D. Gumersindo Atienza trabajaba como un condenado, sin otro patrimonio ni recreo que el mostrador, y algún negocio por Pascuas floridas, los gastos eran superiores á sus ingresos. El trato de su esposa é hija con personas palaciegas y distinguidas, halagaba un poco la vanidad del Sr. Atienza, que también tenía en su corazón algo de la humana bestia por la vanidad.

En el preciso momento que tenemos la honra de presentarlos al público leyente, la tutela de Lucila y los recursos de ésta eran el único medio que les quedaba para vivir con lujo relativo, y consagrarse por completo al culto católico con tan buenos medios y tan de moda por su vistosa Latría.

D. Gumersindo Atienza, que no tenía más voluntad ni pensamiento que la voluntad y pensamiento de su esposa é hija, ni daba paso alguno sin consultarlas previamente, en cuanto se informó por el director del diario católico *El Timbalete* de la herencia de Lucila, se puso al habla con su esposa é hija, anunciándolas la buena noticia con todos sus detalles, que el director le había indicado.

Doña Sinforiana, ni corta ni perezosa, que hasta entonces sólo se había ocupado de utilizarse de las rentas de la ex-colegiala Lucila, caída en su casa como el premio gordo de la Lotería, dejándola distraerse en los estudios, mientras ella y su hija frecuentaban las reuniones particulares y los teatros públicos, y las grandes solemnidades de las cofradías; cuando supo por su esposo la posibilidad de otro mayor premio gordo, considerando el desinterés de Lucila y su locura por el bien de los otros, á que se había consagrado exclusivamente, aconsejó á su marido que la explorase con gran cautela y todas las mayores precauciones.

Cuando el Sr. Atienza las indicó la noticia de la herencia, supieron también la prisión de Lucila en la cárcel de mujeres.

Esta última contrariedad decidió á doña Sinforiana á visitar á Márgara como persona de gran influencia y hermana de una de las cofradías, que había conocido y tratado en una de las varias reuniones, para consultarla y pedirla protección, por si la justicia intervenía en la administración de la tutoría, con tanto mayor interés sobre la próxima herencia, mientras que D. Gumersindo, acompañado de su hija, fueron á ver á su pupila en la cárcel de mujeres, tratando de consolarla é informarse de los motivos por los cuales había sido presa.

De retorno los tres tuvieron una grave conferencia.

Doña Sinforiana informó á su esposo é hija de la conferencia que había tenido con Márgara, quien le había prometido que de allí saldría para una casa de devoción, previos ciertos trámites. Para lo cual, su esposo, acompañado de su hija y con el consiguiente mandamiento, acompañaría á Lucila Curel, mientras ella iba á consultar el caso con el confesor, sacerdote de mucha influencia, para que la abrieran las puertas de la casa de devoción en el paseo de Santa Engracia.

Con todas las debidas precauciones, Lucila fué acompañada de su tutor á la casa de devoción, donde, con el pretexto y la recomendación de Márgara quedó allí reclusa, bien ajena de que allí cuidada y atendida en todo loal de las comodidades que merecía, iba á perder la libertad completa, salvo algún milagroso árbitro del amor ó de la justicia de su causa.

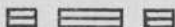
La posible herencia era un gran peligro si el pro-



metido de su alma lo ignoraba; el temor de perder la administración de sus intereses, avivaba los deseos de conservarla en el tutor, que removería todos los obstáculos del cielo y de la tierra para sostenerla.

Una de las mayores precauciones que la familia de Atienza tomó, fué la reserva y la incomunicación de Lucila en la casa de devoción, salvo ella y Margarita la protectora condicional.

Cuatro días después de haber ingresado, anunciaron la visita de un elocuente obispo.



---

## La riqueza es un estímulo para el catequismo.

---

De espaldas hacia Dios y hacia la verdad, viene iniciando el genio del mal la mentira, que constituye un sistema infernal, donde se comienza por captar la virginidad y la conciencia de los niños, con todos los prejuicios de la mentira, por educación del humano egoísmo, y abusando de la infinita misericordia de Dios.

Aleccionado D. Gumersindo por su mujer y su hija, sirviéndose de la llave ganzúa del sentimiento, había penetrado en la conciencia de Lucila, con el pretexto religioso de saber su pensamiento; estimulados los tres por la nueva herencia anunciada por el director del diario, y con el temor de perder la explotación de la huérfana, D. Gumersindo, sin saber las consecuencias del secuestro de Lucila, digámoslo en su obsequio, completamente dominado por su mujer, prestóse á desempeñar el papel de carcelero, bien ajenos los tres de las «consecuencias» para ellos perjudiciales, que así dirige el genio del mal á los intoxicados por la religión de la mentira, disfrazada con la hipocresía del amor á los demás, recata el egoísmo propio.

Lucila Curel, abrumada por la pena y las caricias de las hermanas del convento, sin poder conciliar el

sueño en toda la noche, sin explicarse los motivos de aquella su prisión, con la memoria y el alma en la imagen de Verardo, pareciéndole las horas semanas; dolorido el corazón, pasó la noche sollozando; siendo vanos los consuelos y las esperanzas que la prodigaban la superiora y una de las hermanas, ignorantes de los motivos que allí la habían llevado.

A la mañana siguiente anunciáronla la visita del obispo, procurando tranquilizarla con rociadas de consuelo y consejos de atracción, sin conseguir que tomase alimento.

La bondad de los intoxicados, según los locos, no es otra cosa que dar consejos, reputación y lágrimas, todo aquello que sea necesario, aunque no lo necesiten más que dos minutos, y la pidan para su hundimiento y perdición. Los buenos, los misericordiosos por el tóxico religioso, no piden certificado de buena conducta, ni averiguan las causas que motivan el dolor que consuelan. Tienen la pasión del beso sobre la llaga, del abrazo fraternal á todo lo triste, de la veneración á los rendidos y enemigos de la naturaleza y sociedad.

Ellas ponen su pureza como una venda y como un escudo sobre lo dolorido, sobre lo hediondo y lo indefenso.

No son justos, no son rectos, no son equitativos; carecen de espiritualidad redentora, como la lluvia que cae donde la produce la presión atmosférica, las deshace cualquier dolor en gotas de llanto, son diluvio copioso de caridad estática, no de caridad espiritual viva y activa. Almas dormidas, espíritus castrados por el tóxico religioso, les emociona la lágrima fingida.

No aman el trabajo activo propio, y se sirven de lo ajeno, para repartir el producto entre los ociosos,

la virtud es aparente; el amor espiritual, negativo para ellos. Las apariencias tienen más eficacia para ellos que toda realidad, y la disciplina á lo aparente tiene más fuerza para ellos que la rebeldía á la realidad; epilépticas del alma, viven en comunión de cuerpos por la mecánica inconsciente del común arbitrio, sacrificando todo lo sano y espiritual de la realidad al cuerpo, para no despertar el alma de ese sueño inefable y místico de los sentidos halagados por la comunidad.

Por el contrario de las almas vivas y despiertas que conservan su libertad, dispuestas á sacrificar el cuerpo antes que perder el alma; que, como la pureza, un minuto de debilidad basta para perderla; se recrean en martirizar la Naturaleza en sus más nobles expansiones, para abstraerse en la contemplación del espacio, mirándola con tristeza y horror por los deberes amorosos á que obligan las más puras satisfacciones naturales, enterrándose vivas en esas grandes jaulas conventuales, con todos los gratos artificios, adornadas del culto contemplativo idolátrico de las imágenes, que cristalizan en su memoria; brindándolas todos los deliquios del cielo azul en compensación de los sacrificios voluntarios ofrecidos á espaldas de la sociedad, de la familia y de los lazos amorosos más puros y realmente hermosos.

Esas jaulas conventuales, restos de la época guerrera entre árabes y cristianos, donde las almas buscaban un santo refugio, huyendo de las emociones de las batallas, en busca de la paz y tranquilidad de los cuerpos, han quedado para los desengañados del amor y las víctimas de la guerra social por los intereses mantenida, que el industrialismo mercantil amarga en el seno de las familias y en la pobreza de

la clase media, como refugios de capción y «modus vivendi» de los desheredados de fortuna, enemigos naturales del trabajo útil, que sólo sana cuerpos y almas.

Y así como los médicos adquieren fama en las profesiones especiales, abriendo consultas gratis para los pobres, las jaulas conventuales vienen á ser un «modus vivendi» de los catequistas, donde los refugiados pobres sirven de reclamo para las gentes ricas, que las nutren y mantienen mediante la caridad estática, utilizada por los más vivos, con los medios y recursos que proporcionan los necios á espaldas de las leyes.

Esta especie de sanatorios con vistas espirituales admiten á los intoxicados religiosos, mediante la cuantía de sus recursos, y van apoderándose de los intereses y elementos de las partes vivas, abusando de la misericordia de Dios; como la gangrena se apodera de las partes sanas del cuerpo en el gran margen social determinado por la lucha, entre los esclavos del salario y los explotadores del trabajo ajeno, ambas á dos secuelas materialistas y ateas.

Lucila recibió la noticia en estado de vigilia por falta de alimento y de sueño, como los inocentes reciben la comunión y los condenados á muerte la notificación de la sentencia.

Así como la superiora encarecía la distinción y la gracia que iba á recibir como una de las elegidas del Señor, Lucila, recordando á Verardo, temía la muerte de los dos ó la separación eterna, por motivos de un presentimiento racional, recordando la conversación de su tutor, viendo el sitio adonde su inocencia la había dejado, y el carácter del ungido embajador.

Por un sentimiento de delicadeza y otro de exqui-

sita cortesía, se arregló el traje, sacando fuerzas de flaqueza, condensando toda su energía espiritual, serenó cuanto pudo el semblante, y dominando sus emociones, dijo á la superiora:

—Ignoro el motivo y la causa de la visita; pero lo recibiré, puesto que me han traído aquí sin saber por qué ni para qué.

—Donde usted guste—contestó la superiora.

—Donde tengan aquí costumbre—contestó Lucila.

—Creo que será para su bien de usted, y que Dios la reciba en su gracia.

—Aquí está su ilustrísima en la sala—dijo una hermana, interrumpiendo la conversación.

—Iremos, si á usted le parece—añadió la superiora.

—Vamos allá—contestó Lucila hondamente emocionada.

Y las dos se presentaron en la sala.

Su ilustrísima se adelantó, alargando la mano á la superiora; inclinó ésta reverente la cabeza, besando el anillo.

—¿Es esta la señorita Lucila Curel?—interrogó su ilustrísima, mirando á Lucila, indeciso en alargarla la mano para que besara el anillo.

—Servidora de su ilustrísima—contestó ella, con leve inclinación de cabeza.

Su ilustrísima, poseído de la representación de Dios en la tierra, mediante el «consensus del ganado temporal», muy consumado en el arte del disimulo, dirigiéndola una mirada compasiva, hizo una seña á la superiora para que se retirase, y acercándose á Lucila, con ese dominio acostumbrado, la dijo:

—Enterado por sus tutores de usted, que tanto la

quieren y son tan buenos católicos, he venido á consolarla y salvarla del peligro, con todos los auxilios de nuestra santa religión y las seguridades de este santo asilo, donde á usted nada le faltará para salvarse.

—Su ilustrísima, ignoro esos peligros y también los motivos por los cuales mi tutor, sin consultarme antes, me ha traído á este santo asilo, no teniendo yo vocación ni voluntad, agradezco los consuelos que su ilustrísima me ofrece. Si se digna su ilustrísima indicarme los peligros que me amenazan y qué debo salvar de ellos... ¿el alma y el cuerpo?, y ¿cuál de los dos se halla en peligro? Huérfana de familia, sin defensa, encerrada en una cárcel, por mi tutor en esta santa casa. Cristiana espiritual con toda el alma, la declaración de tener un novio, que hice á mi tutor, ante el inesperado examen que me hizo, teniendo algunos intereses legados por mi madre, á pesar de trabajar como una criada en casa de mis tutores, bien lejos de ser su pupila, ha procedido á esta santa prisión, que creo es más por mis intereses que por mi alma. Jesús arrojó del templo á los mercaderes, y éstos, con sus acciones y una falsa representación de Dios, le sacrificaron, arrojando su espíritu y su alma de sus conciencias, de sus corazonas y del templo, donde simulan adorarle por un culto que se halla tan distante de su acción y su doctrina, como su santidad de Dios. Traída por sorpresa á este santo asilo, podrán captar mis intereses, perder mi cuerpo; pero mi alma confía en el amor de Dios, y no se perderá tan fácilmente.

Su ilustrísima, viendo la templanza de conciencia de Lucila y su fortaleza ante su sinceridad y energía, difíciles de dominar, sorprendido por su franqueza, se atrevió á rogarla que tomara asiento, y

sentándose próximo á ella, la dijo con el tono más humilde y más meloso de los mejores catequistas:

—He creído estaba usted por su voluntad y por sus deseos; vengo á darla mis consejos. Por de pronto, aquí estará mejor que en casa de sus tutores, y cuando éstos han tomado la determinación de traerla, será por algún requerimiento de fuerza superior, al cariño que la profesan; debido á la situación anormal en que usted se halla, y no ciertamente por sus intereses, porque aquí tendrán que pagarla sus alimentos, y, como en esta santa casa no se entra sin alguna dote, habrán convenido en ello.

—Su ilustrísima, no me siento con vocación y creo que la ley civil me amparará en mi libertad y vida.

—Ciertamente que sí; y si usted no tiene vocación, será para evitarla un mal mayor como tutores, pues en este santo asilo no puede permanecerse sin vocación. Presumo que usted estará en el seno de la santa iglesia como católica.

—Puede serse católica sin estar encerrada, y creo que los deberes del matrimonio no son incompatibles con el catolicismo. Creo en Dios; amo la doctrina de Jesucristo, en espíritu y en verdad; pero mi razón, mi conciencia y la naturaleza me han enseñado á no mentir, ni jurar, ni robar, ni matar. Por la razón, atributo del pensamiento, no puedo creer que la serpiente habló en el Paraíso, ni que la tierra es plana, ni que las obras de los demás han de redimirme de las mías.

—Todos somos pecadores, hija mía; el arrepentimiento y la fe nos salvan por la misericordia de Dios.

—Comprendo que su ilustrísima, como ungido por la Iglesia, no necesita de buenas obras, ni fe



como representante de Dios en la tierra, no necesitará, teniendo las llaves del cielo, de esa fe y esas buenas obras, que son el patrimonio de quienes como yo, pobres pecadores, necesitamos de esos auxilios para vivir en paz con los demás. Yo, pobre de mí, pienso y siento es mejor no pecar que arrepentirse, por el placer de abusar de la misericordia de Dios; así se repiten los pecados más fácilmente.

—Decidme, hija mía, ¿qué méritos puede tener decir á Dios que estamos convencidos de cosas que no podemos convencernos? Si entre los creyentes decimos que no podemos creerlas, escandalizaríamos mintiendo; este es el secreto de la vida de la Iglesia. Vivimos en la tierra; hay que echar un manto sobre las debilidades humanas, como se cubren las llagas con una venda por la higiene, para evitar el asco de los demás. Por estos motivos, usando del derecho de asilo, la han traído sus tutores á esta santa casa, para salvar su vida.

—¿La de ellos ó la mía?—interrumpió Lucila sorprendida por la declaración de su ilustrísima.

—Ellos creen la de usted; yo creo la de todos. Por de pronto usted gana en el cambio de asilo. Ya veremos si todas las cosas pueden conciliarse—dijo su ilustrísima, expresando una esperanza, después de haber explorado su pensamiento y ánimo.

—¿Me van á tener aquí aislada por mucho tiempo?

—Todo se arreglará para satisfacer los buenos deseos de todos. Tranquilícese usted, reflexione bien, y déjese llevar por estas circunstancias, evitando así mayores males y el escándalo de la plebe, que ha motivado la prisión de usted. Yo procuraré informarme bien, para obrar en consecuencia, disponiendo las cosas por el mejor camino. Viva usted tran-

quila y que Dios la ilumine, manteniéndola en su gracia—la dijo, despidiéndose con una leve inclinación de cabeza.

—Espero de su ilustrísima que Dios también le conserve en ella—contestó Lucila, saludándole respetuosamente, algo más tranquila con su promesa, pero un tanto atormentada por la incertidumbre, pensando siempre en el amor de Verardo, su ideal, su esperanza y su vida, más necesarios, habiendo perdido su libertad para obrar el bien.

Después de haber acompañado al obispo hasta el dintel de la puerta de la casa despidiéndolo la superiora, se incorporó á Lucila, que había ido á su celda y se hallaba en ella un tanto acongojada y confusa, pensando cuál sería la causa de haberla llevado allí con tanto sigilo y cautela, por modo, para ella, tan inesperado.

—Hija mía—la dijo rompiendo el silencio—, ha tenido usted la honra de ser visitada por su ilustrísima, que tanto se interesa por su bien. El mundo y la sociedad están perdidos por el desenfreno de las pasiones; la incredulidad disloca las familias y rompe los santos lazos de la disciplina social, en todas las manifestaciones de la familia y la vida normal.

Yo ignoro los motivos que su tutor habrá tenido para recogerla en este santo asilo.

—También lo ignoro yo mi respetable madre.

—¿Hay alguna pasión que lo justifique?

Lucila, mirando á la superiora como si en su vista quisiera adivinarlo, vacilando en contestarla, se atrevió á preguntarla antes de dar la contestación:

—¿La han dicho á usted, por qué me ha venido á acompañar á esta santa casa mi tutor, sin decirme antes para qué, ni preguntarme por qué me acompañaba, ni menos saber mi voluntad?

Sorprendida la superiora por tan inesperada interrogación, creyendo que Lucila sabía el motivo y había venido por voluntad propia, la dijo con cierto recelo:

—Sus tutores han tomado esta determinación por consejo superior, en bien de usted y temiendo algún peligro para su porvenir, tal vez.

—Ahora lo comprendo menos—exclamó Lucila, exteriorizando su sobresalto y pesadumbre—. Por consejo superior, luego no son ellos los autores—añadió Lucila—será por Márgara.

—Recibí la orden por autoridad eclesiástica, creyendo que usted venía de buen grado y vocación—contestó la superiora un tanto sorprendida—. ¿Tiene usted algún pretendiente amoroso que no sea digno de ser su esposo?—se atrevió á preguntar con acento de cariño.

—Sí, señora, tengo uno dignísimo de mi cariño; es ingeniero y lo saben mis tutores; ahora me explico este secuestro: jamás supe mentir; usted es buena y ha adivinado el motivo principal de mi venida.

—Tranquilícese usted y confíe en Dios y en mi estimación; yo procuraré informarme de todo, por lo mismo que es usted huérfana de padres. Llamaré á la hermana Dulcila para que la consuele, acompañe y aconseje; es muy simpática é ilustrada; puede usted contar con su amistad y con la mía. La suplico que sea prudente en sus expansiones.

—Mucho agradezco á usted esos nobles sentimientos; de todo he menester.

—Luego vendrá; puede confiar en ella y en su amistad—la dijo la superiora, besándola en la frente, muy emocionada por la nobleza de sentimientos de Lucila.

Atardecía; serena é imponente la noche iba exten-

diendo sus crespones sobre la triste celda de Lucila, mientras ésta, de rodillas ante el crucifijo de Jesús, le pedía protección y amparo en nombre del más puro amor espiritual que compartía con Verardo.

Todos los bienaventurados, débiles de cuerpo, huérfanos del derecho social, ricos de espíritu, piden amparo y protección al Cristo, que enseñó el secreto de vivir ante la ignominia de su suplicio, y amó espiritualmente á sus semejantes, muriendo culpable de todas las calumnias vertidas por la plebe, al pie de su cruz, faro luminoso de todos los ricos de espíritu, luz, esperanza y gloria de todos los oprimidos del mundo en el cuerpo y el alma.

Aquella oración de Lucila, expresada en el sublime silencio de su alma oprimida, radió en el alma de las otras, y Dulcila se presentó en forma corpórea, como esperanza de salvación, diciéndola con cariñoso acento:

—¿Cuál es tu fe? ¿Cuál es tu rito santo? ¿Cuál es tu cáliz? ¿Cuál es tu eucaristía? ¿En dónde abrevas tu alma en su amor á Dios y á tus semejantes, llamas al redentor humano de todas las almas oprimidas? ¿En qué templo, en qué altares contrita te arrodillas al santo sacrificado contemplándole? ¿Ante qué confesor el alma humillas?

Y Lucila, interrumpida por aquellas voces, que salían de los labios y del rostro de Dulcila, iluminado por los argenteos rayos de la luna, volvió el suyo, y la dijo, sin levantarse del suelo:

—Mi iglesia es el infinito espacio; el sacerdote es Jesús, estático y sublime, que lo tengo vivo en la imagen de mi alma; mi corazón purísimo, su cáliz; mi culto, su amor espiritual; mi fe, mi esperanza, hostia de mi alma, comulga en la suya

eterna, que se alza como una oración al Dios de todos, implorando su misericordia.

Dulcila se acercó, besando su frente, y abrazándola con la más tierna emoción, la dijo:

—¡Serás salva y redimida y libre, te lo prometo esta tu amiga, que no hay voz pura cuyo eco no llegue á los seres que convivimos en el bien, sabremos vencer al mal en todos sus detalles, afianzados en el amor á Dios. Prudencia, discreción y perseverancia son las prendas del alma, que florecen con la bendición de Dios y la de Jesús entre nuestros semejantes. Amas, y serás amada.

Lucila se incorporó, abrazando á Dulcila con amoroso cariño.—No hay vida sin lucha, ni redención sin dolor. ¡Arriba el corazón, hermana mía, y ten confianza y ánimo!

Era Dulcila una noble y aristocrática dama que, por voluntad propia, se había recluso en aquel convento, dueña de una gran fortuna y de gran prestigio por su santidad de obras en la misma corte, renunciando á los goces del mundo y á las ostentaciones del lujo, habíase consagrado á hacer el bien entre sus semejantes por un amor altruista nada común ni mundano, renunciando á todos los placeres vanales de la vida en sus iguales, para escanciar el goce de su amor entre los humildes del modo más discreto, cristiano é intangible á la ostentación mundana.

Informada por el obispo de la situación y estado de la recién venida, se adelantó á consolarla y fortalecerla, ofreciéndola con toda la buena voluntad de su espíritu, su auxilio y protección, previo el examen de sus santimientos religiosos y de la mutua comunión de entrambas en el divino interventor entre Dios y nuestros semejantes.

Sacrificado por la Humanidad para redimirnos en el sendero de la vida por las culpas propias y de las debilidades comunes, enseñándonos con su ejemplo la superioridad de las buenas obras sobre las oraciones; diligente para el bien, Dulcila enderezó sus pasos hacia la cabeza de donde podría lograrlo.

También ella, contrariada en su amor por un perjurio que la había engañado con el sacramento del matrimonio, en dos años de amarguísima experiencia, buscó refugio, enterrándose viva y voluntariamente en la casa de devoción, por un supremo altruismo de cariño y desinterés, hacia el autor de su inmerecida desgracia, que había dejado voluntariamente libre para consagrarse al bien de sus semejantes desde aquella casa de devoción, donde con todo el prestigio de sus riquezas obraba con toda su libertad, saliendo y entrando como dueña absoluta, rodeada del mayor prestigio, en virtud de la ayuda y consuelo que prodigaba á los seres desgraciados, proyectando así su aureola de simpatía.

Enterada por la superiora de la casa de devoción donde se había recluso, de los motivos y causas que habían llevado á la desgraciada huérfana, Lucila Curel se fué á ver á la duquesa con el decidido propósito de salvarla de aquel encierro, dispensándola toda su protección y cariño.



---

## Por el hilo se conoce la trama del ovillo.

---

Los inconscientes materialistas hallándose bien ajenos de que, así como los cuerpos obedecen á las almas y éstas, por la conciencia y la fe, mediante el conductor del confesonario, obedecen al dominio del anticristo romano, que las explota en los intereses materiales por la fe y el pretexto de las masas inconscientes.

Por ese conducto reservado se supo la cuantiosa herencia que Lucila Curel, ignorándolo ella, debía recibir, y era la causa principal de su secuestro en el encierro de su prisión.

El director del diario católico *El Timbalete*, que había informado al Sr. Atienza de la herencia de su pupila, emocionado por la cuantía de primera intención y después de haberse enterado de la situación de la familia, del estado y conducta de Lucila, sobornando á la asistente de la casa que les hacía la compra; por un escrúpulo de conciencia consultó el caso con su director espiritual, y éste lo transmitió al obispo; ambos removieron las sacristías en busca de la fé de bautismo de Lucila Curel; sacaron copia, viniendo en conocimiento del parentesco del tío muerto en Méjico.

Informáronse en el Consulado, y con el mayor si-

gilo del testamento, á espaldas, naturalmente, del director del diario católico *El Timbalete*, y cuando el obispo tuvo todos los antecedentes y documentos, llamó á doña Sinforiana, indicándola que llevasen á Lucila Curel al convento, con todas las precauciones indispensables, librándose bien de manifestarla la causa original de aquella determinación, que parecía un secuestro, y aconsejando á la vez de modo categórico é imperativo al director del diario que no se ocupase del asunto, ni volviera á ver al señor Atienza, procurando desorientarlo, y haciéndole ver que aquella herencia podía ser un reclamo con vistas á un entierro, en que pudiera perjudicar la buena fama y nombre del diario y hacerle perder hasta la dirección del mismo, lo cual significaba lo bien informados que todos los católicos están de las cosas mundanas, labor del diablo.

Después de haber despistado al director del periódico, pensando discretamente que aquel negocio podía facilitarle el capelo mediante las influencias de la poderosa Márgara y su confidenta Sixtina, que había sufrido un gran quebranto en su fortuna por olvido de la que la administraba, sorprendida por la muerte, y puso el caso en conocimiento de Márgara, seguro de que ésta no dejaría sin recursos á la huérfana Lucila, encargada de administrársela, con más garantías que sus tutores, y dando á Márgara un testimonio de gran cariño, por esta su confianza, con lo cual se habilitaba él para obtener el capelo, en compensación de un servicio tan cuantioso, por herencia de una fortuna inesperada para ella, que podía compensar los quebrantos producidos en sus intereses por la muerte de la madre abintestato y en favor de sus hermanos, bien necesitados de la riqueza por la labor de los españoles producida.



De aquel proceder de su ilustrísima resultaban para él dos beneficios: el temporal del capelo, y el espiritual del cambio en la tutoría de Lucila, mejorada con la administración de Márgara, acreditando así su sabiduría mundanal en los dominios del diablo predicador, por donde las grandes prosperidades desvanecen, haciendo olvidar á Dios en el mundano carnaval.

Después de la entrevista con el obispo, de Márgara, incorporóse á Sixtina hondamente impresionada por la oferta, y un tanto satisfecho el corazón por las ansias de riqueza; pero más preocupada por su amoroso celo, la dijo:

—Consuélame, porque me siento el sér más desgraciado de la tierra.

—Estas caricias, estas contemplaciones y promesas de cortesanos que bajo pretexto de mi bien cultivan el suyo á expensas de mi tranquilidad, arrastrando su dignidad por el suelo, como los reptiles, con su biscosidad de afectos, estremecen mi alma, me abrasan el corazón y por los tristes pensamientos de amarga experiencia que llevaron á la prematura muerte de mi marido en el tren de la voluptuosidad, descienden de mi cerebro sobre mi corazón como gotas de plomo derretido, porque todas estas cofradías se amparan de mi poder, y abusan de la misericordia de Dios, para alimentar sus vicios y trapacerías.

—Le amaba, y me ha traicionado, Márgara; todos cuantos me rodean, cubiertos con mi poder, me traicionan también en beneficio suyo, comercian con la mentira y adulación interesada, por algún descuido se les escapa alguna verdad, que es para mí como un rayo en noche oscura y tenebrosa; esmerilada por la cortesanía de estas gentes que sin luz en la

conciencia ni amor á Dios abusan de su infinita misericordia; con una religiosidad hipócrita, formándose un círculo de hierro, que me ahoga, estremece y quita el sueño de mi cuerpo, atribulando mi espíritu. Con el pretexto de la caridad, voy viendo emplean todas sus malas artes para beneficiarse el procomún, en daño de mi prestigio, y que me restan las simpatías de todas esas muchedumbres, á quienes aborrezco por ser viles é imbéciles y cobardes.

—Debe complaceros, duquesa, que esas familias á quienes dáis el turno pacífico del feudalismo moderno en el ducado, sacien sus apetitos y os sirvan de histiones para distraer vuestra melancolía, colocando bien á sus hijos, yernos y parientes; y vengan á rendiros pleitesía con el monipodio, de eso que llaman ellos cuerpos colegisladores, armado con los artificios de sus trapacerías, como el retablo de mause Pedro.

—Me asquean sus cortorsiones; son estómagos servidos por órganos sin otra idealidad que sus vicios y liviandades, cobrados á cuenta del Tesoro nacional. La religión es para ellos un pretexto, la vanidad es un medio; damas y caballeros aderezados y compuestos con el traje de culto, para recatar sus más bajas pasiones, nos traen atosigados con su perenne carnaval, cubiertos con las caretas de cofradía y escudados en la tradicional imbecilidad nos ajetrean la vida; de la iglesia al teatro y del teatro al comedor, poniendo una vela al diablo y la otra á sus pasionales apetitos.

—Presumo, duquesa, que no lo diréis por esas Magdalenas aristocráticas, ni menos por su ilustrísima, que acaba de ofreceros una riqueza y una protección que bien la justifica, dando satisfacción á

vuestros sentimientos—interrumpió Márgara con un acento de compungido misticismo.

—Precisamente, por eso y por las tentaciones de mi hija y las influencias externas que ya me obligaron á cambiar de turno, eliminando á los de mejor buena fe; tengo que recatar mis intenciones y aguantar á estos nuevos histriones de la pillocracia política, comprimiendo mis deseos.

—Ahí está el toque, duquesa, para vuestro disimulo. Saber conocerlos no es duda para usted; lo esencial es que lo sepan y que no lo ignoráis. Entre el Nuncio y esos, la elección no tiene duda, de él tenéis incondicional amparo en vuestros sentimientos, y con él todas las instituciones católicas que os resguardan.

En este punto anunciaron la presentación de la dama Dulcila.

—Que pase—dijo la duquesa, en tono imperativo y categórico.

Después de saludar á entrambas con acentuada reverencia, exclamó:

—Perdonad, señoras, que venga á molestar vuestra atención en obsequio de una huérfana y desgraciada joven, que hace ocho días han traído á la casa de devoción de mi cargo, y se halla muy afligidísima, por estar contra su voluntad, y haberla traído de la cárcel de mujeres, sin motivo ni delito.

La duquesa y Márgara, que por el perfume de santidad conocían á Dulcila, sabiendo su desgracia y las obras de caridad cristiana que realizaba, considerándola un tanto extraviada, las sorprendió la pretensión.

—Siéntese usted—la dijo la duquesa.

Y Márgara, con acentuado disimulo, conteniendo la emoción, exclamó:

—La conozco, es mi antigua condiscípula de colegio, una alucinada por la plebe y el delirio de notoriedad.

—¿La conoce usted acaso?—interrumpió la duquesa con sequedad.

—Algo me ha indicado la superiora; me parece una inocente y tiene talento; ignoro la causa de su prisión—contestó un tanto contrariada Dulcila.

—Precisamente por los efectos de ese delirio y la propaganda de sus principios disolventes hemos conseguido llevarla á esa santa casa de devoción sanatoria, con el noble propósito de que se cure la monomanía de un ideal absurdo y la locura del bien ajeno.

—Es virtuosa y buena; pero necesita la meditación y la soledad—dijo la duquesa, en tono imperativo.

—Usted puede ayudarnos mucho, aconsejándola y ayudándola—añadió Márgara.

—Más adelante, con la reflexión y los buenos consejos, esa joven entrará por el buen camino; por ahora, desista usted de su empeño y procure tranquilizarla—dijo la duquesa, y añadió:

—Puede usted ver á su ilustrísima, como la autoridad más competente de esa casa de devoción, á quien corresponde decidir lo que proceda.

Y Dulcila, saludándolas reverentemente, se despidió de ellas, diciendo:

—Tendré la honra de ir á ver al señor obispo, cumpliendo lo que me usted me indica. ¡Que la gracia de Dios sea con ustedes!, que bien la necesitan—musitó para sí misma.

---

## Una entrevista interesante.

---

Dulcila, ni corta ni perezosa para el bien ajeno, se presentó el mismo día en casa de su ilustrísima, cuyas puertas la fueron abiertas con la solemnidad que merecía su riqueza, su sangre y las obras de caridad que realizaba, y la santidad más notoria que la del «hermano Juan» en el hospital General, donde fué tan eficacísima.

Como la fe es un punto de apoyo, el oro es una fuerza, y la caridad una gran palanca, Dulcila, previsora experimentada y muy discreta, se presentó á su ilustrísima con estos elementos apoyada.

Después de saludar á su ilustrísima, besándole el anillo, le dijo con la más distinguida compunción:

—Ilustrísimo señor, hay en la santa casa de mi cargo reclusa una joven huérfana, honrada y muy inteligente, que ya conoce su ilustrísima, y que, con arreglo al Evangelio, no debe hallarse contra su voluntad.

—Sentaos, mi distinguida señora. El Evangelio es como el sol. Para que su luz y su calor sean bienhechores es preciso colocarnos lejos. Sabéis que Su Santidad prohíbe la lectura de la *Biblia*. Entre ciertos libros y nosotros, el demonio se interpone. Sois

una cristiana perfecta, y al pedir la libertad de esa joven huérfana, por la cual os interesáis, cometéis un pecado. Por salvarla de la plebe la hemos concedido el derecho de asilo religioso, es preciso convencerla de nuestra doctrina.

—Ilustrísimo señor, Lucila Curel es cristiana, y en prueba de ello aquí tenéis este cheque de 20.000 pesetas para el asilo de los tuberculosos—le dijo Dulcila, alargándolo á su ilustrísima.

—Acepto de buen grado esta piadosa obra. Pero es preciso que penetre en nuestra comunión. Tenemos hoy poderosos enemigos; el libre examen, la mal llamada ciencia, nos analiza el dogma y critica sus misterios. La fe debe permanecer inmutable á la altura de las almas; ni la duda ni la contradicción deben exaltarla. Esa señorita es racionalista y libre-pensadora. Poneos en guardia contra el modernismo, contra el protestantismo y contra el materialismo, los tres enemigos de nuestra Santa Iglesia.

—Tenéis razón, ilustrísimo señor, estamos rodeados de enemigos, y hay que tomar muchas precauciones; pero, en cambio, poniendo nuestra moralidad y acciones como piedra de toque contra las pasiones, podremos así vencerlas y desenmascararlos para que nos juzguen á todos.

—Esos son los méritos de los cristianos. Ayer, nuestros mártires se arrojaban á las fieras del circo; hoy, el circo es toda la sociedad modernista. No es sólo nuestro cuerpo el que se expone, son también nuestras almas, y las bestias se hallan en todas partes. No son leones, ni tigres, ni panteras, son las falsas doctrinas anarquistas, materialistas, maltusistas. Hoy carecemos del escudo de la Inquisición, y en contra tenemos la prensa y los «cines».

—Sea. Pero nuestros mártires pedían á gritos la

sublime muerte para salvar las almas, afrontaban los peligros y los riesgos con valor. Y vos, ilustrísimo señor, soldado de Roma, váis á retroceder ante un débil contradictor que ni es tigre, ni pantera, ni león, una débil joven que habla con infinita dulzura, consideración y respeto.

—Señora, he tenido el gusto de conocerla y hablar con ella.

Por lo menos, y si he de continuar sosteniendo esa casa de devoción, espero merecer de su ilustrísima que se digne ir á honrarnos, tratando de convencer en mi presencia á esa joven, ó que se la deje en libertad, aunque viva allí, si es de su agrado.

Profundamente contrariado el obispo por la insinuación de Dulcila, que más parecía respetuosa amenaza, conociendo su prestigio y la fuerza de sus riquezas, la dijo:

—Procuraré complacer á usted en cuanto á ir á convencerla; pero consentir en su libertad, por ahora, siento decirle que no es posible, salvo en el caso de volver á la cárcel, de donde salió con esa condicional—y añadió visiblemente contrariado.—Incurriríamos en pecado mortal usted y yo. Las penas eternas son irreparables, según el Salvador.

—Perdonad, ilustrísimo señor, una observación á humilde pecadora: «Salvador y penas eternas» ¿no contiene algo de contradictorio?

—No, ciertamente. Cristo salva á los arrepentidos á quienes vienen á El, la sola verdad, el sólo camino, la sola vida espiritual.

—¿Cómo explica, su ilustrísima, lo que dijo Jesús? «El hijo del hombre ha venido á buscar y salvar á todos».

Un tanto visiblemente contrariado, contestó su ilustrísima.

—El hijo del hombre invita á todos al arrepentimiento; la suerte depende del hombre. Dios nos llama á todos, es preciso contestar, tanto peor para quienes no responden á su llamamiento.

—Ilustrísimo señor, si las obras buenas están sobre las oraciones y las promesas, ¿á qué debemos atenernos con relación á las otras religiones que se fundan sobre las buenas obras? ¿Cómo Dios, en su infinita misericordia, puede condenar á tantos millones, que no son católicos, y obran el bien, y pueden ser condenados á penas eternas?

—¿Sabéis, señora, que sois modernista y hacéis preguntas de protestante?

—Perdonadme, ilustrísimo señor, el pensamiento, la razón y los contrastes de la realidad con la simonía de una parte y la egolatría de la otra, me sugestionan llevando á mis labios esas preguntas.

—Celebro que lo comprendáis; el antagonismo entre la fe que viene de Dios, y la razón que viene del hombre es una sugestión peligrosa. Los incrédulos y los ateos están hipnotizados por el diablo. Ya sabéis el incontestable poder del hipnotizador sobre el hipnotizado, á quien duerme y hace ver objetos y personas que no existen, sugestionando su voluntad y su alma.

—Me parece que esa joven, Lucila, de quien sois la protectora y estáis sugestionada por ella, os ha inspirado esas diabólicas preguntas.

—Perdóneme su ilustrísima, Lucila ignora esta visita y ese cheque que he tenido la honra de entregarle en su nombre, también lo ignora; como cristiana que adora á Jesús, en espíritu y en verdad, practicando su santa doctrina, estaremos las dos sugestionadas. Si Jesús hipnotizaba á las muchedumbres con aquellos milagros de su dulcísimo



obrar; siendo aquellas gentes ignorantes y sencillas, ¿qué extraño en nosotras que practiquemos el bien de su propia doctrina y acción y ejemplo?

—La sugestión del bien á todos nos alcanza; pero es indispensable encauzarlo por los surcos de la fe. Trataré de complacerla, yendo á la casa de devoción á convencer á Lucila, de que debe entrar en nuestra comunión, si ha de ser buena cristiana en nuestra Santa Iglesia.

—Tiene buenas protectoras; ¿dónde puede hallarse mejor que bajo la directa protección de usted?

Su ilustrísima se libró bien de indicar la tutoría temporal de la herencia del tío de Lucila.

—Muchas gracias, ilustrísimo señor; entonces, pasado mañana tendremos el honor de recibir á su ilustrísima—dijo Dulcila levantándose, y añadió, besando el anillo de su ilustrísima:

—Con su permiso, voy á hacer una obra de misericordia y caridad.

—Dios la tenga siempre en su divina gracia, y la dé salud para bien de los desgraciados—contestó su ilustrísima, haciéndola una reverencia con la limosna de una expresiva sonrisa.

—Hasta la vista, ilustrísimo señor.

—Adiós, señora—contestó el obispo.



## Caridad viva y cristiana

---

Dulcila salió de la casa del obispo, descendió las escaleras, dijo al autómata si había comprado las provisiones alimenticias que le había encargado mientras hacía la visita, y ante la contestación afirmativa, ordenó al mecánico: «A la calle de Mesón de Paredes, núm. 86»; subiendo á su «auto».

Un cuarto de hora después, descendía frente al número indicado. Aunque Dulcila de Castro estaba muy acostumbrada á subir escaleras, realizando obras de caridad con las precauciones y eficacia que en Madrid requiere la venal industria de la mendicidad maloliente, con que los zánganos voluntarios y alcohólicos, sirviéndose de mil falsos arbitrios para explotar la caridad católica, fingiéndose tullidos, ciegos y mancos, engañan la buena fe de cuantos, por no molestarse en averiguar las verdaderas necesidades, alimentan los malos en detrimento de los buenos necesitados.

Dar lo superfluo en alimento de lo necesario, no es tan meritorio como el ajetreo y las molestias del cuerpo, socorriendo á los verdaderos desgraciados, para satisfacer el alma con esa caridad viva y activa, que practicaba Dulcila por las visuales emociones de las supremas necesidades del prójimo.

Después de subir cien escalones, precedida del ayudante del mecánico del «auto», respirando con dificultad, atravesaron un largo pasadizo, abriéndole la entornada puerta de un cuarto señalado con el número 4, entraron los dos en él, llevando las provisiones el ayudante.

—Esta señora viene á socorrernos—exclamó una joven que se hallaba en la cabecera de un catre de tijera, sobre cuyo catre había un jergón de paja, un cabezal por almohada y en él las formas de un hombre, cubiertas con una colcha de percalina; á los pies de la cama, trapos viejos que parecían haber cubierto las formas de la misma persona.

Entre los brazos tenía un niño como de treinta y nueve meses, con ojos azules, desmesuradamente abiertos, cabello rubio y lacio, escuálido el cuerpo, color de paja la piel, dibujando la prematura tisis en todo su conjunto; las paredes estaban verdosas y mugrientas, y todo aquel cuadro envuelto en las sombras, que prendían en la escasa luz de un quinqué.

Dulcila quedó anonadada, contemplando aquel cuadro de la más espantosa miseria. El ayudante deshizo el paquete de provisiones, poniéndolas sobre una mesa desvencijada, se acercó al lecho del enfermo, mientras Dulcila se dejó caer, avergonzada de aquel cuadro, sobre una silla de Vitoria, que estaba al pie del catre.

El hombre, por toda contestación, abrió los ojos, tendiendo en derredor una mirada escudriñadora y fijándolos en su hija, como pidiéndola una explicación de la presencia de aquella señora y su ayudante, en aquel traje y con aquellas provisiones.

La hija, balbuciente por la inesperada presencia de la señora y un tanto avergonzada, inclinando la cabeza, dijo á su padre:

—Ayer salí un momento á buscar algo en la caridad, desesperada por el hambre de mi hermanito y la tuya, y esta señora me dió dos duros, con los que fuí á comprar la medicina y lo que hemos comido. Me pidió las señas, y por eso he tardado más, padre mío.

El ayudante, muy emocionado, tomó de las provisiones jamón y pan, aproximándose, mientras dos líquidas perlas se le desprendían del saco la criminal por las mejillas, y se le dió al hombre.

Padre é hijo devoraban el jamón y el pan, mientras la hija descorchaba una de las botellas con torpes esfuerzos, trémula por la emoción, dando la vida física á aquellos dos seres queridos, extenuados por la miseria.

Dulcila sollozaba cubierto el rostro con el pañuelo, al ver tan intensa desgracia, reflejada en el aspecto de aquellos tres seres.

Aquel hombre con aspecto de esqueleto entre trapos y con otro esqueleto de tamaño inferior entre sus brazos, cubiertos de piel terrosa, que maquinalmente devoraban, invitando á su hija y hermana, mientras lanzaban miradas de dulce agradecimiento á la señora y á su acompañante.

La sublimidad de aquella resignación, que le parecía á Dulcila menos avergonzada de su desgracia, ante la vista de semejantes suyos en un tan cruel abandono de los demás, confusa y aturdida, sin fuerzas apenas para hablar.

Cuando el hombre apagó la sed, haciendo un supremo esfuerzo para sentarse sobre el catre, mirando á la señora con profundo agradecimiento, la dijo:

—Perdone y disimule la triste situación en que nos encontramos. Mi esposa ha muerto hace ocho

días, era planchadora; hace mes y medio que no trabajo en mi oficio de marmolista, por atenderla en su enfermedad y ayudar á estos hijos míos. Hemos empeñado cuanto teníamos.

—Tranquilícese usted, que Dios le ayudará con mi intervención—balbució Dulcila.

—Hay, señora mía, yo no creo más que en la desgracia que nos abruma y rinde.

—Por el amor á Dios he venido á socorrer á ustedes.

—¡Dichosa usted, señora, que cree en Dios! Yo, desgraciado de mí, no he hecho más que trabajar y sufrir desde muy niño; las enfermedades y la desgracia se han cebado en mi familia y en estos inocentes hijos.

—Sin hacer daño á ninguno, no he hallado hasta ahora esa caridad católica de los ricos, que compran el paraíso con la miseria de los pobres.

—Serénese usted, comprendo su desesperación; para evitarla, he venido á levantarle y á ayudarle para que vea y sienta á Dios.

—La salud, el trabajo y la vida son los que hasta hoy he creído, y me abandonan. Aquí está el infierno y el purgatorio para mí y para mis inocentes hijos.

—Todo lo comprendo ante su desgracia. Por esta joven, su hija, he subido á verles y socorrerles. El amor á Dios ha sido miguía, y el ángel tutelar es esta inocente muchacha.

—¡Bendita sea usted, señora que me hace ver á Dios y que ha subido á este chiscón, para que lo sienta y lo comprenda! ¡Y bendita mil veces, porque trae esa luz á tres almas moribundas!

—Es usted un buen hombre; tranquilícese y sérénese, porque todo tiene remedio. Toma, hija mía

—la dijo Dulcila, besándola en la frente y alargándola tres billetes de cien pesetas,—para que vayáis remediando vuestras neeesidades.

—Cuando recobre la salud y necesite trabajo, tome usted esta tarjeta y venga á verme, que yo procuraré facilitarle trabajo y cuanto necesite—le dijo al hombre.

—Señora, mil gracias—dijo el hombre hondamente emocionado. — ¡Dios la conserve muchos años.

Y Dulcila, precedida del ayudante y seguida de la joven, salió de aquel cuarto con una emoción indescriptible.

—¡Adiós, hija mía, cuida de tu padre y hermanito y ten confianza en Dios y en mí! Hasta la vista.

La joven tomó una de las manos de Dulcila, la besó con efusión, humedeciéndola con lágrimas de gratitud.



---

## ¡Triste realidad!

---

Dulcila de Castro subió al «auto», volviendo á la Casa de devoción con el corazón oprimido y la fiebre de la amargura en el pulso.

A pesar de su celo por el bien de los desgraciados, á pesar de las desdichas sufridas por su amor, y de los socorros que venía prodigando á los desgraciados de la suerte y de la lucha social, á los caídos, no había padecido por un cuadro de tanta miseria como el que acababa de ver.

Su imaginación calenturienta y su memoria excitada por la desgracia de aquellos tres infelices, hacían desfilár por su mente la riqueza, el lujo y ostentación de palacios, iglesias y catedrales, con las piedras preciosas que adornaban las imágenes de los santos y las personas de su antiguo trato de mocedad, contrastando la película de aquella miseria y aquellos andrajos que la parecían abusar de la infinita misericordia de Dios, azotando su sensibilidad humana y crispando sus nervios, abrumada por el dolor de tanta contrariedad, descendió del «auto» como mareada, entró en la casa de devoción, se fué á sus habitaciones, y dejándose caer en una butaca, respirando con mucha dificultad, musitó para sí misma:

—¡Dios mío, qué contrastes más inhumanos! ¡Cuánta hipocresía en unos, cuánta miseria y desgracia en otros! ¿Es posible remediarlas? Yo, que amo á ese desgraciado hasta el extremo de sacrificarme por él, dejándole en libertad, mientras me aprisiono en este refugio de devoción, socorriendo á los desgraciados con lo que mis padres me legaron, para espaciar este amor en plural. Por esta luz de la vida espiritual, por este amor en plural de Jesús, de bondad, de dulzura del alma, que me inspira, que me conduce, que me sostiene; mientras él, apasionado, se disloca por el mundano carnaval. ¡Qué contrastes, Dios mío! Voy á escanciar con ese ángel humano la emoción que me embarga. Pobre Lucila, ella tiene esperanza, también yo la tengo en su retorno al bien y la verdad.

Y Dulcila, incorporándose, salió de su habitación hacia la celda de Lucila, donde, al verla entrar, se arrojó en sus brazos sollozando.

—Tranquilícese, traigo buenas noticias; pasado mañana vendrá su ilustrísima—contestó Dulcila besándola en la frente.

—¡Cuánto le agradezco su cariñoso interés! ¿Podré salir?—interrogó Lucila.

—Eso depende de usted, que es cristiana, que es tolerante, que puede ser católica. Sentémonos para razonar con juicio—añadió Dulcila.

—Católica para recobrar mi libertad—interrogó Lucila sentándose muy cerca de Dulcila, añadiendo; Jesús está tan distante del Papa, como Dios de la tierra; y el cristianismo verdadero está más distanciado del catolicismo: son tan incompatibles como las obras y las promesas.

—Hija mía, yo entiendo muy poco de esas cosas; obro el bien con mis semejantes y hago mis oracio-



nes en el templo de mi conciencia; mas no por eso dejo de tolerar los ritos y costumbres de mis semejantes.

Así hacían los cristianos primitivos; pero hoy que se han hecho mundanos, no pretendo que dejen de aprovechar el arte y los bienes para que sirvan á la fe, convertida en manifestaciones galanas, en procesiones, mitras, santos de madera, altares, palacios, alhajas, riquezas, rituales, medallas, estandartes donde la fe se polariza, las almas se adormecen y los corazones se llenan de malsano egoísmo, siempre con promesas y más distantes de las obras.

Mientras que esos religiosos, con la fe, acaparan las limosnas, las mandas piadosas, pintan y adornan los templos, que retumban á hueco; millones de semejantes nuestros permanecen en la miseria y el abandono, huye el santo trabajo que vivifica; la Simonía y la egolatría demoniacas sacan de quicio la Iglesia con esos aliños impuros, y los buenos huyen como se huye del contacto de un cadáver.

—¿Es posible, hija mía? Pero la triste realidad se nos impone; hay que transigir en algo.

Ciertamente que por ahí nos viene á sobornar la pasión, transigiendo con el mal.

—Permitid que os recuerde del Evangelio de Juan el episodio de la pesca infructuosa. Jesús se hizo ver á sus discípulos, en las orillas del mar de Tiberiades, Simón Pedro, Tomás, Nataniel, los hijos de Zebedeo.

Simón Pedro les dijo:

—Voy á pescar.

—Vamos contigo.

Y entraron todos en la barca; pero aquella noche no pescaron nada.

A la mañana siguiente Jesús se hallaba en la orilla, y les dijo:

—¿No tenéis algo que comer?

Ellos le respondieron que no tenían. Y entonces les contestó,

—Echad la red del lado derecho de la barca, y encontraréis.

Así lo hicieron, sacándola llena de pescados.

Por la ciencia fluídica de las almas, hoy dice Jesús, al papado inclusive: «Echad la red del lado derecho de la barca, que es el progreso, que es la ciencia, que es el amor espiritual, que es la verdad y la dicha de todos los seres humanos, y tendréis la vida».

—Por la honra y por la vida de la única fe cristiana que usted, señora, tiene en el alma, en la conciencia y en el corazón, como también la tiene esta humilde admiradora vuestra.

—¿Podemos transigir con estas patrañas desmintiéndonos, cuando la visión mundial nos atosiga con los terribles contrastes de esta impura realidad?

—Tenéis razón, querida Lucila; pero hay que transigir en algo, sin comprometer la honra ni manchar el alma. Cuando la implacable desolación hace el vacío en el alma, que sufre, que lucha, que trata de expansionarse con la de sus semejantes, en ese amor infinito que radia de Dios, ¿es posible mancharse con el puro contacto de las pasiones y transigir ante los bestiales convencionalismos de esas diversas iglesias, distantes del Evangelio de Jesús?

—Más que por mis ideas societarias y el ideal de mi alma, me han traído por los intereses que me dejó mi desventurada madre; la fe católica es el pretexto. No he pedido cuenta á mis tutores, ni he reclamado todavía el auxilio del poder civil para de-

fender mi derecho, porque los intereses materiales son para mí secundarios, y sólo en caso de defender la libertad de mi alma me vería compelida á defender también la libertad de mi cuerpo. Esta es una confesión íntima, que hago á mi amada y venerada protectora—exclamó Lucila cogiendo la mano derecha de Dulcila y llevándola á sus labios.

Esta, tan conmovida como ella, se arrojó en sus brazos besándola el rostro efusivamente.

—¡Mucho valéis, hija mía; pero os amo tanto, y podéis disponer de mí, como vuestra madre espiritual, desde estos instantes!

—Como el éter hace vibrar las moléculas con el calor del sol, este amor espiritual que radia de Jesús nos hace vibrar los corazones al unísono de nuestras almas, mi muy amada Dulcila—balbució abrazándola.

—La vida intensa, la vida sana, con todas sus dichas y exquisiteces espirituales, es este amor que nos estrecha y enlaza con el desinterés menos apasionado.

—¡Cuántas veces usted, como yo, al enjugar las lágrimas de los desgraciados y socorrerles en sus necesidades hemos pensado en esta triste realidad. Dios bendito, ¿por qué tanta injusticia y desgracia tanta?

Frente á esas representaciones religiosas que ostentan el lujo, la ociosidad y la molicie, con todos esos cultos egolátricos, y que tanto abusan de la infinita misericordia de Dios, titulándose sus representantes para mayor sarcasmo de la vida, nosotras, las cooperadoras del único y verdadero bien humano, consagradas á levantar, á dignificar y ayudar á esos seres productores, que viven en la religión activa del trabajo, aquilatemos la pureza del alma en

la paciencia del bien obrar, diferenciándonos de quienes la esclavizan, por la posesión de las riquezas.

Hermanos en Dios, imitémosle, practicando este amor espiritual que surge de nuestras almas en verdad activa.

—Hermanos mayores por inteligencia, cultura y educación, seamos protectores y educadores de los humildes ineducados, jamás explotadores ni opresores. Así le conocerán, amarán y le santificarán, tocando y palpando y gozando de nuestros socorros y protección.

—Hoy la instrucción, la ciencia, la observación, la crítica y la libertad de los contrastes humanos, como el alma nueva de la Humanidad, provocan la rebeldía, donde la ignorancia tuvo prisionera á la pobreza. Detrás del odio, hijo del dolor y la miseria brotan las sangrientas pasiones y las represalias de la lucha social.

—Nosotras, con nuestro amor espiritual y nuestra abnegación, debemos suavizar asperezas, despertar las almas del sueño pasional para la realidad humana del evangelio común y redentor, hasta hacer tangible la vida de Jesús y su retorno glorioso sobre la humanidad doliente, sedienta de justicia, de vida expansiva y cariñosa.

—Así como vive en nuestras almas confortándolas, dándolas nuevas fuerzas expansivas, ¿no es verdad, mi amada Dulcila?—interrogó mirándose en las pupilas de sus ojos, con dulces estremecimientos?

—Ciertamente que sí—la dijo Dulcila, estrechándola en sus brazos. Me dáis nueva vida—añadió, besándola en las mejillas.

—Es preciso que preparemos nuestra defensa para cuando venga su ilustrísima.

—Estad tranquila, que no necesito preparación para defendernos.

—Ya tuve el honor de insinuarle que vuestra libertad dependía de mi protección en este refugio de piedad.

—No me sorprende que frente á tanta hipocresía, cubierta con el manto de la religión y las tocas de la mentira, esos desgraciados trabajadores con la visión del lujo y las ostentaciones de la riqueza, que ellos producen, sin gozar de lo más necesario para vivir en salud, duden de la existencia de Dios, se hagan ateos y luchen inconscientemente en favor del demonio del mal, que esas mismas religiones con sus cultos de «Latría» y «Simonía», provocan, bendiciendo la guerra, excitando á los industriales con la venta de armas y máquinas de destrucción y de exterminio, amparadas para la represión y la destrucción por esos tiranos inconscientes, que las religiones ungen y coronan para abusar de la infinita misericordia de Dios, dislocando á las muchedumbres é intoxicándolas con el alcohol, los vicios y los crímenes pasionales.

—Y nosotras, con nuestra educación, con nuestra buena fe, con nuestra inocencia, les ayudamos con nuestras riquezas y les sostenemos por nuestros prejuicios hereditarios. ¿Cabe remedio á tanta desdicha y locura?

—Ciertamente que sí; tenemos que elevar nuestras almas á la altura del Evangelio practicado por Jesús, practicándolo para ejemplarizar. La Ciencia, con sus aportes, con sus máquinas bienhechoras, que vienen á redimirnos del oneroso trabajo material, anuncian la nueva aurora mundial. La disciplina societaria de los humildes productores desvanece las nubes del mal, y nos señala el día redentor con to-

dos sus albores de fraternal y espiritual amor, para redimirnos de todas las esclavitudes pasionales, de todos los vicios originarios del mal, de todas las servidumbres carnales, para captar y explotar la representación de Dios en la tierra.

—Estas coacciones de la mentira, de la hipocresía y de las falsas representaciones del anticristo, que pretende la representación de Dios en la tierra, son obra del diablo, dios del mal y de la idolatría humana.

—Tengamos paciencia para realizar el bien; la resignación para sufrir el mal es una cobardía. Huyamos del mal, no siendo cómplices. ¿Estáis dispuesta, mi venerada Dulcila?

—Estoy convencida y decidida; hasta luego hija mía.

—Hasta cuando gustéis, mi amada protectora.





## Convencionalismos frente á la futura realidad

---

Tras el evangelio que la razón, el progreso, la crítica y la ciencia han caducado frente á la sublime realidad futura; para millones de seres humanos hay otro evangelio de redención humana, que viene á reconciliar la especie ante las almas, redimiendo de las esclavitudes de los cuerpos por una transformación económica más equitativa, racional y justa.

Frente al evangelio de Dios, que es amor, que es confraternidad universal, abnegación, desinterés, cultura, ciencia, no puede prevalecer el evangelio del hombre; que es el de la violencia, el del egoísmo carnal, que aprisiona las almas y los cuerpos á esa fe roqueña, estática y absurda, tan estéril por la contemplación, como malsana por la inutilidad ociosa.

Así lo quieren la vida sana, la salud y el bienestar humanos, todos los convencionalismos del pasado son impotentes contra la vida y el porvenir de la especie, requeridas por las dos intangibles leyes del progreso: la de renovación y perfección.

Por atracción mecánica se unen las moléculas; por la dinámica se unen las almas, y los cuerpos humanos se unen y atraen por las pasiones concéntricas en la vida social.

Así los intereses creados y las pasiones de estos intereses buscan la cooperación de los seres humanos en los dramas y comedias de la vida.

Por estos motivos, la trinidad de Márgara, Sixtina y su ilustrísima el obispo, se movían y agitaban en el ambiente morbosos de aquellos intereses.

Según había prometido á Dulcila, su ilustrísima se presentó en la casa de devoción, donde ya lo esperaba Márgara con la superiora. Después de saludarlas, según el ritual, llamaron á Dulcila y á la joven huérfana.

Márgara se acercó á Lucila, dándole un expresivo abrazo con gran sorpresa de su ilustrísima y satisfacción de Dulcila, que lo estimaba sincero.

—Aquí vengo con su ilustrísima por requerimiento de vuestra protectora Dulcila—la dijo, pidiendo á ésta con una mirada su asentimiento, y añadió—: Su ilustrísima, que á todos nos estima, desea saber si esta monomanía del pienso libre que te aqueja, es una enfermedad incurable que perjudica mucho á tu libertad—insinuó Márgara, entre burlona é incrédula, cruzando una mirada de inteligencia entre su ilustrísima y Dulcila.

—Sentémonos y permitid que haga algunas preguntas á esta señorita.

—Con el permiso de ustedes me retiro—dijo la superiora, saludándolas—, si necesitan algo avisen—y cerró la puerta de la sala del recibimiento.

Después que las tres se sentaron en derredor de su ilustrísima, éste, mirando cariñosamente á Lucila, con el solemne tono de examinador ante los examinandos, la dijo:

—Es usted una persona ilustrada; ha ejercido con notorio provecho el arte de curar los cuerpos.

Por mi ministerio tengo la misión de curar las al-



mas de los prejuicios humanos con el evangelio para la práctica de la moral.

La verdad y la moral son únicas; y así como la unidad conocida y palpable nos sirve para medir y conocer la cantidad, dándonos el criterio común de certidumbre para el unísono de los sentimientos y las acciones humanas, por la disciplina espontánea que desciende de las conciencias á los corazones, así como la batuta y la dirección de una orquesta produce la armonía de las notas musicales y la belleza, que nos conmueve y emociona.

—¿Cuál es la verdad, la moral y el evangelio de usted, que desde su conciencia regula sus acciones y acalora su alma?

—Ilustrísimo señor, mi evangelio es el de Jesús, cuya verdad y cuya moral nos legó con su acción y con su ejemplo, siendo su verbo activo el trabajo útil, con el cual dignificó toda su vida, y que nos sirve de salud al cuerpo y de vida al alma. La mía, ilustrísimo señor, viene hasta hoy por dos rieles encarrilada; el amor á Dios y el amor á mis semejantes, con aquél alimento mi alma, y con éste alimento mi cuerpo por el trabajo activo de todos mis músculos, dando satisfacción á las emociones por el bien que con él realizo, según las plantas elevan sus perfumes y nos dan sus frutos.

—No me parece mal; pero falta lo esencialmente exacto para la autoridad en los demás, y surge de aquí la deficiencia, porque para la eficacia es indispensable un evangelio eterno y universal, y de aquí brotan los distintos criterios, y la ineficacia de su acción por la falta de unidad en las diferencias sociales de las masas.

Las ciencias de una parte, las distintas capas sociales de la otra, provocan diferentes evangelios.

El vuestro, señorita, ¿es el de Buchner?, ¿es el de Haeckel?, ¿es el de Carl Vogt? Los tres materialistas adornados con la capa de la ciencia. Se padece y se ve padecer. ¿Dónde hallamos el remedio para los males de la sociedad?

—Muy propios los tres para los seres humanos cuya ignorancia les hace enterrar el espíritu en el cuerpo, pasando por el dolor, por la injusticia y por la miseria, desde la cuna, por los hospitales, al cementerio.

Para esos «estómagos servidos por órganos», el alma, la moralidad y sus funciones corpóreas no existen para nada, y vuestro evangelio, tomado de Jesús sin autoridad, ni prestigio, ni fuerza, es una bella utopía, algo así como el ambiente y la libertad para los prisioneros, que no pueden gozarla y la desean.

—Tenéis muchísima razón; esos evangelios materialistas que premeditadamente mutilan el alma, el entendimiento y la razón, conviven ahora en la realidad humana, porque la libertad, la fraternidad y justicia son otras tantas ficciones, que explotan los capitalistas contra los productores asalariados, esclavos de la ignorancia y de la miseria moral y física.

Y continuarán explotando mientras las almas no se rediman de los fanatismos egolátricos y los cuerpos no se rediman de la esclavitud del salario, que apareja la ignorancia y los cultos de Latría. Porque así como la riqueza provoca en unos el ocio al descuido y en otros la miseria por falta del trabajo; ocio y miseria fecundan los vicios y los crímenes.

—La prueba más elocuente y persuasiva de la falta de prestigio y autoridad para encarnar en las muchedumbres vuestro particular evangelio, ha sido

vuestra prisión, provocando el delito pasional en la reunión pública. Gracias á la intervención de vuestra amiga Márgara hemos podido arrancaros de las garras de la justicia civil, para traerlos á esta casa de devoción con el noble propósito de que reconozcáis la autoridad de la Santa Iglesia Católica, depositaria de esa unidad sublime que encarna en Su Santidad.

Jesús, divino redentor, á pesar de su prestigio y sus milagrosos fenómenos, fué sacrificado por la plebe pasional é ignorante, y no llegaría usted á conocer su evangelio, sin los esfuerzos y sacrificios de sus discípulos los cristianos, que nos precedieron en la propaganda. Presumo que no tendrá usted la pretensión de igualarle y superarle. Reconozca, pues, de buen grado la autoridad evangélica de nuestra Santa Iglesia, si tanto amor tiene á Dios y á sus semejantes.

—Ilustrísimo señor, no dejo de reconocerla, deplorando que viva fuera de la ciencia y tan distanciada de la santa realidad del amor espiritual á Dios y á nuestros semejantes todos, hasta el extremo de haber quemado, para evitar el espectáculo de la sangre, con la hoguera inquisitorial á tantos mártires de la ciencia, de cuyos venerables nombres y suplicios, no quiero recordar á su ilustrísima, por la consideración y respeto que me merece.

—Mi querida Lucila, tú, que eres buena, tolerante y cristiana—interrumpió Márgara—, ¿por qué has de rechazar la autoridad de la Iglesia católica, si comulgas en el evangelio de Jesús?

—Yo no rechazo la autoridad de la Iglesia católica; mi razón, mi conciencia y mi entendimiento que han admitido las verdades matemáticas y las ciencias físicoexperimentales, por raciocinio y compro-

bación experimental, rechazan ciertos misterios, ciertas prácticas abusivas contrarias á la Naturaleza y á la verdad real. ¿Es culpa mía tener entendimiento, razón y conciencia, atributos del pensamiento y afirmaciones del alma?

—Mi amada Lucila, ¿hay alguna incompatibilidad entre esos atributos y el evangelio cristiano?—interrogó Dulcila con una mirada cariñosa,

—Ninguno, mi venerada protectora—contestó Lucila, y añadió—: Pero el evangelio cristiano, practicado en espíritu y con verdad, es incompatible con el ritual católico, y perdóneme su ilustrísima—insinuó pidiéndole con una dulce mirada su misericordia.

—Sepamos en qué consiste para usted esa incompatibilidad—interrogó ásperamente su ilustrísima.

—Si me concede su perdón su ilustrísima, voy á poner á prueba su gran caridad y nobles sentimientos. El fraile Lutero, con su protesta contra la Simonía, provocó la reforma religiosa.

—¿Y qué es para usted la Simonía?—interrumpió su ilustrísima visiblemente molesto.

—Recuerdo la definición del capuchino Z. Martí y Soler; si su ilustrísima me lo permite, la recitaré:

—Puede recitarla—contestó malhumorado su ilustrísima.

Entre la burla mal comprimida de Márgara y la contrariedad visible de su ilustrísima y la curiosidad atenta de Dulcila, recitó los versos siguientes á la «Simonía»:

Nuestros obispos, nuestros pastores,  
se sacrifican los monseñores,  
como el vicario y el sacerdote,  
como el fraile y el monigote...

.....

Venden bautizos y aguas benditas,  
venden sermones y medallitas,  
venden cicilios, venden sudarios,  
y comunione y escapularios,  
palmas y olivos contra tormenta,  
y otras mil cosas que el Papa inventa,  
sin que se agoten los artificios...  
agua de Lourdes, misas y oficios...  
¡Diezmos, derechos de enterramientos...  
y pasaportes del purgatorio!  
Huesos, reliquias, cruces, cordones,  
y por tarifa las oraciones.  
Por plata sacan almas en pena  
con un rosario ó una novena.  
Plata si ríes; si lloras, plata.  
Lo mismo al vivo que al que se mata;  
todo es vendible, todo es dinero  
con lo que esquilman al mundo entero.  
¿Que estáis alegre...? ¿Que estáis contento?  
¡*Te Deum laudamus!* ¡En el convento!  
¿Pierdes un deudo á quien tu quieres?  
¡Pues funerales y *misereres!*!  
¿Vienes al mundo...? ¡Paga, villano!  
Paga si quieres verte cristiano.  
¿Quieres casarte...? ¡Paga ó estalla!  
¿Quieres morirte...? ¡Pues paga y calla!  
¿Que ya te has muerto...? ¡Paga el velorio  
y los derechos del purgatorio!  
¿Temes del cielo crueles sentencias?  
¡Paga al prelado las indulgencias!  
¿Te condenaste...? ¡La cosa es gravel  
¡Pero pagando... tal vez... quién sabe!  
Paga cien misas á Santa Rita,  
que ésta conoce la mala cuita,  
y, sobre todo, si es bien pagada...  
saca al marido del mismo infierno  
con el indulto del Padre Eterno.

Ante descaro tan molesto como inesperado, su  
ilustrísima aguantó el chubasco, comprimiendo la  
ira y sacando fuerza de flaqueza, se levantó airado,  
dijo, mirando alternativamente á las dos señoras:

—Esta señorita está loca de remate; punto menos que imposible la pretensión de curarla.

—Señoras mías, perdono á ustedes la sorpresa que me han proporcionado.

Y sin dignarse mirar á Lucila, que, como ellas, se había levantado simultáneamente, las hizo una reverencia, volviéndoles la espalda.

Las tres permanecían mudas por un minuto, y Márgara, entre risueña y contrariada, dijo á Lucila, interrumpiendo aquel silencio:

—Has estado un tanto descarada con su ilustrísima; á mí me han hecho gracia esos versos del fraile, pero me temo que comprometas tu libertad y agraves tu situación.

Su ilustrísima se ha ido muy contrariado, y verdaderamente no había necesidad de tanto.

—Le pedí perdón de antemano, y, en cambio, me ha concedido el título de loca; los niños y los locos nos parecemos, en que no sabemos disfrazar la verdad; siento mucho haberlas molestado—exclamó Lucila, visiblemente emocionada.

—Tal vez trate de llevarte de aquí á un manicomio—insinuó Márgara—. ¿Tenías algún tío en Méjico?

—Sí que lo tengo—contestó Lucila, sorprendida por la interrogación inesperada de Márgara.

Esta se libró bien de hacer más indicaciones.

—Con el permiso de ustedes me voy. Adiós, hija mía—la dijo á Lucila, abrazándola; y usted, señora, cuente con mi sincera amistad—añadió, alargando la mano á Dulcila.

—De todos modos Lucila quedará en esta casa con libertad provisional para salir cuando guste—dijo Dulcila, estrechando la mano de Márgara.

—Creo que sí; pero no está en mis facultades concedérsela.

—Es que entonces sentiría tener que requerir al poder civil para recabarla.

—Creo que saliendo acompañada de usted no hay dificultad—contestó Márgara para evitar el desquite.

—Aquí viene la superiora—dijo Lucila, viendo que entraba la superiora.

—¿Han arreglado ustedes el asunto?—interrogó ésta.

—¿Le ha dicho usted algo su ilustrísima?—preguntó Márgara.

—Se ha ido muy de prisa, y algo contrariado; pero nada me ha dicho.

—Márgara está conforme con que Lucila salga conmigo—añadió Dulcila.

—Por mí no hay dificultad, si así ustedes lo desean—contestó la superiora, interrogando con la vista á Márgara.

Esta, después de una breve vacilación, asintió de mal grado á la pretensión de Dulcila.

—Hasta la vista, y procura, Lucila, ser más cautelosa y prudente, mi querida amiga.

—Lo dicho, señoras mías; hasta la vista—; y las tres se despidieron, separándose para sus respectivas habitaciones.

Mientras se desmaraña la red tendida á Lucila, con vistas á su herencia, precisa el lector conocer el hilo amoroso, motivo de la segunda parte de esta novela.







---

## SEGUNDA PARTE

# ¡Ser! ¡No ser! ¿Qué soy?

Sofiar, sentir, pensar, tres estados del ser al no ser.

Verardo, Lucio y Paradox eran tres camaradas que se habían conocido en un colegio de internos de Madrid, profesándose una íntima estimación, ya de muchachos, por afinidades espirituales los dos primeros, y por atracción de gusto artístico el tercero á los dos.

Aragonés de antigua cepa, Verardo; castellano clásico, Lucio, y valenciano, Paradox; en el lapso de tiempo en que terminaron sus carreras profesionales: de ingeniero de caminos, Verardo; de ingeniero de montes, Lucio, y abogado, Paradox, continuaron cultivando la sincera amistad en una casa de huéspedes, siendo inseparables en el trato social íntimo.

Amantísimo de la verdad, Verardo; filósofo, Lucio, y ecléctico, Paradox, constituían una especie de trinidad á modo y manera que el espíritu, la conciencia y el corazón equilibran el sér fisiológico é íntegral.

Graves en sus propósitos, sobrios de pasiones, dignos y correctos por educación y gustos, no teniendo entre los tres secreto alguno, cambiaban entre sí el noble y cariñoso comercio de las emociones y las impresiones, así en ciencia como en literatura, arte y amor pasional; yendo al teatro, las reuniones y paseos casi siempre juntos los tres, salvo los períodos de tiempo en que las ocupaciones profesionales los separaban, fuera de Madrid y algunos meses, porque ambos tres eran independientes por sus rentas, ejerciendo la profesión por dignidad personal y amor al trabajo y á la ciencia.

Hacía varios meses que Verardo, desasosegado por una amor intenso, recataba el fuego íntimo que sentía por una joven sirviente de la casa de sus tíos, adonde iba á comer con frecuencia, y con la cual se comunicaba por el verbo en las salidas de costumbre, ocultándose de sus amigos por un amor propio justificable.

Amábala con toda la poesía espiritual de su alma, mientras que la joven lo quería en prosa, con toda la vanidad del cuerpo, interpretando el rubor y recato de Verardo por un propósito deshonesto, surgiendo de tal contraste la predisposición y desconfianza de la sirviente, que lo quería á la luz del sol y la sociedad, exteriorizando las relaciones, que se rompieron por un disenso, de recato en él y de publicidad en ella; que por instinto pasional contrajo relaciones con apuesto joven, de profesión humilde, para más obligarle por celos, que Verardo comprimió, sufriendo durante un año tormentos inenarrables, entre el amor espiritual que embargaba su entendimiento y voluntad y el amor propio de suyo, cubierto por su dignidad y medio ambiente.

En tal estado de ánimo, se le fué haciendo impo-

sible la vida á Verardo, acariciando la idea del suicidio, como el náufrago que lucha contra las ondas que lo envuelven, buscando instintivamente una tabla de salvación, cual Verardo buscaba lo eterno, ahogando el espíritu en las hondas pasionales de la materia.

Preciso es haberlas experimentado, para formarse cabal idea de las emociones que provoca el espíritu en lucha con las pasiones del cuerpo, tratando de enseñorearse del ánimo y la voluntad, cuando se sienten hondas, y no se piensa con toda la claridad que de la vida exterior surgen con el ahogo, sugestionando al sér con todas las energías del querer, y todos los requerimientos del no poder, que acorralan la voluntad con ansias mortales.

De una parte el sentimiento humano, con intensidad suprema, que nos compele á la muerte, cual el del héroe en la lucha contra la vida; de la otra, el espectáculo de los dichosos con sus denteras y mordiscos, ante la última hipótesis inevitable que nos atenaza el corazón, abrasa el cerebro y nos dice muy quedo: «¿Por qué desesperar ante la inutilidad de las tristezas supremas y la fragilidad de la dicha? ¿Por qué no tener conciencia de los derechos á la vida, más ó menos limitados, para utilizarlos bien?»

La imagen de la joven embargaba de tal manera y modo el pensamiento, la inteligencia, memoria y voluntad de Verardo, que no le dejaban un instante de reposo. Siendo el suicidio el acto del sér que, no sintiéndose con ningún derecho á la vida, por la capción del libre albedrío, en un momento dado rompe los lazos que le unen el cuerpo á la tierra; y Verardo estaba completamente dominado por la posesión del sér de la joven, hasta el extremo que su vida y su sentimiento estaban poseídos por ella en



absoluto; siendo de otro, no podía ser él en el mundo sin ella.

Cuantas veces había huído de Madrid, intentando en vano poseerse, recabar su libertad, dominar su amor por la joven, otras tantas había vuelto más esclavo de ella.

El día que la vió, acompañada por su inconsciente rival, compró un revólver, decidido á quitarse la vida, vino á su casa hondamente preocupado por la emoción que embargaba todo su sér; había escrito ya tres cartas, cuando sus dos amigos se presentaron en su habitación, sorprendiéndole cuando cargaba el revólver.

—¿Qué haces, Verardo? Estás loco, ya presentíamos que algo grave te ocurría—le dijeron simultáneamente, mientras Lucio le quitaba el revólver de las manos.

—¡Ven acá, desgraciado! En tan poco estimas nuestro cariño y amistad...—le dijo Paradox, abrazándole y atrayéndole hacia la butaca, mientras Lucio descargaba el revólver, temblando como un azogado por la emoción.

Y tomando los dos amigos asiento en derredor de Verardo, le dijeron.

—¡Serénate! ¡Cálmate! Dinos lo que te sucede; ya lo presentíamos hacía tiempo—le dijo Paradox anhelante, añadiendo con acentuado cariño:

—¿En tan poco estimas á tus amigos, que no te has dignado confesarnos lo que te sucede?

—Tenéis razón; soy un criminal con vosotros—exclamó Verardo, sollozando, cual si arrojase uno de sus pulmones por la boca, mientras caían temblonas las líquidas perlas por sus mejillas.

—¡Soy muy desgraciado, y más cobarde!...

—Las lágrimas redimen; desahógate con nosotros,

y te curaremos—exclamó Lucio, emocionadísimo.

—Vaya un remedio para un hombre fuerte y digno como tú—le dijo Paradox, abrazándole.

—Tenéis mucha razón—balbució Verardo, ahogado por los sollozos y tapándose el rostro con las manos.

—Voy á confesaros mi desgracia. Por amor propio recaté mi pasión por una mujer indigna de mi amor, y ella me ha traicionado, cuando poseía todo mi ser, absorbido por ella, centro de mi existencia infernal.

—Escancia entre nosotros esa gran amargura; despierta tu espíritu, recobra tus energías y dignidad de tu sér, tu libre albedrío—le dijo Lucio con acento paternal, añadiendo emocionado—: Vuelve á tí, puesto que la fuerza electromagnética de esa joven te ha sugestionado hasta hacer tu vida imposible, compeliéndote al suicidio por la falsedad del amor propio, que te lleva por el delirio del embargo de tu vida; tienes amigos, deberes que cumplir, vida universal de relación, alma eterna, conciencia de tu yo que te ofrece la certidumbre de fijarte en ese círculo intenso de actividad para la vida real; no la sacrifiques en un momento de delirio á otra vida, á otro sér, que no te ha comprendido ni te corresponde, habiendo otras más nobles, más dignas que pueden comprenderte y conocerte y amarte, con igual corriente dinámica que la tuya, para establecer la mutua felicidad en equilibrio estable.

Tú ingeniero, pensador altruísta, recuerda la vida de relación social, el principio de la humana actividad en sublime y majestuosa armonía. Nada se pierde, no te ahogue lo infinito del ansia; todo existe por universal principio; marchamos, trepida la tierra; gritamos, vibra el aire; damos cuerda al reloj, y se mueven las manillas; á cada momento la fuerza que

señala la necesidad de ser de la tierra en el Universo lo transforma todo, regularizando la absorción y expresión vital de los seres.

La tierra, madre cariñosa y amantísima, nos ha dotado de los siete sentidos; dos espirituales y cinco corporales, para ponernos de acuerdo con ella como el hijo pequeño con la madre, participando de la creadora actividad, según conviene á nuestro destino terrenalmente humano.

Porque una absorción demasiado elevada del principio creador universal abrasa nuestro cuerpo, del mismo modo que una corriente eléctrica demasiado intensa, funde el hilo conductor, que la disminuye de modo normal, dice Paradox, añadiendo:

—Y este regulador individual entre nuestro espíritu y cuerpo por la dinámica y estática, sensible y fiel cuando una exaltación amorosa como la que sufres, embarga tu espíritu, tu razón y tus sentidos; por la absorción de ella en ti, pierdes el equilibrio y te fundes en el suicidio, gritándote la vida, mediante el delirio de tu yo y el de ella, que te llama al infinito por una emoción insuperable.

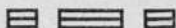
Despierta la conciencia de tí mismo; mira en tu derredor, piensa: ¿dónde estás? ¿qué eres? ¿adónde irías?, para salir de esta horrible pesadilla, cuya sugestión de esa joven te hace sentir la inutilidad de tus siete sentidos, embriagado por ese amor imposible, que te priva, como á los borrachos, de la conciencia y de todas tus facultades y de la energía creadora externa, que te ha de volver á la realidad oxigenando tu espíritu con la dinámica, y tu cuerpo con la estática integridad de la inteligencia, la fe en tu futura felicidad y la esperanza del equilibrio de todo tu organismo, aparejando la cordura te volverán á acariciar en la vida esta.

El sueño reparador de tus nervios, la noción del tiempo, la convicción en la libertad de tu sér de las cadenas sugestivas de esa joven, te volverán la tranquilidad y el reposo íntegro de tu sér, al amor de estos amigos, al calor de las distracciones externas, música, teatro, bellas artes, labor intelectual, amor al trabajo, que es amor en plural á nuestros semejantes, te remunerarán con creces de esos sufrimientos; el temor á perderlos, á caer de nuevo en ese delirio, te hará gozar de la vida con mayor intensidad que goza el curado de grave enfermedad y el preso libre, después de haber sufrido injusto cautiverio.

—¡Gracias, ¡amigos míos!, por vuestro cariño y vuestras observaciones que me devuelven la vida y me preparan á la curación de esta insana locura, de este amor tan intenso y tan absurdo—exclamó Verardo limpiándose las mejillas—. Os prometo toda mi voluntad, todas mis energías y mi cariño á vosotros, para curarme de lo que os confieso me deshonra, y había envilecido con el rubor de recatarlo y el tormento de sentirlo, ante un sér tan poco digno de merecerlo.

En lo sucesivo prometo informaros con todos los detalles de las incidencias y proceso psíquico de mi alma y estado del corazón, para muestra de estudio y observación de cuantos desgraciados puedan caer en tentaciones, motivadas por pasionales sugestiones ó empeños sobrehumanos, siempre injustos y absurdos.

—Esa es la mejor medicación que puedes propiarte y facilitar á tus amigos. Ahora saldremos á oearnos y distraernos por el cine humano de los paseos, jardines y plazas—dijo Paradox.





## ¿Qué es la vida?

---

De retorno á la casa de Lucio, acompañado de Verardo y la promesa de Paradox, después de haber éste despachado un asunto urgente, de incorporarse á ellos, cenando juntos los tres, entraron los dos primeros en el despacho de Lucio más serenos y tranquilos, departiendo sobre las mutuas impresiones exteriores, abordaron el problema transcendental de la vida, siempre planteado y casi nunca resuelto, por los externos contrastes entre los requerimientos espirituales y los pasionales de la carne.

—Amigo Verardo, ahora que te veo más enseñoreado de tí mismo, menos abstraído de tu sér, tratando del equilibrio íntimo por la razón y la conciencia de lo que son nuestro espíritu y nuestro cuerpo, me vas á permitir algunas observaciones—le dijo Lucio—. En las enfermedades de la mentalidad y las del corazón, acontece de ordinario lo que en todas las enfermedades fisiológicas reales, unas imaginarias, otras nos absorben los sentidos y las facultades intelectuales, embargando todo nuestro sér por golpes de sorpresa; la borrachera patológica pura, como la psicológica morbosa, producen los



misimos efectos en nuestro sér orgánico, descomponiéndonos y desequilibrándonos.

El alcohol, como el amor pasional, se apoderan de nuestro cuerpo y espíritu, al descuido, dislocándonos; nos provocan alegría en el primer grado, perturbación en el segundo grado y locura ó delirio en el último; el alcohol y el amor pasional se parecen por sus medios y por sus efectos, y entran al desgaire de nuestra inconsciente voluntad, para turbarnos y dominarnos, siquier sea accidentalmente, á espaldas siempre de nuestra responsabilidad moral.

No todo lo que nos inclina hacia la mujer nos soborna y domina, puede llamarse amor en el doble concepto espiritual y fisiológico de nuestros deseos.

La necesidad de distraernos, pasar el tiempo, deseo sexual de agradar, esperanza de salir airoso, abnegación de sí mismo, conformidad de genio y gustos y otros varios motivos, que nada tienen que ver con esa fuerza dinámica llamada amor, y que le confunden con ella fácilmente los delirios pasionales.

El deliquio amoroso, contacto de dos notas humanas y sexuales, no puede confundirse con el delirio amoroso de dos seres que se atraen instintivamente, amando el uno espiritualmente, y la otra en prosa vil hacia el contacto carnal; porque para el deliquio amoroso del eterno dúo, son indispensables la identificación de las dos almas, antes y después de la unión de los dos cuerpos, si ha de prevalecer el sacramento de la familia y la eternidad del amor espiritual.

La comunión de dos almas de distinto sexo es el único ideal que puede encarnar el matrimonio y la familia. La vana comunicación de dos almas, la impaciencia deliciosa de la satisfacción sexual de nuestros sentidos, no pueden jamás confundirse con la

sublime y simultánea emoción ética y estética de dos seres, que vibran con intensidad amorosa, se unen y santifican el matrimonio y la familia en el dúo eterno del amor espiritual, sol, luz y calor de los hijos.

La mayoría de los matrimonios que se realizan por pasión, por interés y vanidad, son martirio de cuerpos vivos en disenso perenne, tormento de almas adormidas y castigo constante de verdugos y de víctima, que atormentan la familia y arrastran á la deshonor los hijos, entre las apariencias externas sociales y los íntimos cotidianos martirios del infierno matrimonial, cuyas válvulas atormentadoras estallan frecuentemente en los estrados judiciales por los más horrendos crímenes compelidos; y producen los hijos anormales y los amorales también.

¡Triste realidad de otra más cruenta! que palpita en el interior de los matrimonios, por el disenso de las almas y la sugestión de las pasiones.

—Ahora, y al calor de vuestro purísimo cariño, voy despertando de esta pesadilla horrible, que me ha captado los sentidos y el entendimiento, pretendiendo honradamente un imposible; la correspondencia de un alma dormida con la mía, despierta, sin apercibirme de las irreductibles diferencias de instrucción, capacidad y medio—contestó Verardo, respirando cual si se quitase un gran peso, y añadió: —Estos motivos y mi nativo rubor me obligaron á recatar de vosotros, lo que en ella por vanidad y en mí por modestia, oculté á los solícitos cariños de vosotros. Decía que me amaba; la inocencia y pureza de mi cariño la dieron crédito; ponía yo en el empeño hasta santificar en el amor el matrimonio, todo mi sér, alma y vida, mientras ella ponía interés y vida, tratando de posesionarse en absoluto de mí por desigual pacto.

—Si te amase cual tú la amabas, no iría ella de caza, para subyugarte á su yo pasional absoluto, empleando la treta de tercero en discordia, con el aforismo instintivo de que el temor de perder aviva el deseo de conservar, según los cazadores usan el reclamo para atraer la víctima por el mismo amor.

La debilidad y la ignorancia se sirven de la astucia y otras tretas peores para imponerse, venciendo por el dominio absoluto del sér amantísimo.

—Si su alma correspondiese al amor de la tuya, jamás utilizaría el reclamo, que la coquetería y ocasión la proporcionaron en tu daño—le dijo Paradox.

Justificamos tu silencio con nosotros y el rubor de tu dignidad, que te hubieran costado la vida, ó el matrimonio, tu martirio eventual, peor que la muerte, cuando, como en este caso, jamás llegaríais á concertar el deliquio amoroso en el matrimonio, lazo social indestructible, con detrimento de la felicidad y de la familia. No basta querer, es indispensable saber cómo se fundamenta el cariño real y verdaderamente puro.

La emoción estética comunicada por tus sentidos al espíritu, embargándolo del mundo exterior de relación, abstraído por ella, te iba negando todos tus derechos á la vida, en ansias de lo infinito por un imposible para eliminar tu existencia, sacrificándola todo: presente y porvenir.

—No porque la electricidad, como fluído vital, se aprisione al contacto de dos metales unidos por un ácido, deja de ser inmaterial. No es ni el uno ni el otro metal, ni el ácido tampoco; si es una porción de esa fuerza universal, que aprisionada se hace sensible, aislada de las otras fuerzas que la equilibran, como cualquier otro fluído, más ó menos ponderable, que utilizamos aparte—observó Lucio.

Fija bien tu claro entendimiento en estos fenómenos externos. Imagina que el amor circula por un hilo de alambre, conductor entre la pareja matrimonial; tira ella hacia sí resistiéndose, y se inclina y cae uno de los dos; tiras tú con mayor fuerza que ella, y se cae ó lo suelta para no caerse de tu lado; se hace estable el equilibrio por las dos corrientes iguales en potencia. De aquí resulta quien más abnegación amorosa consagra en el contrato matrimonial, es víctima, cayendo en la esclavitud de la otra parte, que se trueca en tiránica y en detrimento de la mutua felicidad y el decoro de ambas, convirtiendo este órgano matrimonial de la familia en instrumento depresivo de los hijos, debiendo ser andrógino de justicia y felicidad de todos, padres é hijos, por el equilibrio de las almas.

En el principio de las relaciones amorosas una luchá de predominio pasional, disenso externo de las almas, surge de las mutuas ansias, inclinándoles á encontrar la razón completa de nuestra existencia, sugestionánolos hacia fuera del mundo exterior, por el predominio intensivo de uno de los dos.

Nace el amor al contacto del verbo entre la pareja, la indeterminación amorosa hace crecer la pasión, dulce ó dolorosa por alternativas de ausencia, de contrariedades de medio ambiente, ó desigualdad intensiva de cariño, que toma cuerpo entre celos y recelos del querer, enseñoreándose de la parte más sensible por el amor propio, en razón inversa de la otra menos impresionable ó más iniciada en las luchas de la vida, por astucias instintivas.

De aquí que el más enamorado é inocente se abandone á la idea de absorberse hacia la posesión del sér amado; enfocando toda su existencia en la imagen del sér querido, hasta perder la noción del

tiempo y de las realidades exteriores; soñando con ella todos los momentos del día, y adornándola con todos los encantos de la imaginativa, según el pensamiento se abstrae de la realidad y del mundo exterior, para elevarse á las puras regiones del cálculo, ante una hipótesis suprasensible, produciendo los vértigos del mareo intelectual, cuando esa abstracción se dilata mucho tiempo fuera de los sentidos y de la realidad sensible.

Entre el gozo soñado y la tristeza imaginada por el margen del recelo, reemplazando aquél al tiempo que suprime, y ésta rompiendo todos los lazos que nos unen al presente y al futuro, nos deja sin principio vital, que alimente nuestra actividad externa, comenzando por la vacilación, por la duda ponzoñosa que nos envenena corazón y espíritu, dejándoles ciegos y paráliticos en derredor del sér amado, hasta producir el ansia del suicidio por el delirio del mareo.

—Querido Lucio, admiro tu penetración psicológica—exclamó Verardo, abrazando efusivamente á su amigo.—Qué bien describes mi enfermedad y cómo te agradezco el remedio; has disecado los estados de mi alma. Ya puedes comprender cuánto he sufrido. Soy el más cobarde de los hombres intelectuales por la voluntad. Mariposa de un amor injustificado en un momento de locura intensa, he querido abrasarme en lo infinito; ¡necio! ¡tonto! ¡desgraciado de mí! ¡Arriba el corazón, cobarde!

—Sobre todas estas cosas flotan dos conceptos de la vida, para nosotros equilibrados, racionales por esencia, presencia y potencia; no debemos olvidar jamás en ningún momento ni ante las mayores contrariedades externas, que nacemos para sentir, sentimos para pensar y pensamos para obrar con toda la racionalidad en la vida.

¿Qué es la vida? Un medio entre nuestro sér espiritual operador y nuestro físico con sus cinco sentidos de la realidad, obra gobernada y dirigida por aquél, cual nave gobernada y dirigida sobre el inmenso piélago, por el navegante espiritual.

Esos delirios pasionales propios de desequilibradas víctimas que sienten la vida desordenadamente, como la persecución del placer sensual exclusivo, y navegan á todos los vientos, ciegos y torpes, concluyen por ahogarse, para nosotros, el navegar del bautismo al epitafio es la vida equilibrada hacia la inmortalidad, contra todos los vientos pasionales, salvando los escollos, emocionados con las resistencias, alto el corazón, libre el espíritu, serena la mirada, firme la voluntad, teniendo por brújula de orientación la conciencia.

Y tú, querido Verardo, ibas á estrellar tu nave, tu honra, la inmaculada pureza de tu espíritu, que la guía, ante tan deleznable roca y en pos de un absurdo.

¡Valiente empresa! Tristísima resolución que nada resolvía con esa irreparable transformación, que ni aun el tiempo podía eliminar aumentándolo. Huye de tan funesto espejismo, levanta el ánimo, haz palpitár tu corazón en más puras vibraciones, en más intensos motivos, en mayores dulcísimos empeños.

La tierra, con sus hermosuras y la sociedad con sus encantos, te brindan espléndido festín, digno de tu alma; el amor en plural al conjunto social, te resarcirá con creces de ese singular pasional, concreción egoísta hacia un sér indigno del tuyo, y además incompatible con tu felicidad al porvenir y presente.

Recuerda la honda tristeza en que te sumergió la muerte de tu querida madre; los estados de alma entre el niño y el enamorado semejan por la separa-

ción del mundo externo y del fluído vital; pero ya hombre, las fuerzas creadoras del infinito te hacen más llevadera la para ti muerte de esa joven; el tiempo y las realidades de la vida te irán curando del inmenso dolor en tu querer. Compara las dos pérdidas, cierto que amabas mejor y más á tu madre; esta tristeza pasará más pronto y fácilmente que aquélla; porque una fuerza más pura te hará recobrar toda tu tranquilidad y predominio del nervio sobre el músculo; por la armonía de tu organismo entras en la armonía universal, reparadora de esa sed pasional que te ahogaba, embargando tu talento, todas tus facultades de la vida en persecución de un cuerpo sin alma, de un sér, alma dormida, un espíritu que ni te comprendía ni podía quererte.

El amor propio es el señuelo del suicidio. Encontrarás otra digna de tu alma, de tu amor y de tus ilusiones, que te premie de esa prueba de amargura y dolor, alma viva como la tuya, que si triste y tormentoso es el contacto de un cuerpo sano con un cadáver, más cruento es el contacto de dos cuerpos, con alma viva el uno y con alma dormida el otro, que no pueden comprenderse ni compenetrarse.

Es necesario el infinito del cielo para comprender el amor de la tierra, donde tu cuerpo anida. Concédete á la humanidad esta limosna de misericordia, ya que ha encarnado tu alma. Mírala con la elevación de tu ánimo; eleva tu corazón al ambiente puro del infinito. Contempla esas legiones de presidiarios del salario que trabajan como fieras de acarreo, hacen lecho de los campos, agrupan sus rencores y sus esperanzas en Sociedades productoras.

Considera que las piedras nos dan sus cales para nuestros huesos; los árboles nos dan sus flores y sus frutos y sus leñas para nuestras necesidades; los

animales nos dan sus leches, sus carnes y sus pieles para nuestros cuerpos, ¿qué menos podemos hacer nosotros, que dar á nuestros semejantes nuestra inteligencia para redimirlos, nuestras amorosas energías para romper sus cadenas, nuestro aliento espiritual para salvarlos de la onerosa esclavitud?

Ya que la sociedad nos expansiona la vida con todas sus exquisiteces comodidades y encantos, concedámosla todo el amor espiritual que se merece cual amantísima madre; amémosla en plural; consagremos nuestra existencia en la redentora misión de perfeccionarla, embellecerla y conservarla pura.

Luchemos por la poesía de la vida en el ideal humanitario, que nos levanta, ennoblece y purifica de alma, de cuerpo, convirtiendo á la especie en familia de todos para cada uno y de cada uno para todos.

Hay que sentir el perfume de las violetas de Parma, de los jazmines de Niza, de los nardos de Geunese, de los jeranios de Corinto, de los tomillos alcarreños, de los claveles de Granada, de las rosas de Valencia y Murcia, oreando el corazón con el espíritu universal de las exquisiteces de la vida; huyendo de los portalones carnalescos de estas ciudades, cuyo pestilente vaho exhalan estos fosos de sepulcros blanqueados, que atormentan y seducen nuestras puras almas, sedientas de luz y de belleza realmente humana y posible.

—Conforme de toda conformidad con Lucio—exclamó Paradox encarándose con Verardo, añadiendo:—Pero es preciso tengamos en cuenta tres principios esenciales que nos sirvan de orientación social, para caminar orientados y seguros.

Estimo que debemos tener la verdad como punto de apoyo; la razón pura por luz del camino; la rea-



lidad social como palanca inquebrantable de nuestros movimientos en la realidad de la vida.

¿Qué es la verdad? ¿Qué es la razón pura y qué es la sociedad cuyo ambiente nos envuelve y nos rodea y se nos impone por la insuperable fuerza del número?

Verardo, con su claro y rico entendimiento, nos explicará la primera; Lucio, con su talento, se dignará explicarnos la razón pura, y por mi parte expondré mi criterio sobre la sociedad.

Como la materia es honda y el tiempo nos apremia, dejaremos para mañana tan graves asuntos, estando ahora emocionados por la dulce satisfacción de haber salvado á nuestro querido Verardo de tan terrible crisis fisiológica.

—Convenido—exclamaron á duo Lucio y Verardo, levantándose de sus asientos más alegres y tranquilos, salieron á espaciar el ánimo al amor del sol.





## Creación.

---

Entre pensar y sentir, obedecer á la razón es ser libre, sin licencia: obedecer á las pasiones, es hacerse esclavo voluntario de todos.

El enfriamiento de nuestro planeta tiene un margen de millones de años; aparecen los vegetales y los animales, mientras cristalizan los minerales mediante las combinaciones químicas del éter.

Por selección natural de lo más simple á lo más compuesto, por graduación de formas orgánicas aparece la serie animal, siendo el hombre término de la escala zoológica.

Hay en ese sér sujeto y objeto, percepción y movimiento, sensibilidad y conciencia, abstracción y emoción; dos partes del sér fisiológico que, apareciendo en nuestro planeta espontánea y simultáneamente varones y hembras al encontrarse antes de la pubertad, las corrientes electro-magnéticas de repulsión ó antipatía se cambian luego después de la pubertad en atracción y simpatía, crean y sienten la familia, tardan en razonar y en pensar. Los flúidos electro-magnéticos, por leyes dinámicas, se confun-

den y completan con el tiempo; brota el verbo, la palabra y la idea, completando el círculo electromagnético de donde surge el pensamiento y la eternidad; yo, tú, nosotros, la familia, la sociedad, iluminados por la psiquis, sol del mundo espiritual, que flota sobre las formas como la razón sobre las pasiones carnales, dándonos las fuerzas fluídicas.

Del primer beso sexual entre quienes sienten y quieren al primer vagido del hijo, el amor espiritual hace brotar el «verbo» expresión de la inmortalidad, de la fusión racional entre la materia y el espíritu, madre la pasión carnal, diosa la razón del verbo que ilumina la verdad y del hijo, cuyo amor espiritual nos eleva hacia Dios, por este misterioso lazo.

Para que viva el verbo es indispensable contacto de dos inteligencias, lo mismo que para el desarrollo de la humanidad son indispensables el contacto dinámico del espíritu y el fisiológico de la materia, operador aquél y obra ésta.

Todos los animales inferiores funcionan y viven mecánicamente y en sociedad prolongada; poseen cerebro susceptible de centralizar las impresiones instintivas, pero el «verbo», indicio de conciencia y de sensibilidad racional, no aparece jamás entre ellos, pues si apareciese sería divisible y no ciertamente inmaterial.

La inmaterialidad incluye la eternidad, aparejando la responsabilidad de nuestras acciones, por la libertad que consagra la sanción en justicia; siendo el orden espiritual la eterna armonía entre la libertad de nuestras acciones y la fatalidad insuperable de los hechos, lo que es nuestra inteligencia para nuestro personal yo, luz, dirección y movimiento.

Siendo idénticos los espíritus, son las sensibilidades conscientes; la igualdad á la vida, la libertad y

la confraternidad son los tres medios que proyectan la armonía y el orden social expansivo, garantía del desarrollo y progreso de la humanidad en su doble aspecto espiritual y moral.

La soberanía del espíritu sobre las pasiones del cuerpo, incluye la condicional soberanía del trabajo del hombre, sobre los medios del capital, corolarios sociológicos de la demostración matemática, que restablecen la justicia social en la especie humana.

La soberanía de las pasiones humanas sobre el espíritu desequilibra los seres humanos, provoca la anarquía social, el predominio de los cultos idolátricos, la locura humana de todos contra cada uno y de cada uno contra todos, eliminando la unidad de criterio, la unidad de justicia, por la rebeldía contra los deberes en todos y las demandas de derechos en cada uno.

La soberanía del capital sobre el trabajo esclaviza los más á los menos y disloca todos los seres, manteniendo esa lucha cruenta y anárquica por la conquista del medio, para imponer las pasiones, los vicios y la holganza, eliminando el orden expansivo, la justicia social y la misma humanidad.

La propiedad esencialmente individual del trabajo del hombre creador, viene á ser la expropiación del capital común, por astucia, por engaños, por rapacidad, bajo el nombre de posesión, de industria y de comercio; el materialismo más obsceno sustituye al culto espiritual de la razón, la justicia y la moralidad, principios intangibles del orden social expansivo, jamás coercitivo ni violento.

Porque sólo el hombre trabaja y crea, mientras los inferiores «funcionan mecánicamente»; los productos de este trabajo humano corresponden justa é integralmente al hombre; lo que no puede ser po-

sible allí, donde las primeras materias no sean gratuitamente para todos los seres, detentadas por la fuerza y soberanía absoluta del capital, trabajo acumulado por el hombre, la tierra y el subsuelo con todas las primeras materias, propiedades de todos los seres.

Para que la soberanía del trabajo sea una realidad, es indispensable evitar la apropiación individual de la tierra y las primeras materias por naturaleza colectivas; restableciendo el orden expansivo y espontáneo, mediante una contribución gradual sobre traslaciones de dominio, herencia y transmisión de toda la propiedad común y colectiva por naturaleza.

Nuestra madre común Naturaleza, creó la tierra y sus minerales para todos los seres, es el capital trabajo acumulado por generaciones de hombres un medio.

Decir que debe predominar el capital sobre el trabajo del hombre, es afirmar que el efecto del trabajo es anterior á la causa que lo produce, lo cual es evidentísimo absurdo social, que provoca el desorden y la anarquía, dando margen á la rebeldía contra los deberes de unos y las pasiones en otros, eliminando para todos la armonía que debe reinar en la sociedad por el cumplimiento de todos los deberes y derechos de cada uno, normalizados por la unidad y dirección de la justicia, que, como la batuta del director de una orquesta, concierta armónicamente todos los instrumentos.

La tierra y sus naturales tesoros, siendo propiedad colectiva de todos restablece la soberanía del trabajo del hombre al presente y al futuro, facilitando á cada uno los medios, los instrumentos para el trabajo, fuente única de la riqueza común y personal.

Porque la soberanía del capital sobre el trabajo del hombre impone *mínimum* de salario al productor; *máximum* de beneficios de ese trabajo esclavo al explotador del capital, desarrollando el ocio, los vicios, las malas pasiones de avaricia y lujuria y las luchas por la conquista del capital, disminuyendo las fuentes de la riqueza común, por la expropiación del trabajo del hombre y la esclavitud de los asalariados fomenta la ignorancia, los juegos de azar, el parasitismo maleante y emoliente.

El capital, que es la materia y el trabajo del hombre, que es como el espíritu, si predomina la materia sobre el espíritu, provoca la anarquía pasional que disloca las funciones de la vida y la ruina de todos; mientras que la soberanía del trabajo sobre el capital produce el orden expansivo y la riqueza común, dando el *máximo* á los salarios, el *máximo* á la riqueza individual y bienestar á todos; elimina el parasitismo de los vicios, de la holganza, y disminuye las estadísticas demográficas de la criminalidad, del pauperismo y la miseria de todas las capas sociales.



## ¿Qué es la sociedad?

---

—Vamos á cumplir lo prometido ayer por Paradox—dijo Verardo, arrellanándose en la butaca, y al amor espiritual de la más pura amistad.

—Tú, intangible y purísima diosa de la razón, diosa del espíritu, diosa del alma, inspíranos, alientanos con tu inmaculada gracia, para sentir la vida y expresarla, compenetrándonos con la verdad—dijo Lucio.

—Os pido el indispensable concurso de vuestra capacidad, vuestra voluntad y atención, indispensables para entendernos al unísono—exclamó Verardo.

El amor á Dios, es el principio de toda verdad, porque Dios es amor. La dinámica de las almas es la gravitación cósmica hacia Dios, como es la de los cuerpos gravitación universal.

El temor á Dios el principio de toda mentira, porque Dios es la luz y huyen los que la temen, cual murciélagos...

El movimiento es la vida, como la inercia es la muerte, hacia Dios por amor, hacia la tierra por egoísmo.

Todo ciego de entendimiento niega á Dios por

afirmarle en su corazón; la negación es la vida de toda mentira.

La ignorancia niega, según la sabiduría afirma; ésta razona y aquélla apasiona, porque es más fácil mostrar que demostrar. Los necios, vacunos de entendimiento, rastrean los efectos, según los ciegos al tacto, los racionales se elevan á las causas por la fuerza de la razón y la energía espiritual. ¡Meditad estas afirmaciones!

La razón pura es la suprema facultad del espíritu para conocer y generalizar las leyes, así intangibles como sensacionales, que nos enseñorean de cuantos nos rodean.

La salud y el empleo de esta facultad racional reside en nosotros por el ministerio espiritual, para equilibrar nuestros músculos y nervios, conociéndonos y conociendo á los demás, á fin de ejercer el ministerio del libre albedrío.

La célula espiritual es el primer obrero de nuestro organismo para lo eterno, y el gusano del cementerio es el último obrero de nuestro cuerpo para su eliminación.

—¿En qué se parecen el médico y el impúdico guerrero profesional?—interroga Verardo, tratando de dar un margen al pensamiento.

—En que viven del sudor social por el temor colectivo al gusano del sepulcro—contesta Lucio—, luego son los ejecutores sociales de la descomposición social.

—¿Y en qué se parecen el médico al general y el boticario al soldado?—pregunta Verardo.

—En que los primeros ordenan la muerte y los segundos la ejecutan—contesta Lucio—. Todos por modo inconsciente y miedo insuperable—añade convicto.



—Luego la célula espiritual comienza la vida y el gusano del sepulcro la termina en este planeta— contesta Paradox.

—Eliminando el cuerpo—añade Lucio.

—¿La razón del por qué?—interroga Verardo.

—Voy á mostrárosla—contesta Paradox—por ministerio de la lógica social, para deducir las consecuencias de nuestro propio interés.

Por el amor á Dios y su lógico derivado, el amor á nuestros semejantes, el hombre sano, equilibrado y normal no debe mentir, ni robar, ni juzgar, ni matar.

¿Por qué se miente, se roba, se juzga y se mata?

Porque una minoría de seres pervertidos por los prejuicios religiosos, políticos y económicos, sirviéndose de la mentira religiosa, y la política y la mentira económica, han organizado con la ignorancia y el embrutecimiento de las masas un círculo de violencias y horrores, para corromper, envilecer y deshonar á las masas, usurpando la autoridad de Dios, para blasfemar su nombre, haciéndose los representantes, auxiliados por los soldados pretorianos, por los magistrados y por los verdugos, mediante la violencia y el miedo insuperable á éstos, que provocan la fiebre de los individuos hasta enloquecerlos; el temor de perder la vida excita el deseo de conservarla y los unos contra los otros, por la guerra, por el saqueo que la sigue, y por la violencia pasional que divide á unos en explotadores y á otros en esclavos explotados, en vencedores y vencidos, mediante el margen capitalista, que es el instrumento santificado por los que blasfeman el nombre de Dios, imponiéndose como sus representantes, auxiliados por los que juzgan y los centinelas y verdugos, que realizan por la fuerza, la costumbre y la ignorancia de las masas.



Estas masas inconscientes y sencillas, teniendo en el fondo de sus almas dormidas el sentimiento religioso de algo superior eterno y absoluto, que las madres y los padres comienzan por inculcar á sus hijos, seducidos por la religión y el patriotismo, cristalizados en los altares y los poderes constituidos, se doblégan fácilmente á la herencia y á las costumbres, y atan sus almas á los cuerpos, mediante el común disenter de las sectas y las nacionalidades.

Estas sectas religiosas, con sus jerarquías, monopolizan la representación de Dios á sus imágenes y semejanzas, porque los hombres, con sus pasiones y con sus vicios como los demás, se atribuyen el poder de Dios, y con el poder del Estado se imponen á las almas y á los cuerpos, mediante la corrupción de una clase privilegiada, que dirige y explota á las demás, imponiendo castigos y penas, cambian el carácter humanitario, truncan el sentido moral, eliminan la verdad de información, y se dividen los poderes de juzgar, de robar y de mentir.

El poder religioso que seduce; el poder político que impone, y el poder civil que falla, manteniendo la servidumbre bajo la fuerza cristalizada en esos tres organismos, que reducen á la obediencia á los soldados, á los verdugos auxiliares de esos tres poderes: el político, el religioso y el económico.

Ahora bién; para ver en concreto lo absoluto es indispensable abstraernos de tan triste realidad y pensar, si es posible, dentro de la realidad social dominada por los cuatro verbos, *mentir, robar, juzgar y matar*, salvar el alma y la libertad de pensar, sentir y querer la verdad, el bien común y el propio, si son compatibles con nuestro libre albedrío.

Porque de otro modo, nunca podremos realizar

nuestro ideal, en ambiente tan insano como inmoral y morboso.

—Siendo nuestra conciencia á la vez testigo fiscal y juez, ¿cómo podremos salvarnos realizando el ideal humanitario y redentor en el medio ambiente que nos rodea?—pregunta Verardo.

—Comencemos por esa atracción que discretamente nos insinúa Lucio.

Imaginemos que nos han leído la sentencia de muerte y estamos presos dentro de la férrea sociedad ésta. ¿Cómo salvamos el alma y el cuerpo?

Si perdemos el cuerpo estamos fuera de la vida social.

Si salvamos el cuerpo sometiéndonos á la mentira convencional, perdemos el alma por coacción de todas las secuelas inmorales.

—¿Cómo salvaremos las dos entidades fuera ó dentro de la sociedad? Este es el problema á resolver entre nosotros—dice Verardo.

—Caben dos procedimientos: la resistencia pasiva al mal social y la resistencia activa— dice Lucio, y añade—: La resistencia pasiva, para no jurar, no matar, no robar, ni mentir, es punto menos que imposible dentro de la sociedad actual, por falta de medios; sería preciso que constituyéramos una sociedad nueva en tierra virgen, sufriendo todas las consecuencias de los doukobores (1).

—El esclavo del salario anormal por el medio ambiente, inculcado para el bien impulsivo y rebelde al mal, pasa fácilmente de la esclavitud á la tiranía por el desequilibrio moral; la pasionalidad no es el

---

(1) Que realizan estos principios en el Canadá, como cristianos espiritualistas y agrarios, después de los grandes martirios y persecuciones sufridos en Rusia y el Cáucaso.

criterio de justicia más adecuado y propio para una organización social; tengamos este principio muy en cuenta para nuestras determinaciones sucesivas—dice Verardo.

—El amor al bien por el bien mismo, presupone el amor á Dios por el amor á nuestros semejantes, que el motivo eficiente del bien obrar, del cual radia aquél—dice Lucio.

—Pero hay muchos ciegos de entendimiento que no pueden justificarlo ni apoyarlo, mientras haya sectas cristalizadas por los representantes religiosos de Dios en la tierra, que lo imponen por una blasfemia. Porque estos representantes de Dios en la tierra lo hacen pequeño, y á su imagen y semejanza con sus pasiones y con sus vicios, las unas sectas contra las otras. Los budistas, los mahometanos, los cristianos apostólicos, los católicos, etc., con sus ritos y sus prácticas—objeta Paradox.

Quiero decir, que si nosotros encarrilamos nuestra vida por el amor á Dios y el amor á nuestros semejantes, como los rieles espirituales de nuestro pensar, sentir y obrar, podemos salvar el cuerpo y el alma en la vida expansiva de las almas, y el libre albedrío de los cuerpos mediante la redención económica, y primordial de las otras redenciones.

La resistencia pasiva al mal por el obrar bien, con ese altruísmo derivado del amor á Dios y el amor á nuestros semejantes, puede hacer prevalecer el bien en todos los casos, según la doctrina espiritual de Jesús, sin ritos ni templos, todos sacerdotes de sí mismos.

Por ejemplo, primero presencio el incendio de una casa, escucho aterrado gritos de socorro dentro, y me lanzo sin vacilar entre las llamas á salvar los que pueda, con la serenidad de este altruísmo y sin

pensar en que puedo yo morir también. Este altruísmo societario me facilita la satisfacción espiritual de salvar á semejantes míos y contribuir á apagar el incendio. Si, por el contrario, estoy en un teatro concurrido, y de repente el incendio provoca el miedo insuperable, por el cual, acorralados unos contra otros por la huída, nos atropellamos, pereciendo los más débiles y un número de víctimas crecido por la cobardía del miedo insuperable más que por el incendio; que podía extinguirse con el valor espiritual y altruísta, sin ese número de víctimas producidas por el miedo insuperable.

Segundo caso individual: que un hombre está pegando á una mujer débil; me interpongo entre los dos como escudo de la mujer, haciendo reflexiones al hombre acalorado por algún motivo, en vez de castigar al hombre devolviéndole mal por bien, si recibo algún golpe tendré la satisfacción espiritual de haber salvado una víctima, sin pensar en las causas que hayan motivado el castigo, como hacen los cobardes egoístas.

Tercer caso individual: que un hombre mata á otro en el momento preciso de mi intervención individual para evitar la muerte; le castigaré yo matándole ó denunciándolo, y si vienen los agentes de la autoridad para prenderle, procuraré salvarle denunciándome á mí mismo; porque haya huído el asesino tengo por cierto que mi sacrificio personal me daría la satisfacción espiritual, mientras que si lo mato en defensa propia, me la quitaría esta satisfacción espiritual.

—Estimo, por lo tanto, que en la mayoría de estos casos el amor á Dios y el amor á nuestros semejantes es más equitativo, más previsor, más justo y racionalmente humanitario—afirma Lucio conven-

cido, añadiendo:—Por el contrario, el egoísmo bestial exento del motivo superior y agente, el amor á Dios y de la fuerza espiritual el amor á nuestros semejantes, es menos humano, menos eficaz y más morboso socialmente.

Porque este egoísmo bestial disocia y apasiona, envilece y deprime, provocando la infernal discordia de todos contra cada uno y de cada uno contra todos.

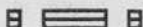
—Conformes—contestan Verardo y Paradox, añadiendo aquél:—Luego el principio inicial, luz del camino propulsor del movimiento, palanca de nuestro ideal redentor, es el principio societario de «todos para cada uno y cada uno para todos», atraídos por el amor á Dios y su derivado el amor á nuestros semejantes, pluralizando nuestras acciones.

—¿Cuál debe ser la norma social? ¿Cuál el criterio de certidumbre que regularice y encarne, por lo menos, en las minorías conscientes para encarnarse societariamente?—interroga Páradox.

—La ciencia fluídica, ciencia del alma, cuyas radiaciones esclarecen hoy el evangelio espiritual de Jesús, que es el evangelio del hijo de Dios, viene á purificar las conciencias humanas de los prejuicios religiosos y económicos, sin otro templo que la Naturaleza como modelo humano, ni más ritos que la religión del trabajo útil, ni otros sacerdocios que el alma individual, teniendo por altares las conciencias ilustradas por la ciencia—contesta Lucio.

Las masas productoras capacitadas por esa religión del trabajo y disciplinadas por el altruísmo solidario, como bienaventurados que han hambre y sed de justicia, son hoy el germen y la semilla para preparar la redención humana, encarnando en su triple aspecto el evangelio de Jesús, que anuncian

mundialmente las más sanas porciones de la humanidad doliente, preparando por parciales huelgas el jubileo universal de confraternidad y redención de cuerpos y almas, como la aurora de aquel sublime sol de Galilea, obrero humildísimo que santificó el trabajo como la religión que viene á reemplazar á todas las religiones del ocio y amanece de nuevo, ofreciéndonos el luminoso y eterno día de la vida.





## ¡Es ella!

---

En la hipocresía y la mentira hay lo viscoso del reptil, que se arrastra para manchar y vivir, al servicio del diablo, adaptándose en la adulación de los necios, para envilecer el alma social.

Todos desean; sólo las almas despiertas aman y se elevan, y hermocean la vida hasta en las impresiones de la carne.

¡Sublime ilusión! Encanto de la vida, ansias de eternidad, ensueño del alma prisionera de guerra de las pasiones mundiales.

Tú tienes la poesía serena y triste. Hay en tu luz, en tu velo anaranjado y en tus labios silenciosos, la profunda, misteriosa elocuencia del recuerdo. Los deliquios de la inocencia, las promesas amorosas de la juventud, los encantos primaverales de la niñez, las dulces ilusiones de la mocedad, iluminadas por caricias espirituales, palpitan en la memoria y brillan en el entendimiento y se quiebran en la voluntad, como delicias que fueron y promesas de estaciones que se repiten en las vueltas del desengaño, con la esperanza sin límites.



Por estos vaivenes en la solemne majestad de la noche, del espíritu, cuando las olas deshilan en las playas sus ópalos de luz, cuando las gasas de la espuma del mar se incendian en resplandores siderales, cuando las aves duermen, las flores se recatan impregnadas de misterio y de amor, tu perfil de virgen Dolorosa cruza la callada inmensidad, dejando en nuestros ojos el azul desmayo de los tuyos y en nuestros desencantos la orfendad de tus quejas, el desamparo de tu sombra, la visión de tu encanto inolvidable y el rumor de tu paso de diosa: según la madre amantísima, vela el sueño del hijo de sus entrañas, durmiendo en la cuna de su vida.

¡Oh, primavera del alma! Tú velas nuestros sueños, tú huyes temerosa de despertarnos, pero tu aureola sigue flotando como una luz inmortal sobre la imagen de nuestros queridos recuerdos, como un sol de otoño sobre los parques en que florecieron las orquídeas de nuestras ilusiones, los claveles de nuestras esperanzas y las magnolias que perfumaron nuestro infantil ambiente, impregnando de amor nuestros juveniles ánimos.

¡Oh, divina luz del alma! ¡Sagrada imagen de Dios, no huyas de nuestras opacidades pasionales, ni nos abandones en los trances más apretados de la materia, compenétanos, sálvanos, redímenos!

Cuando las ráfagas otoñales comienzan á musitar tu elegía, desaparecen los colores de las plantas y las hojas secas se desprenden de los árboles, entretejiendo rumorosas el estridente crujido del aire, vacíos los nidos, silenciosas las aves que se ocultan medrosas, tu sombra encantadora viene á besarnos la frente como una muerta inolvidable á envolvernos en el perfume agreste del pasado primaveral, á dejar en nuestro camino el húmedo aroma de crue-

les desengaños, y el dolor de las imágenes empañadas con lágrimas de remordimiento en el melancólico cristal de nuestro espíritu; entumecido nuestro cuerpo por el frío invernal.

¡Oh diosa inmaculada! Fortalece nuestro espíritu con tus hondas caricias, acalora nuestra voluntad con tus fluídicas alas, ilumina nuestra visual con las vibraciones de tu divina luz, para que, cual las ranas musas de los pantanos, en la mundial pantanosa de la tierra ante el infernal griterío de la lucha por la vida, de la mentira, hipocresía y viscoso dolor de las pasiones humanas; podamos mantener el equilibrio, no manchar el alma y conservar el cuerpo sano y vivo, emocionándonos con las únicas intensidades que levantan, enaltecen y purifican espíritu y cuerpo, embelleciendo el vivir con todos los resplandores espirituales del amor eterno y absoluto, sol de los seres honrados, sanos de corazón.

Tu, intangible y purísima diosa de la razón, diosa del espíritu, diosa del alma, mensajera sublime de la eternidad, inspíranos alientos con tu gracia inmaculada para sentir la vida por todas las exquisiteces de los sentidos, cual el sol atraviesa el cristal sin romperlo ni mancharlo, inspira y fortalece ese amor divino entre los seres á quienes la descarga de fibrina sirve únicamente para la reproducción por la honestidad de un sacramento del sexo.

Libranos de manchar con la pornografía el cristal de la imaginación, evitando el mayor de los sentidos por la conturbación de la sexualidad morbosa, que envenena el cuerpo, adormece el espíritu y asquea la carne, con el mismo hastío de los apetitos.

¡Tú, purísima diosa del amor espiritual, que respetas los sexos, elevando las emociones en ansias eternas, y mantienes la vida de ambos en las nobles

funciones del sagrado hogar, consagrando todos los vínculos de ese nido social, donde se acaloran los seres henchidos en el espíritu inmortal, que haces pensar alto, sentir hondo y amar con claridad, cuanto es honrado y digno! ¡Tú, que provocas las lágrimas, expresión trágica de todas las emociones más puras é intensas, excluyendo la risa para la inocencia y el dolor para el desengaño, y la tristeza del ajeno bien para los pecadores y la ira para los impulsivos, ¡defiéndenos contra todas las pasiones del vicio, del ocio y del engaño, estimulando al bien ajeno y propio por tu divina misericordia, nuestra voluntad para conjugar en verbo activo y todas las ocasiones del amor espiritual.

Amar con sed inextingible á todos y á todo es vivir en Dios y con Dios, porque el amor por ti amantado es afinidad en las moléculas, atracción en los cuerpos; es dinámica en los astros, comunión de las almas, luz de la vida, propulsor del movimiento, palanca que remueve y evita los obstáculos, al parecer más insuperables.

Quien sabe amar sabe vivir, gozando siempre hasta en el dolor de la carne; porque el amor espiritual dulcifica las penas más amargas y sublimiza los desengaños más injustos y crueles, que provienen de ordinario de las pasiones de la carne.

Una descarga de fibrina, cual el tapón de la cerveza y del champagne más exquisito, los evapora y descompone. Ilusiones de la vida que suelen á las veces descomponerla y provocar el amargo de los sentidos con la neurosis carnal. ¡Cuántas víctimas producen éstas! ¡Y cuántos héroes viven intensamente desde el misticismo más absoluto, que abrasa las pasiones, hasta el materialismo más grosero que evapora el sol de la vida real y verdaderamente exquisita.

Así soñaba, así sentía y así pensaba la hermosa virgen en el amanecer del alma de una joven, que radiaba el amor más puro en el mirar de un joven, su convecino.

Pero entre la realidad mundial, pared por medio del corazón, viven sin dejarse ver el dolor y el placer: con la mentira y la verdad alientan en la realidad placer y dolor, cuando de los límites marcados por la libertad, el querer y el poder son manejados por el capital ciego y con pies, y el trabajo cojo y con vista, para provocar contrarios los dramas de la vida social.

Dice el capital ciego y con pies:—Yo creo que eso de la libertad que parte del alma, es una monserga que no sirve más que de estorbo, para la vida de los libres, honrados y sanos de corazón.

Los hombres, al parecer, libres, han escrito muchos libros sabios para morir de hambre en la miseria y nada como este refrán en que se compendia toda la sabiduría del mundo material, donde la mentira tiene esclava á la verdad: «Dale pan si quieres que te siga el can», dice Azorín: «—A mí me dan pan en abundancia y sigo á quien me lo da, como la sombra al cuerpo, este es el perro Maurista».

»Me dan dicha, ó sea la verdad sin trabajar, ni más que adaptarme á los gustos y caprichos de quien me lo da, y no es mi culpa que la mentira predomine sobre la realidad de hombres y cosas.

»Tengo todo cuanto puedo apetecer sin más que aplaudir todas las barbaridades de mi amo.

»Disfruto de los más exquisitos manjares que el hombre rico me da. Me adora mi ama, me bailan el agua los chicos de la casa cuando digo y hago ganadas para excitar su risa.»

—«Se dirá que mi vistosa librea y mis ricos arreos me impiden toda libertad del alma y del cuerpo, que no puedo sentir, querer ni pensar más que cuanto quieren, piensan y sienten los amos que me dan de comer, ¿á mí qué me importa?; nací eunuco, crecí siendo esclavo y vivo como los demás animales humanos, enjaulados voluntariamente. Como bien, me hacen fiestas, me llevan en auto, ¿qué más puedo pedir? A mí, todo el que no va bien vestido, me parece despreciable. Quien dice la verdad es un revoltoso, al que ladro y muerdo si puedo.»

«Yo no tengo más criterio de moralidad que el traje que visto. Esclavo del salario y esclavo del hambre, prefiero la esclavitud del salario, porque, habiendo sufrido la esclavitud del hambre, me siento más dichoso con la del salario. «La culpa es de quien creó el capital y no supo armonizar el trabajo.

Y dice el trabajo cojo y con vista: —Si nacemos para sentir y sentimos para pensar, y pensamos para obrar, y la verdad es el sol de la vida, que era, es y será eternamente, tu capital, imitas al gusano del cementerio que labora, engorda y desaparece en esas funciones corruptivas de la materia, donde la vida se fué con el alma.

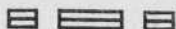
¿Cómo puede querer sin sentir? Y, ¿cómo pensar sin obrar, si tienes lo que apetece y el hastío mata tu espíritu y vives de todo cuando es corrupción, mentira y podredumbre? Se ama la salud por el dolor de la enfermedad; se ama el libre albedrío por la prisión del alma; se goza de la vida por los dolores que proporciona la lucha de obtenerla.

La higiene del cuerpo, por los ejercicios, conserva la salud del alma, que se fortalece con las exquisiteces del vivir.

Ninguno come con gusto sin los estímulos del apetito, ni duerme con sueño dulce sin los ejercicios corporales, ni bebe con sed sin los estímulos del trabajo real y verdaderamente sano. ¿Cómo puedes tú, oh, capital, ciego y con pies, andar sin orientación ni gozar sin las exquisiteces de los colores, ni con placidez sentir las emociones del bien obrar, del bien querer y del bien pensar, si ciego caminas sin los arbitrios de la vista, del sentimiento y del pensamiento, facultades del alma que tienes esclavizada en los caprichos, capciones y estorbos de los demás?

Esclavo voluntario ¡oh, capital! de tu torpe acción, ni aún tienes la compasión ni el cariño ni los consuelos de los demás, á quienes sirves de verdugo con tus propios tormentos, serás siempre motivo de burla, desprecio y odio de aquellos á quienes sirves, más de estorbo que de satisfacción y de gozo, porque lo amargas en todos, sin obtenerlo para ti con la única condicional, de que si lo consigues es provocando las lágrimas de tus más allegados y servidores.

Así habían hablado estas voces, extremos ecos de la vida mundial de fuera, en el corazón y en el alma de la virgen que actuaba de hada de un hogar, en espera del acaso, para ser el hada societaria.





## ¡Cómo tropiezan las almas!

---

Dotado Verardo de un espíritu intensivo nutrido por la ciencia real, al sentir la vida, sirviéndose de los órganos sensitivos, sufrió la sed de amar singularizándose pasionalmente con toda la pureza de su alma, hasta caer en el dualismo pasional de un amor propio, que le hacía inadaptable á la vida, luchando entre su yo pasional y su yo espiritual, con la determinación de eliminarse de la carne.

Las oportunas y justas observaciones de sus dos amigos hiciéronle ver que si el ansia pasional donde germina el vicio entre dos quererres, produciéndonos intranquilidad, tensión nerviosa, rebelión carnal y abatimiento; el amor espiritual que parte del alma donde germina la virtud de la resistencia pasional, consuela, conforta, purifica, esclarece hasta en la adversidad y la desgracia; por una misericordia redentora, impregnada de abnegación altruísta, que decide la victoria del yo pensante sobre yo activo, en esas santas horas de recogimiento, en que se expansiona el alma.

Cuando un cuerpo sano, henchido de deseos y dotado de alma fuerte saborea la vida en ansias de felicidad, huyendo de la carne hacia lo incorruptible,

puede producirse un desequilibrio por exceso de espíritu sobre una materia débil (1) y floja para las resistencias pasionales.

Cuando, por el contrario, un alma fuerte siente la aurora de una vida realmente intensa, sintiendo llamaradas de amor casto en pos del dúo carnal amorosísimo, su alma se recrea y engrandece con el beso santo de la mujer digna, que responde en el tono, calor y voz á la vibrante canción de dos almas, cuya dinámica los atrae en sonidos, expresión y acorde ritmo.

Y antes que huyan de la mutua imaginación pensamientos de tanta dulzura y alegría, implorando el largo ensueño, radientes por el amor de Dios; vibran sus almas embelesadas por la misma fe, la misma gracia, el mismo intensivo cariño, con el margen de sublimísimo silencio, para reproducir el amoroso y eterno dúo.

Una mañana descendía Lucila por la calle de la Montera, cuando al llegar frente á la iglesia de San Luis, llamaron su atención varios carruajes de lujo, que uno tras otro se iban deteniendo ante el pórtico entre varios grupos de curiosos, y de cuyos carruajes descendían parejas vestidas de gala, provocando voces de «boda» en los espectadores.

¿Dónde estará mi amado Verardo?— pensó para sí Lucila, tratando de aproximarse á los grupos, mientras que una fuerza interior trataba de contenerla, un pensamiento punzante llamaba estrepitosamente á las puertas de su corazón.

---

(1) El joven y gran poeta Ramiro Iborra, que se despidió de la sociedad mundial á los diez y siete años, en puro verso, suicidándose cuando todo lo material le sonreía en la vida, por su capacidad, sus estudios y situación económica.



Quería huir por un horrible presentimiento, pero su vista, como la de los demás curiosos, buscaba á los novios con la extraña avidez que los miramos todos, con ansias de vida, cual en el duelo á muerte contemplamos los combatientes por el temor á la muerte atraídos.

Sus ojos no parpadeaban por temor de separarse de las personas que descendían, y perder de vista alguna de las cuales, á medida que bajaban, iban entrando en la iglesia.

Los grupos estrechaban las distancias tratando de ver más de cerca á los novios y su séquito, cuyos semblantes daban testimonios de regocijo.

Lucila se había aproximado cual si obedeciera á una fuerza secreta, formando en tercera fila, cada vez más agitada.

Repentinamente llegó á sus oídos un rumor cuyo eco le pareció que repetía estas palabras:

— ¡Ese es! ¡ese es!

Y volvió la cabeza hacia la dirección de donde partía.

Ver á quien decían que era el novio, de frac y corbata blanca, lanzar un lastimero ¡ay! como si saliese de su alma, y caer al suelo como herida de un rayo, fué todo simultáneo.

Los que la rodeaban trataron de prodigarla los primeros auxilios, metiéndola en la más inmediata tienda, haciendo comentarios y considerándola como víctima de un gran desengaño. Algunos minutos después, con el rostro cadavérico, vovió de su desmayo Lucila.

Tres almas caritativas la llevaron á su casa, tratando en vano de consolarla, bien lejos de sospechar el hondo dolor que había producido su desmayo.

Con el heroico valor con que la víctima inocente

sube al patíbulo, subió los tramos de la escalera de su habitación, despidiéndose de las acompañantes.

—¡Todo ha concluído para mí!—exclamó al llamar, procurando recatar su gran dolor de la familia de sus tutores.

Con ansias de agonizante entró en su habitación; se puso á escribir algunas cartas; con febril ansiedad arrodillóse luego ante la imagen de Jesús, que tenía en la cabecera de la cama, representándole el gran Delaroche en el dolor ético del Huerto.

—¡Divino Jesús!—exclamó—. Acepta el sacrificio de una existencia que ya para nadie sirve. Corazón para amar y no ser correspondida, conciencia para ver y no ser vista, ¿de qué me servirían? ¡—No tiene él la culpa! Yo, que le amo tanto, ¿cómo puedo apurar el licor de la vida en la copa del dolor y con las heces de mortal desengaño?

Entre el dolor presente y el eterno descanso, no cabe vacilación.

Instintivamente se acordó de los suyos...

Como las nubes que preceden á la tempestad, condensó todos sus recuerdos, calculó todas sus esperanzas; pesó en el más severo análisis todas las razones en pro y en contra de la existencia, desatando todos los lazos inútiles para ella de su familia, de sus amigas, antes de ejecutar por sí misma la sentencia que iba á conducirla, del extremo de la nada al medio del infinito, á quien la incertidumbre revisite de proporciones grandiosas, y el instinto carnal adorna con una terrorífica majestad, para imponernos miedo insuperable y atarnos al cieno entre la carne.

—¿Qué puedo esperar de este mundo, sin el ídolo de mi amor y con el corazón hecho pedazos?

Ya no puedo sufrir más; acostumbrada estoy y

sufriría pero sin él, sin su amor, sin su luz, sin su cariño.

Perdona, Jesús, á esta pobre alma, que, perdida, vuelve á tí pura y sin mancha.

Nada me queda en este mundo que me obligue á vivir, cual mi corazón me lo pedía.

Quiso llorar y no pudo; se levantó luego y como quien se despide para hacer el último viaje mundial, arregló todas sus cosas. Cerró las cartas metiéndolas en el cajón de la mesa de noche. Con esa coquetería infantil se vistió de negro para la boda eterna. Pretextando una visita urgente se despidió de los suyos con la sonrisa de los mártires en el rostro, saliendo de su casa á la caída de la tarde y en dirección al viaducto.

Cuando llegó al fúnebre puente, mirando en todas direcciones, con un supremo esfuerzo se avalanzó sobre la barandilla, tratando de lanzarse al vacío.

Un caballero que pasaba y se había fijado en sus propósitos, creyendo reconocerla, la cogió de las faldas en el supremo instante que se había subido, y atrayéndola hacía sí, la dijo:

—¿Qué es esto? ¿está usted loca?

Lucila, medio acongojada, mirándole con asombro, replicó:

—¡Es posible! No era usted...—balbució Lucila.

—No es nada, un mareo—dijo el caballero procurando recatar el caso á los varios curiosos que se habían aproximado á ellos.

Serénese usted; me parece reconocerla. ¿Puedo saber el motivo de su decisión?—interrogó Verardo, que de retorno de la calle de Bailén, de ver á su amigo Lucio, había tropezado con su vecina antigua Lucila.

—¿Pero es posible? ¡Jesús de mi alma! ¿Es usted

Verardo? Después de tres largos años sin verle. ¿Pero no se ha casado usted hoy?

—¡Dios mío!—balbució para sí Verardo.

—Esta señorita no está en sus cabales.

Añadiendo en voz alta.

—No hay quien me ame y siga soltero; padece usted una cruel alucinación; yo la conozco y no sé de dónde.

—¿Es posible?—interrogó Lucila como si resucitara.—Creí que era usted el novio de una boda que he visto esta mañana en la calle de la Montera y en la iglesia de San Luis; se parecía él tanto á usted.

—¿Acaso por eso iba á tomar usted esa terrible resolución?—interrogó Verardo, profundamente emocionado ante una confesión semejante.

Lucila miró en derredor y como si su alma sobrecogida asomara á las ventanas de sus ojos, mirando á los de Verardo con el rubor en el rostro, que eternizó la virgen de Rafael en el lienzo, pasmo de Sicilia, le dijo:

—Cosas de la vida, cuando ésta se hace imposible...

—La misma locura mía, pero yo ignoraba—murmuró él para sí.

—Bien lo he comprendido. Desgraciados quienes no saben amar ó falta corazón ó sobra el alma—y añadió en voz alta.—Estoy loca. Me ha vuelto usted cuerda. Vámonos de aquí, porque nos miran demasiado.

—Me permitirá que le acompañe; se halla muy emocionada.

—Sí, vamos y hablaremos; me ha salvado el cuerpo y el alma; es usted mi redentor, Verardo. Dios se lo tenga en cuenta para bendecirle.

Procurando ambos dominar la emoción que los

embargaba por tan distintos motivos, caminaron en dirección á la calle Mayor, alejándose de los curiosos.

—Ya que Jesús me ha salvado por la intervención de usted, deseo que hablemos. No puede imaginarse cuánto he sufrido desde el día que tan fríamente se despidió usted de mí. No le he vuelto á ver desde entonces, pero su recuerdo me ha envuelto de tal manera, que era usted luz y sombra y tormento de mi existencia.

—Si hablaremos, también yo tengo necesidad de confesarme con usted; he sido un insensato. Los estudios y la ciencia no me dejaron verla y también, como usted, he comprendido la locura de amar sin determinación racional.


Mirándose de cuando en cuando, sin poder expresar la intensidad de la emoción que los dominaba, llegaron cerca de la casa de Lucila.

Esta le dijo con resolución, apretándole la mano derecha:

—Mañana, á las ocho, en la plaza de Ssnto Domingo nos veremos y hablaremos.

—Hasta mañana—balbucieron á una.





## ¿Quién es ella?

---

En la eterna tragedia de la mujer y el hombre, por la dinámica espiritual de las almas, se refleja el espíritu filosófico racionalista, y es motivo de todos los incidentes humanos y dramáticos.

Los seres del mismo pensar y diferente sexo se atraen ó repelen á la vista y al contacto como los átomos por corriente electro-dinámica, exteriorizando así la grandiosa tragedia mundial; y así como la estática predomina en el género femenino, dando márgen á los hábitos y á las costumbres, la dinámica suele predominar en el género masculino por la declinación, en plural, del amor.

Lucila, hija de la clase media, pura, sencilla, ingenua y sin artificios, dotada de un alma viva, tan hermosa como su cuerpo inocente de ambas bellezas, de indescriptibles encantos, sana de cuerpo, ilustrada por esmeradísima educación, humilde, modesta, con indecible energía espiritual, es el corazón lírico de la mujer laboriosa, prudente, discreta, la esencia de la abnegación encarnada por el amor en un cuerpo artísticamente hermoso.

En la edad de suspirar deseos, una mirada de curiosidad, un saludo de cortesía, encendieron en la

poética conmovedora Lucila un amor intenso y radiante hacia el vecino de frente al principal donde habitaba ella, en una de las calles más estrechas de Madrid.

Era él un gallardo joven de veinte primaveras, estudiante de ingenieros de caminos, metódico y recogido en su vida, que se hallaba de huésped en otro principal frente al que Lucila habitaba, y ambos solían osearse en el balcón, breves instantes de descanso, como hermoso margen de su laboriosa existencia.

No fué culpa de Verardo que Lucila confundiera el saludo cortés de su discreta corrección como un síntoma amoroso, ni menos que sus estudios y aplicación los interpretara por cortedad de genio Lucila, ni ésta tampoco se sintiera con vocación de mártir enamorada.

Lo cierto es que una magnética atracción por parte de Lucila hacía correr los visillos de los cristales para ver á Verardo en invierno, y salir al balcón en verano, cuando Verardo refrescaba sus pulmones desde el de su habitación.

En la juventud é inocencia de las iniciaciones de la vida, el amor espiritual crea el drama, el amor pasional crea la tragedia, y la imaginación borda la comedia haciéndonos inconscientes actores.

Aman unos en poesía, aman otros en prosa lavarda, dejando de comprenderse muchas veces, cuando los unos aman en singular y los otros en plural.

Lucila, sin darse cuenta de sus emociones, amaba en singular á Verardo, y éste amaba también en singular, pero á la ciencia, motivo por el cual no podía comprender el amor que había inspirado á Lucila.

La belleza sexual atrae muchas veces sin contar con la voluntad de los actuantes, bien ajena de las consecuencias que provoca.

El punto de partida, la luz del camino, el propulsor del corazón de los sueños de Lucila, era Verardo; comenzó por la simpatía, fué tomando cuerpo en su alma por ilusión, y acabó por dominar alma y cuerpo, con la esperanza de ser correspondida como un ideal de su pensar, de su sentir y de su querer, comprimido por la honestidad, abrochado por la modestia y oculto por su propio honor, culto de la costumbre, acabó por esclavizarla, que así hace mártires la sociedad.

En un principio, el verle solo, inundaba de alegría su cuerpo y le miraba arrobada por una emoción inconsciente, que la atraía hacia él como el imán de su existencia.

Porvenir, intereses, vida, amor materno, familia, recreos, cuántas puras afecciones había tenido Lucila hasta entonces, las proponía al ensueño amoroso, sintiendo el deseo de sacrificarlo todo por una mirada de Verardo, en la nueva emoción que la embargaba.

Amaba á Verardo con toda la intensidad y pureza de su alma, pareciéndola el más hermoso, perfecto, prudente y discreto de cuantos había visto y tratado.

Y así, cual el espíritu toma intensidad y fuerza, comprimido por la materia según los gases, el amor de Lucila por Verardo, más intenso cada semana y más puro, fortalecía su sér, embellecía su existencia con todas las contrariedades externas de expresión y todos los efluvios imaginables, como el sol del ideal acaricia y ennoblece la carne sin mancharla ni consumirla.

Con la mayor discreción y recato, por medio de la



asistente, y ésta con recato del ama de la casa, había informado de la familia, situación, estado, vida y carrera de Verardo, de sus hábitos, de sus costumbres, del horario regulador de su vida y hasta de las personas de su trato, sabiendo que no tenía más preocupación que el estudio, ni otras compañías que dos jóvenes amigos estudiantes como él; sabía el tiempo que le faltaba para terminar la carrera, alentando su esperanza de ser correspondida; justificaba hasta la misma indiferencia con ella por su amor al estudio y á las ciencias.

Ausencias durante las clases, dudas, impaciencias, temores, celos, todo el poema de un alma que no tiene más santo de su devoción amorosa, que anhela unirse por ley suprema en la comunión del sentir y querer. Los triunfos en los exámenes de Verardo los sentía más que si fueran propios; un saludo, una mirada, una sonrisa colmábanla de gozo.

Celos de cerca de cuantos le veían, hablaban y sonreía, del cabello que otras manos tocaban amistosamente; celos de la luz de sus ojos al mirar á otros; celos de la vaga sonrisa; celos del aire, celos de la luz del sol que acariciaba su busto cuando al balcón salía; celos del ama y de la criada cuando las veía cerca de Verardo en sus quehaceres domésticos.

En su ausencia y soledades de ella, su imagen, grabada en la placa de su alma, era el dulce pensamiento que desterraba sus nostalgias y el ángel tutelar de todas las acciones de Lucila.

Verardo era para Lucila el medio redentor, la inspiración de sus ideas, el dulcísimo pensar que embalsamaba su vida y consolaba sus pesares. Todo su ser espiritual arrobado por él y condensado en él,

era majestad augusta de un alma, después de Dios, cuya luz iluminaba su conciencia, como el único ídolo plástico de sus ensueños, de sus ilusiones y de sus dulces esperanzas.

Con esa intensidad ética de la pureza de la carne, Lucila contaba los días, las horas y los minutos creyendo abreviar la ausencia de Verardo en las vacaciones de sus estudios; el espíritu de Lucila en alas de la memoria, reposaba rendido sobre su imagen en éxtasis amorosísimo, las horas que la labor cotidiana y los quehaceres la permitían consagrar, aislándose del trato de la familia y amigas.

Despierta, y aun dormida, soñaba con él, sintiéndole latir con estremecimiento de todo su sér, elevándole al templo de su conciencia como la sagrada hostia de su vida, y el único fin que podía santificarla, justificarla y embellecerla.

Cuando de retorno á los estudios lo veía en el balcón y la miraba cariñoso, era tal la intensidad de su gozo, que hasta sentía palpitar el pavimento bajo sus pies, temblando de intensa emoción como si una corriente electromagnética estremeciera sus tejidos.

Pasaron así los días, los meses de tres larguísimo años para las contrariedades dulces y breves entre celos y recelos, con el deseo y la esperanza, entre la fe que iluminaba su alma con los arreboles de su amor, y el temor de no ser correspondida, que avivaba el fuego amoroso lejos de apagarlo.

Los poemas del amor espiritual que brotan de las almas despiertas como un rico manantial inextinguible, tan eternos son como el mismo espíritu.

Pero el vulgo necio, las almas dormidas en la morbosidad carnal, suelen confundirlos con las comedias del amor carnal, cual se confunden en el

mismo tronco del árbol las ramas contrarias en dirección.

Sacuden las olas de la vida los arbustos y los árboles; el idilio espiritual es confundido y aplastado por la tragedia carnal, para reproducirse en nuevas formas y colores.

Lucila, cual arbolito de roble que aplastado por un peñasco rinde sus ramas y tronco y esquivando el pétreo yugo y retoña, envolviendo á su verdugo con las nuevas ramas y por ley de vida crece, se eleva y va dominando al peñasco, así ella fué levántándose y recobrando el libre albedrío del alma en el equívoco de quien sin apreciar tesoro de tanta riqueza, no supo interpretarla ni corresponderla, ni menos utilizarla para gloria de ambos.

El último suspiro de la madre amada, la última mirada del hijo querido moribundo; la primera mancha impresa en vuestra conciencia, podrían daros apenas la idea de la emoción de Lucila al despedirse de ella Verardo, sin conocer ni comprender siquiera el amor que para él atesoraba el alma de Lucila.

Miróle con asombro, con miedo, mezcla de lástima por su martirio y hasta con misericordia por la tibia frialdad con que se despedía de ella desde el balcón, ya terminada su carrera, ofreciéndola su nueva casa en Madrid, cual si fuera una persona extraña, y con esa cortesía que produjo á Lucila el efecto de una puñalada mal dirigida al corazón, hasta el extremo de no poder pronunciar una palabra, teniendo que agarrarse, lívida, á la barandilla para no caer por un supremo esfuerzo de su propia dignidad, y amarguísimo desengaño que anudó su garganta.

Quedaba huérfana de luz, de calor, de ideal, de ambiente y de esperanza; el porvenir de su existen-

cia, tan risueño antes, se cerraba sobre ella como la losa de mármol sobre un cadáver; ardía el cerebro, los latidos de su corazón eran tan precipitados y violentos que se asfixiaba, faltándola la respiración.

Apareció la que hacía de madre para socorrerla y llevarla en brazos, quien, con el instinto de previsión, había barruntado el sentimiento que dominaba á su pupila. Abrazóla con efusión, besándola con delirio, cuando la sentó en una butaca casi moribunda y como una mártir silenciosa, sin lanzar ni un quejido, con ese sublimísimo silencio de dos almas que se comprenden, se penetran y se desahogan.

Tres larguísimos meses estuvo Lucila entre la vida y la muerte; su alma tan fuerte como su cuerpo, predominó en ella la esperanza.

¿Qué santo, por ingrato que fuese, no escucharía una oración tan sublime y una adoración tan absoluta? El incierto vagar de las almas á través del espacio y de la carne, provoca siempre una justísima reciprocidad al despertar del sueño.

No hay esperanza justificada, espiritual y eterna, que no deje de ser satisfecha con sazón y tiempo.

Una casualidad inició el amor de Lucila, por falta de interpretación no correspondido de Verardo; un hecho trágico satisfizo aquella esperanza de Lucila, corrigiendo el error de interpretación, según verá quien leyere oportunamente.



## Dos almas que se ven.

Cuando Verardo se separó de Lucila, entre confuso y aturdido, exclamó hablando consigo mismo:

—Raro y fenomenal encuentro; ¡qué misterios hay en la vida! ¡Tan angelical y tan hermosa, en ella no me había fijado! ¡Quién hubiera de pensarlo! Pobrecita, y pobre de mí también que estuve á punto de irme, y por causa de una imbécil, ella por mí sin saberlo yo.

¡La misma causa, iguales efectos, Dios de mi alma!, sería un castigo sin delito y sin pena. Providencia sublime, ¿será posible que me ame tanto y tan hondo como yo amaba á esa idiota sin alma? El estudio y la ciencia no me dejaron ver el amor de esa joven, tan discreta como abnegada. ¿Será posible? ¡Tres años de sufrimiento!

Aquel su mirar tan dulce y expresivo; aquella exclamación de asombro, no era usted, díjome con más elocuencia de cuanto yo he sufrido.

Ese amor purísimo, discreto, sacramental, expresa todo un poema de exquisito amor no comprendido hasta este supremo instante y ¡en qué circunstancias más trágicas! cuando su alma se desprendía de la vida y de la carne. Mis amigos me contuvieron

y la he reconquistado yo, tan digna de la mía su purísima exhalación amorosa.

Embriagado por emoción tan honda, Verardo caminaba como un beodo hacia su casa en zig-zag, sintiendo las palpitaciones de su corazón y el contacto de las personas con quienes tropezaba al pasar.

Aquel su amor, como corriente electromagnética que cambia de curso, inundaba su alma y su cuerpo, atrayéndolos hacia Lucila como el sol á los demás astros.

El escenario mundial se le iluminaba con la nueva aurora de su existencia, embelleciendo y acalorando la vida con todas las exquisiteces de los sentidos, y las ansias de los más purísimos deseos.

Resucitaba en la vida con todas las dulzuras de su alma. La imaginación pura, limpia de toda mancha mundana, le ofrecía todos los goces y primicias de un alma enamorada, que vibra en la carne sana y pura, brindándole los frutos de un porvenir risueño en el dúo inmortal de dos almas enamoradas dentro de dos cuerpos inocentes, cuyos corazones palpitan al unísono de la hermosa Naturaleza, y después de haber sufrido y sentido el amor espiritual.

Por la costumbre del dolor, la emoción novísima, premio espiritual, lo halló bastante fuerte para no estallar en goce tan supremo como le embargaba todos los sentidos.

Almorzó cual niño con hambre, y sintiéndose con falta de aire para sus pulmones, según avecilla cautiva que alegre remonta el vuelo, salió á la calle y hacia el campo, soñando con la libertad en todas las manifestaciones de la vida, que tanta falta le hacía después de aquella esclavitud moral en que había caído en pos de aquella locuela de servicio doméstico.

Con la ilusión de acortar las horas que le faltaban para ver y conversar con Lucila, contándolas á cada media hora con ansias de abreviarlas, paseando por el Retiro, sentándose á las veces para descansar mientras en soliloquios calculaba las posibilidades del amar y ser correspondido, meditando los misterios y las santas horas del vivir, volvió á su casa rendido.

Hasta comprobar la realidad que llamaba risueña á las puertas de su corazón, no quiso ver á ninguno de sus amigos por el legítimo temor de exteriorizarles el estado de su alma y la emoción de su cuerpo.

Imaginad al prisionero que injustamente sufre un cruel cautiverio, al moribundo joven que besa la muerte, cuando todo le sonreía en la juvenil edad sin engaños, que la reclamen ni remordimientos, que se ven libres y salvos; y llegaréis á tener una idea del estado de Verardo, después de haber pasado por esos dos trances tan amarguísimos de su sér, inmaterial, sensible á la realidad de su querer y su sentir en la vida.

Preciso es haberlas sufrido para tener cabal idea de las emociones de un alma en el dualismo de que sobre el cuerpo, cuando la intensidad es por ansias del infinito ante la suprema hipótesis del tránsito, que la muerte prepara como un puente para salvar la eternidad.

A las siete de la mañana siguiente, Verardo esperaba en la plaza de Santo Domingo la llegada de Lucila, paseando por el jardincillo, con esa emoción y ansia con que espera la libertad el prisionero.

A las ocho en punto apareció Lucila radiante de hermosura, con cárdenas ojeras que exteriorizaban las hondas sensaciones del tiempo transcurrido, balbuciendo temblorosa el saludo á que Verardo corres-

pondió con dulce sonrisa y nervioso apretón de la mano derecha.

—Podemos entrar en un café para hablar con más libertad, si á usted le parece—la dijo.

—Como usted guste—contestó Lucila.

Encaminándose al próximo de Varela, tomaron asiento en una de las mesas. Por cumplir con el ritual de costumbre, pidió Verardo dos cafés, que les fueron servidos.

—¿Cómo ha pasado usted el día?—interrogó ella un tanto ruborizada.

—Ansioso y feliz; por usted puede juzgarlo—la contestó.

—Una confusión; se parecía tanto á usted; me turbé de tal modo... Después de su despedida han pasado tres años. ¡Quién podía imaginar iba á encontrarlo en el umbral de la muerte! Mientras tenía esperanza me conformaba; pero perdida en el equívoco, me era ya imposible la vida.

—¡Qué dicha más inesperada por tan casual sorpresa! Hemos nacido el uno para el otro.

No cabe duda. Yo también he estado en peligro de irme por otra equivocación, más cruel que la de usted, Lucila. No podía imaginar que su recato, prudencia y honestidad, ocultaran un tesoro de dicha embargado por la terminación de mi carrera, abstraído por el estudio y las obligaciones, no vi á usted ni comprendí la vida del dúo amoroso, á que respondo con toda la efusión de mi alma, desde que he tenido la suerte de conquistarla para nuestro bien y dicha.

Dispuesto estoy á merecerla. Presumo que por parte de su familia no habrá dificultad alguna para unirnos, consagrando en sacramento el mutuo cariño.



Usted me indicará la forma y modo de presentarme. Nos hemos conocido y por mi parte bastan las explicaciones; me dió usted ayer la clave de nuestra felicidad.

—Prudencia y discreción, Verardo. Mi decoro reclama que no conozca usted la que pasa por ser mi familia y mi situación y mi anhelo—le dijo mirándole, y añadió: —Que su alma se asome á sus ojos, porque voy á hacerle una pregunta: ¿me quiere usted como yo le amo y me ama cual yo le quiero, libre de prejuicios y de preocupaciones?

—Ciertamente que sí.

—¿Comulgamos en el mismo Dios, en la misma santidad, eu el ritmo espiritual que yo comulgo? Medítelo bien antes de contestarme.

Mirándola sin parpadear, después de una breve pausa, la dijo con la ingénua expresión de su alma:

—Amo á Dios, amo á mis semejantes, ni miento ni jamás he mentido, y la considero á usted, después de Dios, como la diosa del futuro hogar nuestro.

Cristiana en espíritu y en verdad dentro del convencionalismo social educada, si usted no comulga en espíritu y en verdad en el amor espiritual de Jesús, ni podrá comprenderme ni podrá sentirme.

Antes que todo, debemos saber si nuestras almas se unen en ese infinito vértice de Dios, de Jesús y de la familia única, padrinos espirituales.

—Pláceme la sublime confesión que usted me hace, porque la unión de nuestras almas por la mutua comunión, es la suprema garantía de la unión de nuestros cuerpos y de nuestra felicidad, que será la luz de nuestros hijos.

—En espíritu y en verdad amo y comulgo con el de Jesús y la comprendo y la siento en mí, Lucila.



—Por esta confesión hemos comenzado á reconocernos; ¡cuántas desdichas y cuantos disensos se evitarían en los matrimonios!, comenzando por este principio de reconocimiento real y verdaderamente hermoso, puro y santo.

—Verardo, ante los supremos testigos de Dios y Jesús, nuestras almas comulgan en el sublime sacramento del amor espiritual, eterno, absoluto, indivisible; oportunamente ante los testigos y las leyes sociales como posteriores, haremos la unión de nuestros cuerpos. ¿Qué sería de esta unión sin la previa de nuestras almas?

—Conforme, Lucila; no podía imaginar que fuera usted tan discreta, tan previsora y tan hondamente sabia. Hónrome con orgullo y satisfacción en reconocerla tal cual es usted. Ante el vaho de la malicia y las manchas de la imaginación, no basta que la mujer sea virtuosa y sea honrada y sea honesta; es preciso que ni aun dé margen al equívoco y al mal pensar: nos hemos reconocido por completo.

—Si á usted le parece nos iremos.

—A su disposición, Lucila.

Llamó al camarero, pagó el servicio y sacando una tarjeta se la dió á Lucila; ésta la tomó, dándole una suya, donde, con lápiz, escribió las señas de su casa, y por el ruego de Lucila, al salir del café, se separaron en distintas direcciones.

—Nos escribiremos por ahora para entendernos y tratarnos—le dijo Lucila con una mirada de dulcísimo amor.

—Hasta cuando usted lo considere pertinente, Lucila—la contestó Verardo estrechando su mano con efusión cariñosa cuando se despidieron, bien ajenos entrambos del incidente que privó á Lucila de su libertad por algún tiempo.



## Dualismo matrimonial.

---

Fluido imponderable que nace de una mirada, choca en una pasión y soporta el hastío, no puede confundirse con el amor que vive del alma. La no resistencia al mal por el daño de la venganza, lejos de rechazar el mal lo atrae por modo insuperable.

El amor espiritual es incompatible con el amor propio, porque éste, como pasión concéntrica, impone el predominio personal, y aquél es expansivo.

Cuando dos seres humanos están condenados por la ley matrimonial á vivir juntos, habiendo incompatibilidad moral, disentiimiento religioso, antipatía pasional por egoísmo de uno, espiritualidad del otro; y el órgano andrógino del matrimonio no puede funcionar sin el unísono amoroso, por la discordancia entre ambos.

El sér inteligente que piensa y siente con la conciencia de su sensibilidad espiritual, no siendo correspondido ante la realidad matrimonial, busca en sí mismo los medios para eludir el mal, poniendo de acuerdo su vida con sus principios, apela á sus más nobles sentimientos para evitar el tormento de su vida, nunca al escándalo y menos á la venganza, porque el bien y la abnegación son los únicos que

pueden curar el mal del equívoco amoroso, que provocó el lazo del matrimonio.

El cuerpo suele sacrificarse con más facilidad que el alma, por depender aquél de los arbitrios humanos.

Las apariencias sociales, los convencionalismos, la situación especial de Dulcila de Castro la llevaron de modo inconsciente, cual acontece de ordinario á la mayoría de los matrimonios que se realizan de modo inconsciente, sin previo conocimiento moral, casi por manera mecánica, como llevan hoy por las corrientes materialistas del modernismo maleante á muchas señoritas de buena posición, sugestionadas por la estética plástica de quienes la explotan y martirizan, con detrimento de todos los lazos más puros que constituyen la familia, dignifican los matrimonios y crean, educan y salvan á los hijos, dentro de ese amor espiritual, donde sólo pueden procrear seres sanos y morales y honrados.

La amoralidad y anormalidad de los hijos que son producto de matrimonicos inconscientes, realizados por las conveniencias materialistas, provocan de ordinario esa juventud estetista, derivada, naturalmente, de los disensos matrimoniales, por incompatibilidad de herencia moral de educación y sentimientos entre ambos conyuges.

Dulcila de Castro como perla engarzada á la antigua en una educación moral dentro de una sociedad hipócritamente falsa, con un alma llena de bondad, sedienta de justicia y de amor, se había casado con un apuesto y gallardo joven de regular posición económica, ególatra de sí mismo, muy almibarado de lengua, con acentuado barniz de cultura, sugestivo por la belleza escultural de su cuerpo, ayuno de ciencia, lleno de pasiones, y un tanto acedado por la

vacuna de la promiscuidad femenina, sin herencia moral como hijo del mercantilismo novísimo.

Bien pronto se dejó conocer y sentir en el seno del matrimonio por Dulcila de Castro, que no encontró en él ese amor puro y santo, que hace olvidar las miserias sociales de fuera, y tolerar por la debida consideración las compañías, tratos y hábitos de los semejantes á su caro esposo Ernesto Manjón, tan dado á los recreos físicos y los placeres vanales, como avaro de expansiones morales y manifestaciones de viva estimación y cariño á su esposa Dulcila, siquier en gracia de su virtuosa abnegación.

Después de sufrir algún tiempo la tiranía del trato más grosero y egoísta de su esposo Ernesto, y aguantar el trato, las costumbres de sus amigos, haciéndosela cada vez más insoportable el férreo lazo matrimonial, sin la garantía del divorcio absoluto, ni la esperanza de la corrección, luchando contra los convencionalismos que imponen al divorcio la condicional del escándalo, en los estrados de la justicia con la necesidad de los testigos y la innoble prueba con los detalles repugnantes del adulterio; exteriorizando la mala conducta de su marido, en detrimento de su propio honor y sin remedio para la desgracia de ambos. Dulcila tomó el partido de separarse condicionalmente de su esposo, asignándole una cantidad mensual de su renta, y recluyéndose en una casa de devoción, con las precauciones indispensables.

Considerando que la lucha por su libertad frente á las leyes de la Iglesia, tan estrechas como poco caritativas, y las de la sociedad civil, tan agresivas como inmorales, por las pruebas que exigían de los hechos; se resignaba á sufrir por el placer de consolar á los demás y socorrer las desdichas ajenas, bien distante de pensar que aun allí, en aquel refugio de

su consuelo, había de ser molestada por su marido con pretensiones agresivas de más recursos y amenazas de escándalo.

Soportando la desgracia de su situación, las pretensiones de recursos para mantener la licenciosa vida de su esposo, se vió compelida contra todos sus deseos de asesorarse de un famoso jurisconsulto, cuya notoriedad había llegado á sus oídos en aquella casa de devoción, y fué á consultar el caso con el doctor Paradox, elocuente abogadomuy conocido.

Informado éste de los antecedentes, motivos y causa del matrimonio de Dulcila de Castro, de las pretensiones absurdas de su marido, la dijo terminantemente que éste no tenía derecho á exigir nada de sus rentas; que, desde luego, podía entablar el divorcio presentando las pruebas, si bien su marido tenía derecho á mermar su libertad, señalando el sitio donde estuviera depositada durante la tramitación del divorción.

Consultóle Dulcila por incidencia la situación especial de Lucila Curel, su amiga, que había heredado 4 millones de pesetas de un tío carnal muerto en Méjico, cuyo testamento le enseñó, y que administraban los intereses de su difunta madre un tutor, en quien recaía la sospecha de que se hallaba encerrada, contra su voluntad, en una casa de devoción, donde ella se había recluso voluntariamente, sosteniendo la casa de su peculio particular, año y medio antes de que llevasen á Lucila Curel.

Con algún rubor contra sus sentimientos ante las observaciones que la hizo el doctor Paradox, considerando la debilidad de ciertas leyes injustas y crueles, para eludir la prueba del divorcio por adulterio, la indicó la sevicia ó malos tratos como causa suficiente para entablarlo, y Dulcila se conformó acep-

tando la defensa con aquella condicional, despiéndose muy emonocionada de su abogado.

Pocos días después, previa la firma en el poder al procurador encargado por el doctor Paradox, éste se hizo cargo de la defensa de Dulcila y de su amiga Lucila Curel, entablando la demanda y el expediente para libertar á Lucila.

Una coincidencia hizo que Verardo Luján, el amigo de Paradox, se informase de la situación y estado de Lucila, de la que hacía meses no tenía noticias, poniéndose en relación y contacto con ella por medio de su protectora Dulcila de Castro, y con la feliz ocasión de haber tenido el honor de conocerla en el despacho de la casa del doctor Paradox.

Para desgracia de todos en los convencionalismos sociales, donde la triste realidad funciona, permitiendo que los hombres se juzguen y castiguen mutuamente, siendo las leyes como las redes de las telas de araña, lazos que tienden los fuertes para cazar á los débiles, eludiéndolas aquéllos, cuando todos deberían ser humanos y ser justos; la enmarañada y costosa tramitación dilata los procedimientos con una lentitud desconsoladora y asaz ruinosa para entrambas partes litigantes y contrarias.

Las influencias del medio social, lo morbosos del ambiente y la sevicia de los intereses, dilataban la terminación del divorcio de Dulcila, y el expediente para libertad á Lucila de la casa de devoción, y obtener la posesión de sus legítimos intereses, á pesar de la mayoría de edad.

En el curso de la dilatada tramitación del divorcio, demandado en forma y medios adecuados, después de muchos gastos, bastantes dificultades que los iniciados por su desgracia conocen, un incidente

dramático vino á solucionarlo, después de algún tiempo transcurrido.

Aconteció que Ernesto Manjón, galanteador de oficio, agresivo por temperamento y muy vivo de genio, como suele acontecer de ordinario entre los más vivos, tropezó con otro de la misma profesión y oficio, que hacía el amor á una dama rica en recursos, vanidosa por temperamento y semiconquistada por Ernesto.

Ambos galanes se disputaron el dominio de la dama, con esos usuales arbitrios de la pasión, durante algunos meses, hasta que ya, excitados por los celos y los recelos, en una casa de «recreos mayores» y en el templo de Mercurio, se fueron á las manos con el pretexto de una mala jugada, y de allí salieron desafiados.

Ernesto Manjón tuvo la desgracia deser herido mortalmente de una estocada por su contrario, con todas las reglas del novísimo arte y ante cuatro testigos, con dos médicos, para eludir las leyes civiles como los caballeros... de industria femenina suelen eludirlas.

La Prensa echó su velo con el pretexto de un ejercicio preventivo, muy usual ahora entre los libros de caballerías que circulan por las casas de estos recreos físicos, y Dulcila tuvo conocimiento de su viudedad por el doctor Paradox.

Más lenta, más obscura fué la enojosa tramitación del expediente para conseguir la libertad de Lucila y posesionarse de sus legítimos intereses, tanto por las altas influencias religiosas y civiles que se oponían, como por las dificultades que obstruían la tramitación con obstáculos casi insuperables, que merecen capítulo aparte, para meditación, estudio y precauciones del discreto lector, á fin de que no caiga en semejantes lacerías.



---

## ¡Cómo cambian los tiempos!

---

No eran ajenas á los obstáculos que se oponían á la libertad de Lucila y á la posesión de su herencia é intereses, la equívoca amistad de Márgara, el celo religioso de su ilustrísima y la intangible intervención de Sixtina.

Pero en el ambiente de esta trinidad, las leyes de renovación y de perfección, ineludibles para todos los ambientes más impuros y morbosos, se realizaban de modo fatal y por manera inexcusable.

El «hada de la desgracia» con su jettatura—el vulgo llama mal de ojo—, que con su protección imperial había sacrificado á Maximiliano en Querétaro, á Napoleón el Chico en Sedán, al otro en Zululandia, había tocado con su varita en el corazón de Sixtina, haciéndola cambiar de criterio por un matrimonio de protesta contra el tóxico clerical, que fué poco á poco aislándola de los suyos, anulando su influencia, y reduciéndola en los límites de una triste contemplación, para de un solo golpe cortar el cordón umbilical, por el que alimentaba y sostenía el clericalismo con todos sus tentáculos, á modo que la solitaria se apodera del organismo corporal, anulando la influencia de Márgara, y esterilizando la de su

ilustrísima, que fué llamado á Roma, y en vez del capelo, le impusieron la reclusión como penitencia en uno de aquellos conventos.

Abandonada Márgara por Sixtina en aquel aislamiento donde se había encerrado, como esos globos juguetes de niños que eleva el viento y hace estallar el aire; Márgara, por ministerio pasional, de caída en caída y abandonada luego por su esposo, semi-arruinado, según las violetas sin fragancia ni color, fué á dar con su cuerpo en un Hospital, merced á la limosna y misericordia de la viuda Dulcila, á quien recurrió en último término, como el náufrago se agarra por instinto á una tabla de salvación.

Eliminados los obstáculos que esta trinidad oponía frente al derecho, la razón y la justicia de Lucila, defendidos por el doctor Paradox con la discreción, tenacidad y prestigio que le caracterizaban, obtuvo su libertad y la posesión de sus mermados bienes, así como la más mermada herencia de su desgraciado tío, muerto en Méjico, recluyendo en una población penal, por el delito de falsedad, á don Gumersindo Atienza, para que allí hiciese penitencia de los pecadillos de su esposa é hija con los propios.

Lucila Curel, después de haber padecido tantas contrariedades y sufrimientos por ajenas culpas, acrisolada su alma por las pasionales resistencias, pudo luego de recobrada su libertad y sus mermados intereses, realizar el ensueño amoroso, casándose civilmente en Madrid con Verardo Luján, el predilecto de su corazón de niña y su alma de mujer, apadrinada por Lucio y por su protectora Dulcila, madre espiritual é inseparable de su compañía, yendo los tres á establecer su nido en un pintoresco y hermoso valle del Bierzo, ante una espléndida

finca de su propiedad, entre Lombillo y San Esteban, pueblo nativo del padre de Lucila.

Durante la reclusión en aquel refugio, después del atropello carcelario provocado por las pasiones de aquellos mismos á quienes había consagrado su inteligencia, su capacidad y sus recursos para redimirlos de la esclavitud del salario y de la ignorancia, soporte de la tiranía de ambas, Lucila Curel, por la triste experiencia de las resistencias pasionales, fué adquiriendo la visión exacta de la cruel realidad. Ante los obstáculos tradicionales de los intereses creados contra el Ideal, acariciado por su alma y las resistencias pasionales que le presentaban los mismos obreros con el «socialismo» de aquellos que, viviendo á cuenta de las cotizaciones de sus defendidos, imitaban á los sacerdotes de los cultos religiosos, pasando de esclavos del salario á patronos defensores de los asalariados; rebaño de ignorantes uncidos por la egolatría del socialismo á la jefatura imperativa de los más vivos, quienes, con la declamatoria defensa y la esperanza de redención, compartían con los burgueses auténticos los beneficios del ocio defensivo, utilizando la cooperación y las Casas del Pueblo, sostenidas por inocentes paganos bajo el pretexto de defenderlos, suavizando las cadenas de la esclavitud asalariada.

Ya en varias ocasiones, motivadas por la noble y desinteresada propaganda de Lucila, había tenido que sufrir los arañazos de la envidia de los «sucialeros» (1), que, como los gatos cuando se les acari-

---

(1) Clasificación racional de cuantos esclavos del salario han dejado el trabajo útil de su acción personal, para dedicarse al oficio lucrativo del socialismo, simulando la defensa de los esclavos mediante las cotizaciones de éstos.

cia y defiende sinceramente, sacan las uñas, por temor á la competencia, y en las reuniones públicas insinuaban contra ella las insidias de la envidia con el margen de la desconfianza, bajo el pretexto de que siendo rica, defendía é ilustraba á los pobres, socorriéndoles y sin cobrar cotizaciones societarias.

Por la razón fundamental de que cada uno piensa y cree en los demás los estímulos de sus propias pasiones. Elocuentísima demostración del altruismo de los precursores barón de Colins, Miguel Bakunine, Lasalle, Blanqui, Furier, Kropotkine y otros eminentes sociólogos ricos de talento y medios, que han sido víctimas de los «sucialeros declamadores», aprovechando la inocencia é ignorancia de las muchedumbres, sugestionadas por los errores pasionales de éstos, contra los principios verdaderos de la Sociología científica por aquéllos propagada; retardando así la redención del productor para prolongar su explotación por quienes, como los sacerdotes de los cultos, que se dicen representantes de Dios en la tierra, se llaman los verdaderos jefes y representantes de los esclavos del salario, para prolongar su esclavitud con todos esos arbitrios y lacerías de la pasión y las cotizaciones personales.

No sintiéndose Lucila con vocación de mártir; ajetreando su espíritu por la lucha de tantas contrariedades, y su cuerpo rendido por el cansancio, hubo de concretar su amor á Verardo Luján y Dulcila de Castro, por natural reciprocidad, consagrándoles su existencia en el seno de la Naturaleza pura y espléndida, sin perjuicio de rendir pleitesía al ideal de su alma, en un ambiente más sano y más concreto, que pudiera encarnar de espaldas á esa civilización impura, malsana y morbosa de las ciudades, como tipo de redención humana y modelo generador de la

verdadera cultura; de modo y manera que esos grupos societarios de cristianos agrarios, establecimientos de cultura infantil y casas de verdadera humanidad, nos brindan en el camino como planteles y jalones de la redención humana futura, en el triple aspecto sociológico, moral, racional y justo, al amor y cultivo de la tierra.

Y así, cual esas parejas amorosas vuelan en pos de la luna de miel, sin acordarse de los demás, en ansias de la dicha familiar, Lucila Curel, después de contrastar con su esposo Verardo y su amiga Dulcila la visión del presente, las ilusiones del porvenir y las esperanzas de la vida sana y risueña, decidieron posarse, constituyendo su nido familiar en el hermoso y pintoresco valle del Bierzo, despidiéndose de la sociedad vanal, impulsiva, y pasional, donde tanto habían sufrido los tres, desengañados ante la imposibilidad de que allí pudiese encarnar el ideal, acariciado por esta trinidad espiritualmente buena y sana.



## ¡Cómo germina el bien humano!

---

Así, cual otros ingenieros más ó menos platónicos del bien humano explotan el filón de las religiones egolátricas ó industrias maleantes, Verardo Luján, secundado por su esposa Lucila y la común madre espiritual de ambos, Dulcila de Castro, practicando la máxima del gran ingenio altruista José Salamanca: «doquiera que trabajes con fe y perseverancia hallarás un tesoro moral y material».

Despidiendo para siempre en su ánimo á los vanales placeres, á las traidoras caricias de la vanidad y la puja de ese falso convencionalismo, llamado por sarcasmo civilización amanerada; para ellos de tan amargos recuerdos y tan pérfidos en sus artificios, se consagraron allí, en aquellos apacibles lugares, á cultivar el bien de los demás con el propio, al amor del terruño y de los suyos, con esa dulce, tranquila, natural placidez del alma y cuerpo, enterada por los naturales goces con que las estaciones brindan, sin quebrantos ni hastíos, á todos los seres humanos.

Los colores de las hojas y los árboles, las galas de las flores, el aire perfumado y los trinos de las canoras aves, hermoso paisaje que brinda la gozosa

primavera. Las frutas, los jugos refrescantes, las gasas y colores del verde esmeralda al verde mar de los árboles, con que brinda el estío. Las sazonadas cosechas en cereales y frutos, los sabrosos líquidos con que brinda el otoño. El amor del hogar, el calor tonificante de la familia y el sagrado fuego de la idealidad, al chisporroteo de la lumbre y las expansiones del verbo, el invierno, reparador de las fuerzas del trabajo y escanciador de las expansiones del sano espíritu.

Edificada una blanca y amplísima casa labriega, circundada por una huerta y jardín espléndidos, rodeados de animales y plantas, palomar próximo en lo alto del valle, con su poblado colmenar en la huerta, las primicias del progreso en cuadras y pabellones, proyectando así el amoroso nido entre aquellos encantadores dominios, al amor de Dios, en el regazo de la Naturaleza, con las caricias del Sol, entre el cariño de los campesinos y colonos, con el agrio en el cuerpo de la falsa civilización, que cristaliza en el cerebro con la memoria de los sufridos desengaños sociales, inspirando la santa previsión para huir del mal.

Estableciéronse allí, decididos á realizar el bien común y propio entre aquellos sencillos, humildes habitantes, cuya sobriedad de costumbres, amor al trabajo y honestidad de deseos, les tenía preservados de pasiones malsanas y de juegos deshonestos ó viciosos.

Agasajados con el lácteo de los animales domésticos, con los huevos de las aves y los frutos secos y sabrosos de una alimentación semivegetariana; en días extraordinarios y de convite á las familias de su trato por excepción, sacrificaban algunas aves ó tiernos corderillos, excluyendo por completo la im-

pura carne del gocho, con asombro de la mayoría de los vecinos, que exteriorizaban el uso por las enfermedades de la piel y los ataques epilépticos.

Sanos de cuerpo, enjutos de tejidos adiposos, comiendo con apetito sin gula, bebiendo con sed, y descansando en amórosísimo sueño por los ejercicios físicos; tonificadas todas sus emociones por los cariñosos abrazos de la Naturaleza, las dulcísimas caricias de la tierra, que, amorosa, nos brinda siempre con la vastísima despensa de sus variados frutos y riquezas, en compensación del cariñoso cultivo al vivificante calor del Sol.

Allí, Verardo, Lucila y Dulcila, visitados y acompañados los veranos por las familias de sus amigos, Lucio y Paradox, contrastaban el verdadero sentido de la vida real y verdaderamente sana, en el amor á Dios, ideal supremo de los suyos, amigos, parientes y allegados, con toda la efusión de sus corazones, cultivando al unísono el procomún en el amor de todos á cada uno y en el de cada uno al de todos, acalorado con las supremas intensidades del Padre de todos, que saneaba el ambiente, embellecía la vida con todos esos legítimos expansivos y naturales encantos del humano paraíso.

Un angelito venía cada año á iluminar el cariño de aquellos tres seres, radiando las emociones, acalorando los más tiernísimos afectos con sus juegos infantiles en las más puras exquisiteces de la vida en sazón y con tiempo saboreada, que compensaban á la noble Dulcila la crueldad é ingratitud por ella sufridas en cuerpo y alma de aquel desgraciado perjuero.

El agridulce de los recuerdos por medio de la memoria, aderezaba los mejores gustos de los tres, servidos á los suyos por la sangre y los cariños de



aquellos tres angelitos que, al besar y acariciar á Dulcila, llamándola abuelita, estremecían su alma de gozo, dándola el premio de tanto sufrimiento, y martirio, que sin culpa había padecido en su juventud.

Aquel íntimo espiritual cariño radiaba en todos cuantos allí vivían, disciplinados por el amor al trabajo, la equidad y la justicia distributiva, sirviendo aquel vivir de modelo y atracción á los sanos; y de valladar y repulsión á los enfermos.

La caridad muerta como la caridad ciega huían de aquel humano paraíso, cual huyen el ocio y los vicios de los talleres del trabajo y de las actividades inteligentes por instinto de repulsión.

La caridad viva, con vista hacia lo bueno, era la única que palpitaba en aquel encantador ambiente, pues sin humillar por la gratitud, levantaba los caídos, ayudándoles por la mutua dignidad, sin esas limosnas que socorren necesidades de momento, sin redimir á los pobres de la miseria, y hacen un oficio de la mendicidad maleante, fomentando el ocio y el vicio del alcoholismo al descuido.

La casa labriega de los señores de Luján, la huerta y el jardín rodeados de praderas donde se apacentaba el ganado; tenían las puertas abiertas, protegidas por la propiedad de los demás vecinos y escudadas con la honradez y el trabajo, excluidas de gitanería emoliente y andante, libres de temores y exentos de molestas precauciones.

Una mañana del mes de Septiembre, hallábase Verardo Luján sentado en un amplio sillón en la galería esmerilada por cristales de colores, con vistas al campo, saboreando el soconusco, cuando el ama de gobierno de la casa le anunció la presencia de un campesino de los alrededores.

—¿Se puede pasar, señor Luján? Buenos días.

—Buenos los tengas, Eusebio. Siéntate. ¿Qué te trae por aquí?

—Un grave aprieto, señor. Hace dos años se nos murió la mula de acarreo. Hice un préstamo para comprar otra hipotecando la casita á D. Joaquín. Le he pagado semestralmente los intereses, y ahora quiere quedarse con ella, dejándonos en la calle, después de haber cobrado el doble de lo que me dejó prestado—balbució Eusebio con unos ahogos y vergüenza que le cortaban las palabras.

—¡Válganos Dios, Eusebio! ¿Por qué no has venido á mí antes?

—¡Ay, señor! Tantas molestias... Son ustedes tan buenos... Me daba vergüenza.

—¿Y qué necesitas para quedarte con tu casita? —le interrumpió Verardo.

—Pues..., pues ochocientas pesetas, señor—musitó Eusebio, cual si arrojase el pulmón por la boca.

—Pobre Eusebio, tranquilízate—exclamó Luján levantándose de su asiento; fué á su despacho, se incorporó á Eusebio, poniendo en sus temblorosas manos nueve billetes de cien pesetas, y le dijo:—Toma esas 900 pesetas y no vuelvas á pedir á judíos como ese; te está bien empleado el susto.

—¿Y el recibo, señor?—se atrevió á preguntarle.

—Entre hombres honrados, recibos y escrituras están excusados.

—Y aquél hombretón como un castillo, con facciones árabes, curtidas por el trabajo y la intemperie, temblando cual un azogado, cogió la mano derecha de Verardo, besándola: dos gruesas lágrimas de agradecimiento humedecieron sus pupilas.

—Es usted un hombre cabal; cumpliré antes de seis meses.

—Cuando buenamente puedas; no te apures ni preocupes. Salud—dijo Luján despidiéndole con la dulce emoción de haber sacado de un apuro á un hombre de bien.

—¡Buenos días, D. Verardo—exclamó una joven saludándole con la dulcísima expresión de un hondo agradecimiento. Y añadió:—Mi padre me ruega lo dispense por no poder venir. Aquí tiene usted las 1.000 pesetas que le dejó; mi hermano Andrés se ha vendido al servicio del rey, para sustituir al señorito de Lombillo, que se queda por aquí para gastar lo que sus padres afanan, divirtiéndose él.

—¿Qué dices, Leonor? ¿Y es este el precio de la venta de tu hermano, que tanto os ayuda con su trabajo y laboriosidad? Llévate esas 1.000 pesetas y dile á tu padre que no le perdono la ofensa.

—Es que ha tenido que pagar la contribución y será inútil, porque han hecho la escritura.

—¿Qué dices? Siéntate y espera—dijo Luján saliendo hacia su despacho, molesto por el temor de que no pudiese servirles.

Minutos después volvió acompañado de Manuel, uno de los dependientes de su casa, y la preguntó:

—¿Por cuánto se ha vendido tu hermano para el servicio del rey?

—Creo que por 1.300 pesetas.

—Toma estas 600 pesetas y acompaña á Leonor para que inmediatamente deshagan el convenio; si esto no fuera posible, hay que redimir á Andrés, amparo de su familia, solicitándolo de la Diputación.

—Véngase conmigo para complacer al señor—la dijo Manuel.

—Dios se lo premie, señor—exclamó Leonor despidiéndose con hondo reconocimiento.

Mi padre no quiso venir, porque le ahoga el dolor de perder á mi hermano Andrés, tan bueno y trabajador—dijo la joven á Manuel, en cuanto salieron de la casa, enderezando los pasos hacia la de su padre.

—Dios le guarde, señor—exclamó la viejecita Casilda enjugando el llanto frente á Verardo.

—¿Qué le pasa, buena mujer?—le preguntó éste.

—¿Qué ha de pasar? Que se me ha muerto el nieto Luisito y el señor cura no puede enterrarlo sin pagarle el entierro, y no tenemos ni para pagar la renta de la casa, pues se nos murió el gocho de la epidemia, con cuya venta teníamos para todo. ¡Válganos Dios á todos! Ese señor cura olvida las obras de misericordia; es verdad que viven con esos olvidos.—El derecho á la vida es sagrado, y sosteniendo á los sobrinos con el pie de altar...—insinuó la anciana.

—Sosiéguese, abuela, y tome estas 100 pesetas para esos menesteres—la dijo Verardo, pasándola una mano sobre el hombro, mientras con la otra la daba los dos billetes de 50 pesetas.

—¡Buenos días, señor Luján!—interrumpió Fodelaire, cruzándose con la vieja al entrar en la galería.—¿La familia toda buena?

—Todos están bien y en sus respectivos quehaceres. Muy buenos los tengas. ¿Qué traes por aquí?

—A cumplir y devolverle lo suyo, y este par de perdices, las primeras de la temporada. Aquí tiene usted las 900 pesetas que me dejó—dijo Fodelaire, dándole nueve billetes de 100 pesetas.

—¿Tan pronto te has arreglado?

—No tanto como deseaba y usted se merece.

—Las perdices te las llevas y las comes á nuestra salud, que yo no admito intereses.

—Supongo, señor Luján, que no rechazará usted mi agradecimiento con un desaire que no merezco, ni cuadra en su nobleza.

—Si así lo tomas, déjalas. ¡Eugenia! ¡Eugenia! —gritó Verardo.

—Voy, señor—contestó desde fuera el ama de gobierno.

—Trae unas pastas y del Rivero y sirve al señor Fodelaire, que nos obsequia con esas perdices.

—¡Es un gran cazador!—exclamó Eugenia tomando las perdices, después de haber servido las pastas y el sabroso líquido.

—A la salud de ustedes—dijo Fodelaire apurando el vaso y despidiéndose luego.

Con estas obras por oraciones elocuentísimas pasaban muchas mañanas. Lucila, después de atender al cuidado de sus hijos, por una parte, acompañada de Dulcila con la clientela femenina de la otra, y por la tarde dando y recogiendo los beneficios que sembraban con discreción, prudencia y recato, entre aquellas sencillas y honradas gentes, que, ajetreadas por el medio social, y ayudadas en especies y dinero, con discretas observaciones, según los menesteres de su más premiosas necesidades, quienes acudían á la casa labriega como los peregrinos sedientos á calmar la sed en la fuente, y veneraban á la familia de Luján, palpitando sus corazones el cariño, y bañándose en su dulce protección, según se bañan los insectos en las ondas del sol.

No había boda ni bautizo en los pueblos y lugares del contorno, adonde no fueran invitados, como la indispensable honra de la fiesta y el cariño espiritual enfocado á tan noble trinidad humana; por satisfactoria compensación, los días festivos, la mesa de Luján estaba concurrida por lo más distinguido y

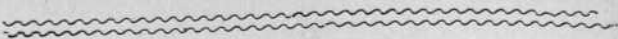
selecto de la próxima vecindad, que les llenaba de delicadísimos regalos la despensa.

Acompañado de sus dos hijos mayores, la cabeza cubierta con un jipi de paseo, á pie unas veces y otras á caballo, pasaba revista á los campos y las mieses, haciendo á los colonos eventuales por el censo redimible atinadas observaciones, hijas de su mucha y discreta experiencia; tomando asiento al atardecer bajo el frondoso parral de su huerta, donde, con su familia que los esperaba, y algunas otras familias amigas, compartían los recreos, hacían música, y los días festivos bailoteo en las márgenes que la misma Naturaleza dejaba para el descanso y los honestísimos recreos; juegos de bolos, de pelota, de ballesta y otras distracciones gimnásticas por ambos sexos remozadas y alegres, con esos encantos que ilumina la juventud y engalana la pureza de afectaciones y sentimientos en el amorosísimo regazo de la hermosa Naturaleza.

La sublime, la divina parábola de Jesús en su sermón de la Montaña, repartiendo en comunidad fraternal los alimentos y los placeres sencillos y purísimos, tenía todos los días, en todas las horas, vívida realidad en la Casa Labranza Luján Curel, entre la familia, los allegados y vecinos, según puede apreciar, ver y catar el discreto lector, á la luz no esmeridad por los destellos de una civilización convencionalmente impura, que amarga los sentidos con placeres neuróticos, nubla los entendimientos con el vaho de las torpes pasiones y que, cual espejismos del desierto al sediento caminante, sugestiona, contrastando así el bien positivo ante los amorosos destellos de una Naturaleza sana, pura, emotiva, real y verdaderamente hermosa; que dulcifica los sentidos con las satisfacciones espirituales del

sentimiento, que ni manchan el cuerpo ni acedan el gusto, ni atosigan el ánimo, ni amargan los placeres naturales, conservando siempre la salud del espíritu y la salud del cuerpo, en ese sublimísimo equilibrio del músculo y el nervio, con el reparador y sanísimo trabajo de entrambos, atractivo, conservador y vivificante.





## Ideal de la realidad.

---

Entre los muchos huéspedes, concurrentes y amigos que desfilaban por aquella colmena humana del bien y la verdad, dirigida y cultivada por Verardo Luján, hombre de experiencia y entendimiento, presentóse una tarde un antiguo compañero y conocido, de regreso de Méjico, que le dió mucho que hacer, bastante que pensar y más aún que sentir, dulce y gratisimo bien en el procomún á cultivar.

Había desembarcado en Vigo, donde la fama de las virtudes y bien que realizaba Luján le atraieron hacia su casa, como un refugio milagroso, adonde llegó, jadeante de espíritu y de cuerpo, con un equipaje y tesoro de cheques y piedras preciosas; y como llegan los muy ajetreados por la fortuna en el proceloso mar de la vida.

Después de los efusivos abrazos, las presentaciones de familia y una sabrosa, confortante cena, Pedro Alvarado y Verardo Luján se encerraron en su despacho, donde, entre sorbos de Moka y humos de vegueros, por medio del verbo, expansionaron su espíritu, auxiliados por la memoria, y así habló Alvarado:

—Después de aquella triste aventura de Méjico,



me largué á Nueva York, colocándome en una de las casas más fuertes, y ganando la confianza de mis jefes. ¡Qué trajín más horrible! ¡Y los imbéciles envidian á los millonarios! Desde que trabajaba por mi cuenta era un disloque. Me levantaba á las seis de la mañana, almorzaba á las siete, con la velocidad de un condenado, y leyendo los telegramas y cablegramas que habían llegado durante la noche, que me imponían de la línea de conducta que debía seguir durante el día; duraba hora y media la lectura. Iba á las oficinas, hablando del negocio si me tropezaba con alguno. Al sentarme ante la mesa tenía centenares de despachos y cartas. Llamaba á los jefes de los servicios, daba mis órdenes, y al ir á la Bolsa, otro disloque de pretensiones y trabajo.

De once á doce, en el Stock Eschange, donde no podía distraerme ni un segundo, atendiendo á cinco teléfonos, por los cuales daba órdenes y recibía noticias. De la Bolsa iba á las asambleas de los accionistas, discutiendo los intereses del negocio, hasta volver á la Bolsa, con el vértigo de los encontrados intereses.

Reunión de jefes de servicio á las cinco de la tarde, entre el ruido de los timbres, la lectura de telegramas, hasta las ocho de la noche. Visita de Clubs. Con la cabeza hecha un olla de grillos, hastiado el corazón, podía llegar á mi casa y cenar á las nueve, siempre apremiado por demandas de clientes; me acostaba con la cabeza llena de números, rendido por las impresiones del vértigo industrial, en ansias de la riqueza.

Al llegar aquí apuró un sorbo, tomó aliento, chupando por tres veces el cigarro; miró con reconocida gratitud á su amigo Verardo, y prosiguió, vacilando algunos segundos antes de confesar lo que seguía á

su relato, con esa esquivéz que se desea eludir las amarguras del amigo, le interrogó, cambiando de acento y tono, con cierta incertidumbre:

—Tú, que siempre fuiste bueno y honrado, deseo que me contestes á esta pregunta:

¿Crees, Verardo, que somos responsables de nuestros actos en ese torbellino ambiente que según las cataratas del Niágara, envuelve á los cuerpos, haciéndoles juguetes de su impetuoso cauce?

Comprendiendo Luján que su amigo recataba el argumento de algún drama, de que había sido actor en el curso de su accidentada vida, perplejo y emocionado, le contestó:

—Mi experiencia de la vida me ha dado el convencimiento de que somos responsables de nuestros actos. Cada uno de ellos es una letra de cambio, que se cobran ó pagan los sucesos en la mañana social de nuestro activo bien ó de nuestro pasivo mal.

—¿En absoluto?—interrumpió Alvarado con amarga emoción.

¿Tienes por igualmente responsables al consciente obrar como al inconsciente de la mayoría de nuestras acciones?

—A los niños por inocentes; á los fanáticos por intoxicados, por los prejuicios; á los atávicos; á los locos por delirios de grandezas, los juzgo irresponsables, según los que obran por miedo insuperable, por dolo de información ó por miseria moral; porque carecen de discernimiento y de luz espiritual, para esclarecer la conciencia y fortalecer la voluntad, para resistir las sugerencias del ambiente.

El bien lo distingue del mal quien goza de la triple facultad de sentir, pensar y querer, por los mandatos de su conciencia y la libertad racional de sí mismo.

—¿Cómo distinguirlos ante la coacción de los medios sociales?

Eludiendo el mal por la previsión del bien y el instinto de la propia personalidad.

¿El bien y el mal son acaso para la conciencia lo que la verdad y el error para el entendimiento?

El entendimiento delibera, la conciencia falla y la voluntad ejecuta.

Si la fuerza social le da tiempo, porque propone el hombre, y la sociedad dispone de modo ineludible é insuperable fuerza.

El libre albedrío es señorío del alma y nunca del cuerpo; si rindes aquél, está perdido éste.

¿Matas colectivamente disciplinado á la servidumbre social ó en desafío á quien te ultrajó personalmente?

Necesitas antes de avasallar tu alma y ahogar tu conciencia, y entras así en el presidio sociable de esta civilización páfida y artera, que ni garantiza tu cuerpo de las impulsiones de los otros, ni ampara tu alma de los remordimientos y asechanzas, ni mata tu memoria para eludir la sentencia de tus actos.

Eres rico y vives principalmente del valor fiduciario y los cupones, cayendo de improviso en el abismo de la miseria por una baja, por crisis económica ó por los azares del juego de Bolsa; según los que juegan con barajas ó loterías; y con la edad, la molicie y la confianza, no podrás ganar el pan con el trabajo de tu cuerpo, inutilizado por los desplantes del ocio, las enfermedades que apareja cuando hayas caído en la miseria.

Te afincas y vives de los frutos de la tierra mediante las rentas.

No la cultivas tú, sino tus braceros. Viven ellos

con salud en el trabajo; la pierdes tú en el ocio con los resquemores de la puja.

Tus arrendatarios viven en la escasez, tú en gula y abundancia; ellos sin más horizonte que el de tu campo, tranquilos y descuidados; tú, perplejo, temeroso, rodeado de curiales y escoltado por guardias, entre los celos de los unos y los recelos de los otros; en esa coacción forzosa que atrae todos los riesgos y los peligros sobre los ricos entre miserables; con más cuidados y precauciones que placeres y gustos, en el marmóreo ambiente, que apaga el amor hasta en los de tu sangre y deudos.

No transmitirán ellos á sus hijos ni aun los arados y aperos de la labranza con que abrieron los surcos de tus tierras y llenaron tus graneros. Y tú, en cambio, transmitirás á los tuyos heredades, títulos, casas y trenes y mueblajes, con los odios, los litigios y las insanias, que despiertan el egoísmo y excitan la avaricia y la envidia, provocadas por el reparto sin la medida de unas y otros.

—¿Usurpé acaso el tesoro que traigo en cheques al portador y piedras preciosas?

Precisamente deseo consultarte sobre la transformación que consideras más necesaria y útil, pues deseo vivir como tú vives, y según me informaron en Vigo algunos conocidos tuyos y míos, que han venido de retorno.

Las observaciones que acabas de insinuarme vienen á mi ánimo como de perlas. Los que hemos avivado el sexo en el yunque de la vida, y afinado el entendimiento al amor del trabajo, en el crisol de la dura realidad, sentimos el ansia de satisfacer el espíritu en el dulcísimo reposo del cuerpo; saboreando el bien propio, escanciado en la copa del bien común; sin las zozobras ni desasosiegos que provoca

el egoísmo personal, cuando se cristaliza en la vanidad de acumular intereses, restando á los otros lo necesario para vivir en santa calma.

—Ahora bien, y aquí reclamo de tu experiencia y rectitud consejo.

Si, como tú has hecho, compro terrenos y los arriendo, edifico fábricas de necesaria utilidad, y otros los cultivan y las hacen funcionar, dilantando entre mis semejantes los beneficios de este mi capital, cristalizado en esa riqueza de piedras preciosas y cheques, ¿no retribuyo sus servicios con los jornales y sueldos? ¿Tengo derecho á los beneficios, siquier de mi trabajo acumulado?

—Ciertamente que tienes legítimo derecho á recibir la parte proporcional á ese trabajo acumulado por tu inteligencia y el tuyo.

Mas la tierra es común á todos los hombres y son sus frutos para quienes la cultivan.

No tenemos la culpa de que se venda y compre el derecho de posesión de la tierra; que hace que explotemos en nuestro beneficio los brazos de nuestros semejantes; que han nacido despojados del derecho común á cultivar la tierra, perpetuando así la miseria y pobreza de nuestros semejantes, con el exclusivo uso y abuso de la detentación de ese instrumento.

—No te comprendo bien, Verardo.

—Lo comprenderás mejor, Pedro, cuando veas la demostración gráfica de mis propias acciones y demostración de cómo yo he procurado auxiliarme de la ciencia de un ingeniero agrónomo con mi propia experiencia; que tendré el honor de presentarte oportunamente, al afincarme y acalorar á mis semejantes en mi propio amor y espíritu, espaciado en el capital de esa suprema unidad de Dios.

Permíteme que amplíe mi razonamiento, porque según obremos y caminemos así saldrán nuestros proyectos. Haciendo el bien de cara hacia Dios nos resultarán admirables y buenos; mas si volvemos la espalda de cara hacia nuestra pasiones, aumentada nuestra vanidad y entenebrecida nuestra soberbia, todos nuestros planes resultarán fallidos y estériles nuestro propósitos; según he comprobado aquí y experimenté amargamente en Méjico, cual tú debes haber experimentado.

Vivir rico entre pobres es vivir en el infierno; vivir miserable entre miserables tampoco es gozar de la vida, con las exquisiteces que nos brinda la expansión y nos malogra la coacción, y presumo que tú no pretenderás vivir de ninguna de ambas maneras, transformando ese capital, producto de una vida laboriosa.

Si te afincas en tierras, comprando el derecho de uso y «abuso»; expuesto te hallarás á meterte en ese infierno, dando mal ejemplo á los tuyos.

—Por ahora no tengo familia—interrumpió Pedro, lanzando un hondo suspiro, y añadiendo:

—Ya te contaré otro día, he sufrido mucho; prosigue, que me interesa más que la vida, saber cómo he de soportarla y vivirla en la sana realidad de buena intención.

—Guardas las semillas en tus graneros los años de abundante cosecha y esperas la escasez ó las provocas, comprándolas para venderlas al mayor precio que la carestía te permite, ó prestas tu dinero á insuperable interés, para enajenar los bienes de los otros; enriqueciéndote á expensas de sus desgracias ó torpezas, auxiliados por los agentes de la curia y escoltado por los de la fuerza civil, y te declaras así en guerra permanente y solapada contra tus seme-

jantes y vecinos, entre el miedo á las represalias y los peligros de los egoísmos individuales, de la lucha de todos contra ti y tú contra todos.

—Yo no pienso abusar de ninguna manera del derecho de posesión, ciñéndome al usufructo, únicamente en el caso de transformar parte de mi capital, comprando viñas y tierras.

—Ciertamente que tú no lo harás; lo harán en cambio tus administradores y dependientes, que abusarán de la ley civil, no teniendo tan esclarecida su conciencia como tú la tienes, ni siendo tan independientes por su posición, cual tú lo eres por tus riquezas.

Esos administradores, esos maestros de obras, esos patronos parásitos, intermediarios entre los capitalistas y asalariados productores, son los que provocan las tempestades sociales y los odios contra los ricos; porque ellos, sin el honor ni la conciencia de unos y otros, roban á los ricos y explotan á los pobres trabajadores, provocando los paros forzosos y la miseria y el hambre, mediante la interposición de acaparadores, contratistas y traficantes; parásitos impuros contra la producción y la riqueza del cuerpo social, según los microbios se interponen en la circulación arterial del cuerpo humano, ellos se interpondrán entre tus riquezas y el trabajo de los asalariados, para robar á unos y otros, enriqueciéndose por desordenado apetito.

Si te afincas, y halagado por las sugerencias de esa sirena que atrae á los hombres, á las ciudades, volviéndoles la espalda á nuestra cariñosa madre la tierra, y allí cobras tus rentas y las gastas en esa vida ostentosa, sin el oxígeno de los campos ni el purísimo ambiente de la Naturaleza, darás margen á una legión de usureros, de curiales, de caciques

políticos, que se cebarán en tu capital y á expensas de los trabajadores humildes; mermándolo y arruinándoles, según acontece con las doradas huestes de la aristocracia, que califico de memocracia, por desorientación de miseria intelectual.

Cuantos de mujer hemos nacido somos responsables de nuestros actos; pero fijate bien, Pedro. Cada uno según la educación que recibió, según la enseñanza que le dieron, según el pueblo en que vive y los prejuicios que han cristalizado en su memoria, por hábitos unos, por ejemplos los otros. La mayoría no acierta á ver por sus ojos, ni á sentir por su propia conciencia, ni menos á decidirse por su mismo juicio. En todas las casas, pueblos, villas y ciudades hay seres humanos que pueden conducirse y sugestionarse para los mayores crímenes. Masa blanda, dispuesta para cometer las mayores atrocidades, si la sugestiona las pasiones de los otros.

Es tarde ya; estarás cansado—añadió Verardo, mirando el reloj del despacho.

Mañana continuaremos, y perdona que mi cariño se haya olvidado de tu descanso—dijo levantándose y abrazando con tierna efusión á Pedro Alvarado.

—¡Manuela! ¡Manuela!—gritó, abriendo la puerta del despacho.

—Señor—contestó la doncella.

—Conduce á este caballero á su dormitorio.

—Hasta mañana, Verardo.

—Que descanses—le dijo su amigo, abrazándole con efusión.

—Perdona una observación, que ahora se me ocurre.

Conforme con cuanto me has indicado, quiero dormir tranquilo, y me resuelvo desde luego á vivir con vosotros y á practicar vuestra doctrina; esa for-



tuna, hasta hoy mía, es vuestra también, y quiero sentirla por vuestro amor en plural, por nosotros y para nosotros.

—Aún tienes tiempo para reflexionarlo mejor; que duermas bien; el sueño orienta.





## Realidad latente.

---

Al día siguiente, muy de mañana, Pedro Alvarado y Verardo Luján, que se habían levantado muy temprano, como hombre de acción y mucha experiencia de la vida, departían muy íntimamente, tomando el desayuno que les habían servido en el despacho de Verardo, por expreso encargo de éste, para no ser interrumpidos por ninguna persona ni pretexto alguno.

Tratábase de algo tan grave como el de encauzar una vida laboriosa y agitada hasta entonces, por ese mundo pasional de las concéntricas y limitadas del ciego individualismo; hacia este otro mundo, tangible, espiritual, amplísimo, de los sentimientos dinámicos y societarios, que acarician á las almas en esa penumbra de los desengaños mundiales; cuando los cuerpos, endurecidos por la brega de los intereses, y escarmentados por los crueles arañazos de los otros, se rinden á los mandatos del espíritu, con los presentimientos de la inmortalidad; cual los más cerri-les potros, después de la brega de la doma, concluyen por entregarse á la discreción y bridas del jinete.

—Voy á confesarme contigo; sé que eres dichoso

y feliz en medio de los tuyos; quiero corregir los yerros de mi vida, para usufructuar los años que me quedan, empleando esa riqueza, que tanto trabajo, penas y lágrimas me costó adquirir de mis semejantes, en enjugar las lágrimas, eliminándoles las penas y los trabajos, para conseguir su estimación y su cariño, con la tranquilidad y placidez de mi alma, de las cuales se halla tan ansiosa como el cuerpo enfermo de la salud.

Como el judío errante, ajetreado y rendido, vengo á pedir tu consejo y auxilio, ansioso de cariño y de calor; según los condenados á muerte buscan un refugio para salvar el cuerpo, he venido á buscar la salvación de mi alma con tu ayuda.

—Ya me conoces, y puedes contar conmigo para todo.

—Mira, Verardo: establecido en Veracruz con un comercio, me casé muy joven con una cubana; empecé á tener hijos, y una sed inextinguible de riquezas atosigó mi alma.

Me hubiera sorbido el Universo para servírselo á mis hijos y mujer. Entonces ciego, me dediqué con delirio al préstamo usurario, aprovechándome de la miseria y de los vicios y desgracias de los otros; hice en poco tiempo una fortuna, que cayó sobre los míos como un peñasco, aplastándolos sucesivamente.

Se murió mi mujer, se fueron muriendo todos mis hijos; enloquecido con el afanar, me quedé solo, completamente solo, y con mi fortuna por tormento.

Huyendo como de la peste me fuí á Méjico, transformando mi fortuna en papel, y allí monté una casa bancaria, casándome por segunda vez con una norteamericana, más joven que yo. Entre el tragín de

los negocios, los celos y los recelos, llegué á convertirme en una bestia humana de acarreo para satisfacer sus caprichos, sus lujos y sus excéntricos derroches.

De allí, y por complacer á mi esposa, que me tenía obsesionado por su belleza y su juventud, nos fuimos á Nueva York, donde, según te indiqué ayer tarde, hube de colocarme y luego trabajar por mi cuenta...—balbució sofocado.

—Sosiégate y habla con tranquilidad—exclamó Verardo al ver las lágrimas que se deslizaban por las curtidas mejillas de Alvarado, añadiendo muy conmovido por el hondo dolor de su amigo:

—Para todo hay remedio en este mundo, y estás todavía en buena edad para remunerar tus penas.

—Aquel vértigo de trabajo, aquella sugestión de los negocios, me hacían abandonar los cuidados y atenciones de mi mujer, confiada á los criados y á la servidumbre y rodeada de amigas pérfidas, que, con la envidia de las riquezas y la puja de vanidades, la llevaban á reuniones y teatros. Mientras yo, ciego en el afanar riquezas y confiado, la dejaba correr á todos los peligros y azares sociales. El cruel desengaño no tardó mucho tiempo en presentarse, arteramente morderme el corazón y martirizar mi alma, dejándome enloquecido por la pena.

Y mi mujer desapareció de mi casa, huyendo con uno de los principales empleados, en quien había depositado toda mi confianza en los negocios.

Otra vez solo y abandonado, y no por la muerte; sí por una traición alevosa, por un abuso de confianza; herido por uno de mis principales empleados —exclamó Alvarado, llorando á hilo, y echándose en brazos de su amigo, con sollozos sofocados y como si arrojase los pulmones por la boca.

—Tranquilízate, toma esta copa de Jerez, que aplacará tu amargura—le dijo Verardo, sirviéndole con temblorosa mano, emocionado ante el sufrimiento de su amigo.

Alvarado la apuró de un sorbo, y secándose con el pañuelo las mejillas y los ojos, con el temblor de un azogado todos sus miembros, exclamó, lanzando un hondísimo suspiro, cual si le faltase aire para respirar:

—Yo me tengo la culpa por ciego en el afanar, por torpe en el querer, abandonando el trato y el cariño de mi mujer, joven y hermosa, como si las riquezas que todas las pasiones atraen, pudiesen atraer los sentimientos y conservar el amor espiritual de los desposados.

Mi primera locura fué casarme con una joven hermosa y pobre por añadidura; mi segunda locura, tener abandonado su trato y mi hogar por el cuidado de los negocios, cuando debía compartirlos.

—¡Terrible imprevisión! ¡Serénate, Pedro! No somos muchas veces lo que deseamos, sino aquello que las circunstancias nos impone.

La humanidad no es materia de mártires, y la imprevisión espiritual deja desbocar las pasiones de la bestia humana.

El error concéntrico de las gentes es ese apetito desordenado de riquezas, que atosiga los ánimos en la lucha por la vida y amarga todos los placeres, á espaldas de la humana espiritualidad, que sustenta y mantiene todas las cosas en el justo medio de su sazón y gozo purísimos.

—Aunque me apene por eso no me sorprende ni extraña, que seamos víctimas de nuestras propias pasiones y errores.

Ni la experiencia propia ni los desengaños ajenos

nos emocionan, ni preservan de cometer yerros de mayor cuantía en ese mundo pasional, entenebrecido por el vaho de todos los apetitos carnales, y cristalizado en las preocupaciones más absurdas, hijas de esos apetitos.

Ciegos de espíritu y más torpes por falta de entendimiento, tropezamos unos con otros á cada paso, de los más transcendentales que damos en la vida, cuando no caemos por el desequilibrio mental de nuestros deseos en abismos irremediables.

Es el matrimonio uno de los actos más perdurables y transcendentales de la vida; su conservación y procreación, que lo realizamos con la mayor inconsciencia de la realidad y sus naturales efectos, ante los contrastes de las pasiones, la edad y la educación.

La mayoría no tenemos en cuenta cuando nos casamos, que es una canción de la vida á dúo de la mutua juventud, del mutuo amor, cuya clave se halla en el alma y cuyas tonalidades, con todos sus matices, están en el cuerpo y la salud de ambos, conservada por el instrumento matrimonial.

El amor espiritual, alma y vida del carnal, como son el germen y la esencia de las plantas, se cambia entre las almas; pero ni se compra, ni se conserva, ni se vende, según puede hacerse con los cuerpos; porque no es mercancía cotizable en el misérrimo mundo de las formas, tan mutables cual quebradizas.

—Toma otra copita. ¡Tranquilízate!, y perdóname las observaciones, en gracia del porvenir mejor que te sonríe en el tercio final de la vida—dijo Verardo, contemplando á su amigo con fruición cariñosa.

El interés, la conveniencia, puramente materiales

podrán cubrir las formas de este sagrado y sublime contacto, como se cubren los restos mortales con las túnicas misericordiosas, arrancadas al dolor para la sepultura del olvido.

Pero el matrimonio es vívido y transcendente, y no se puede martirizar al contacto de cosas muertas.

Cierto que el medio ambiente, la miseria y la lucha con fuerza insuperable, así entre pobres como entre ricos, imponen al matrimonio espontáneo y puro esos martirios del interés en unos y de la conveniencia en otros, casando á la vejez con la juventud, á la brutalidad carnal con la poesía espiritual, que es tanto como mezclar y confundir frutas ya pasadas de sazón con otras sazonadas, para que todas se malogren y corrompan en el contacto del tiempo.

Nada más sagrado ni más sublime que el santuario de la familia, consagrada por el amor espiritual é immortalizada por la ley de reproducción.

Puede comprenderse y hasta justificarse impuesto por un régimen económico tan absurdo como inmoral, que bajo pena de muerte corporal martiriza las almas con las coacciones de la bestia, cual martiriza las conciencias con las mentiras convencionales; que se cambie y cotice la pasión momentánea, el amor carnal, comprado por los viejos, desequilibrados por ambiente, á las jóvenes vendidas por la miseria; mediante las paradojas y disfraces con que la mentira se adereza y engalana, haciendo muecas á la verdad y á la virtud; para disfrazarse con las puras galas de éstas, robadas en la imitación, según las falsas piedras.

—Yo no era viejo, ni tampoco estaba consumiéndose—interrumpió Alvarado en un raptó de amor propio.

—Pero, según confesaste, tenías algo abandonado

el trato íntimo con tu esposa por los negocios, y éste fué el peligro por donde cayó tu mujer; lejos de mi ánimo hacerte cargo ni reproche alguno.

Hay tantos en el mundo distraídos como tú lo estabas, que no es extraño que tantas caigan; porque la mujer y la fortuna suelen ser rivales, cuando no son enemigas muy celosas.

El amor y la poesía suelen anidar en el corazón de la mujer, como la prosa y el amor carnal suelen anidar en el corazón del hombre; y la ocasión atrae al ladrón ó le hace por fuerza insuperable.

—Reconozco en el fondo de mi alma mi error y mi falta; pero mi conducta y mi trabajo debieran haber sido considerados por esa infiel desgraciada, cuando menos para hacerme antes alguna observación.

—Lo pagaré, no tengas duda; por más que su castigo no te remedie; ten ese bien triste consuelo, Pedro.

Decía, si me permites continuar y no te sirve de molestia mis observaciones, experimentales todas, y que todos pueden contrastar en su experiencia,

Que para las mayores desgracias y las más irreparables hay en el alma consuelo, bálsamo y satisfacción íntima, cuando, elevando un poco el corazón hacia Dios, se dilatan los sentimientos dinámicos del alma, cual el águila condor remonta su vuelo y se eleva buscando más amplia orientación y más purísimo ambiente.

Según el moribundo en la serenidad de su alma ó el condenado á muerte en la capilla; examina tu vida pasada, medita sobre tu presente, y ajuicia con verdadero propósito de enmienda tus acciones preteritas; y así cual el alma se va desprendiendo de la prisión carnal del tiempo y de los gases que la en-



vuelven y turban, elevándose al infinito y dilatando su querer por los sublimes horizontes de la eternidad; contempla tu pasado y adquiere la hermosa certeza de tu porvenir; ve bien á tus semejantes con sus pasiones concéntricas, y cual la estrella Polar en las obscuridades nocturnas, brilla más y alumbra mejor, con brillo más rutilante y hermoso, hazte luz Norte y guía de tus semejantes, como Dios lo es de todos los seres buenos y honrados, y llegarás á vivir con el amor y la intensidad que viven en el mundo este todos los elegidos, todos los trabajadores honrados, aun en los senos más humildes, más ignorados, más dichosos de la tierra, sin quebrantos, ni amarguras, ni temores, ni desengaños.

Con el amor espiritual, luz de tu camino, la riqueza que tienes por propulsor del movimiento, y tu buena voluntad por palanca, puedes edificar y construir un paraíso para tu alma y para tu cuerpo; que conviertan en dulcísimas tus pasadas amarguras, tus tristísimos quebrantos, por esa contrastable remuneración, que hasta los presidiarios regenera y salva.

Tu riqueza, fruto de trabajo, es la que puede dar vida y despertar las almas de esos miles de infelices, que carecen de medios para trabajar, y que te bendecirán con sus despiertas almas, interponiendo sus puras bendiciones de agradecimiento entre Dios y la tuya, para eternizarla y purificarla, mediante la reproducción espiritual, de que la carne y las desgracias te privaron de sus goces.

—Dispuesto estoy á obedecerte, y tú me aconsejarás la forma y el modo—contestó Alvarado decidido.

—Quiero que antes veas, toques y palpés la orientación de mi ánimo, y los benditos frutos que ha

producido mi riqueza, mi amor y mi trabajo con los semejantes, para que sirvan á los tuyos de estímulo y empeño, que el ejemplo es el más vívido propagador del bien y de la verdad en el mundo de las formas reales.

En este punto fueron interrumpidos por la llamada á la puerta del despacho de personas, para quienes no rezaba la orden de Luján.

Y como ya eran bien corridas las diez de la mañana, más tranquilo y sosegado Alvarado, y más satisfecho de su obra y amistad Luján, entrambos se levantaron de sus asientos para recibir á los recién llegados.



## Despertar del sueño pasional.

---

—Bien venidos sean ustedes—dijo Luján abriendo la puerta de su despacho, y mirando á Pedro, añadió:

—Tengo la honra de presentarte á mi director y amigo Amador Psiquis y á su ayudante Enrique Lirón.

Y la satisfacción de presentarles á mi antiguo compañero y amigo D. Pedro Alvarado, que ha pocos días desembarcó del otro mundo, y honra mi casa.

—Estamos á su disposición—contestaron Amador y Enrique, saludándole y estrechando sus manos.

—Vienen ustedes con la oportunidad de lluvia en estío, porque mi amigo ha menester de tu ayuda.

Precisamente pensábamos ir á la colonia para que se informe de su funcionamiento, costumbres y usos de sus habitantes, y habéis venido con oportunidad.

Tomad asiento. ¿Os habéis desayunado ya?

—Sí, señor—contestaron á dúo.

—¡Manuela! ¡Manuela!

—¡Voy, señor!

—Que sirvan unas mantecadas y trae la caja de tabacos y moscatel de Amandi.

A los pocos instantes eran servidos, mientras decía Verardo á la doncella:

—Cierra, y que no vengan á interrumpirnos, bajo ningún motivo.

—Hay gente esperando.

—Si no es urgente, que esperen un poco.

—Sírvanse y tomen un tabaco—les dijo, sentándose á su vez, Luján.

Mi amigo Alvarado viene á vivir nuestra vida y en nuestro seno, y deseo que tengas la bondad de orientarle del plan general de la organización y funcionamiento de la Colonia, para que la vea y nos ayude en su ampliación.

Por una dichosa casualidad para mí y una bien triste situación para mi amigo Amador, nos conocimos y compenetrarnos, uniéndonos en íntimo lazo espiritual, según se unen el arte la experiencia y la ciencia en el amor individual para redimir al sér.

En análoga situación á la tuya, Pedro, vine y me encontré con Amador, ingeniero agrónomo discretísimo, que á diferencia de la masa de técnicos é intelectuales, cristalizados en ese régimen económico, laboran por «modus vivendi» de espaldas á la ciencia, á la higiene y á la moral, contra la salud y el bien humanos, esclavos del capital y de todos sus insanos egoísmos.

Quiero decir, más claro y concreto, que los arquitectos é ingenieros que planean y construyen edificios masalnos, puentes inseguros, tala de bosques, acotamiento de caminos y calles, según la medida del egoísmo capitalista; como los médicos que dictaminan reconocimientos contra las leyes de la higiene y de la Naturaleza y la salud humana, sin la misericordia preservativa hacia los obreros manuales, sus hermanos y auxiliares en el trabajo útil; la-

borando por la esclavitud de unos y otros de modo inconsciente muy inhumano; son los auxiliares de la injusticia y de la esclavitud humana, mantenedores de ese régimen económico, inmoral y absurdo, en todas sus manifestaciones y efectos.

Hombre de experiencia, como tú, Pedro, y ansioso también de otro vivir más sano, más puro, más expansivo y justo que el que hasta entonces había tenido, al adquirir por mi rudo y honrado trabajo, me hallé con Amador, hombre de ciencia, puro de espíritu, limpio de prejuicios y enamorado de la verdad real, señora de mis ansias y dueña de mis ensueños.

Y en esa efusión de dos penas, en esa confesión de dos cerebros, en ese íntimo comulgar de dos corazones, él iluminó mi espíritu, entenebrecido hasta entonces por contrarios prejuicios, levantó mi corazón á la altura espiritual y dinámica, de ese infinito amor que radia de Dios á los hombres de bien y los enaltece, con los destellos de su inteligencia y el amorosísimo calor, que hace dulces las pasiones más enemigas de la carne.

—Las obras y los frutos tuyos y de tu trabajo acumulado son el premio de ambos—interrumpió Amador.

—El germen y dirección corresponden á tu honestedad, á tu talento y á tus sublimes energías.

Los medios y los elementos tuyos han sido—replicó Amador.

—Estamos ahora en el segundo caso, que es mi amigo, nuestro amigo Alvarado, á quien te ruego informes de los elementales principios sobre los cuales hemos planeado nuestro bien y dicha perdurables, con la dicha y bien de nuestros semejantes; con esa dirección y serenidad que á mí me has orienta-



do en la vida real y verdaderamente humana, racional y justa.

Y te invito en nombre de nuestra santa amistad.

—Siguiendo el mismo método de las ciencias exactas, voy á definir á usted, por indicación de mi amigo Verardo y gran gusto mío, los términos capitales en que se asienta el régimen social de la colonia, con las condiciones indispenables para que la definición no sea deficiente por defecto ni por exceso de condiciones, y resulte clara, aun para los entendimientos anublados por prejuicios.

Todos recibimos al nacer los mismos rayos del sol, el oxígeno, el hidrógeno, carbono. La tierra, madre cariñosa, de ubres inagotables, siendo común á todos, nos ofrece sus minerales y vegetales por doquiera, con el agua y los pescados, como un rico depósito y espléndido almacén, á condición del esfuerzo y trabajo individual ó colectivo para gozar los frutos, y satisfacer nuestras necesidades todas por legítima asimilación.

El primer error, principio y fin de todos los errores de ese otro mundo, que pasa para dejar la vida á este otro, que viene á vivir en la verdad, es el acotamiento egoístico de la tierra para vincular en unos el uso y el «abuso» de la posesión; mientras forzosa y necesariamente vincula en otros la esclavitud y la miseria, imponiéndolas por el trabajo asalariado para vivir, que es tanto como si en una casa donde hay varios hijos con igual derecho á los bienes y alimentos de los padres, unos hermanos, abusando y usando de su fuerza, cerrasen la despensa con llave, impusiesen los trabajos y labores á los otros hermanos, en la condicional de no abrirla y darles de comer si no hacían los trabajos por su fuerza impuestos.

Los mayorazgos y vinculaciones, que desheredaban á los hermanos en beneficio del mayor, impuestos por la vanidad y orgullo del señorío, han desaparecido; desaparecerán también, por más oneroso é injusto, el dominio y la vinculación de la tierra. No existe en la colonia la posesión de la tierra para ninguno; el usufructo del cultivo es para todos, mediante un tributo de los cultivadores.

De la verdad real en el usufructo del cultivo de la tierra, para la espontánea y legítima asimilación de las riquezas, brota la propiedad en las dos únicas modulaciones que puede manifestarse.

La que por esencia es propiedad «individual» y la que por su naturaleza es «colectiva», según sea el esfuerzo individual ó colectivo.

«Propiedad individual» es la indispensable extensión de la persona humana á cuanto por su trabajo crea y se asimila; el diamante que pulimenta, el fruto que cultiva, el pescado que pesca, el cuadro que pinta, la invención que descubre, el aparato que inventa, etc.

«Propiedad colectiva» es la indispensable extensión de la colectividad á los instrumentos de que se sirven como medios y elementos de la ponderación en los productos; la tierra usufructuada, extensión gremial, término municipal, fábricas, vías regionales, fluviales y nacionales; una mina, una fuente, un río, una plaza, una biblioteca, escuela ó laboratorio; que por su naturaleza y límites son del dominio y uso colectivo; porque ni el esfuerzo de un solo hombre los ha creado, ni tampoco pueden ser asimilables al individuo, sino como medios usufructuarios del procomún.

Es el trabajo verbo creador de la riqueza, fruto de los instrumentos por donde la producción se hace

asimilable, según las necesidades, colectiva ó individualmente; que se divide por su acción espontánea en tres categorías: en trabajo físico, necesario para la vida y salud del cuerpo; trabajo intelectual, y trabajo psicológico, para la vida del espíritu, deleite y salud del alma.

«Trabajo físico» es el movimiento muscular que requiere la salud é higiene del cuerpo, para la elaboración de todos aquellos artículos y objetos de uso necesario, sin cuyo trabajo físico no son posibles de satisfacer las necesidades físicas: alimentos, vestidos, habitaciones, medicinas; de cuyo trabajo físico, más oneroso y repugnante al hombre, va emancipándole la fuerza inteligente por la maquinaria y para la máxima ponderación de la riqueza, haciendo al trabajo físico más atrayente y simpático por esos ejercicios, que, bien dirigidos, los embellecen y recrean al individuo.

«Trabajo intelectual» es el movimiento vibratorio de las células del cerebro humano, así espirituales como fisiológicas, que por educación de los sentidos y el método racional, se transmite y desarrolla la fuerza inteligente del pensamiento en lo esencial, que de Dios recibimos, con el ejercicio de las profesiones técnicas: de ingeniería, mecánica, química y física.

«Trabajo moral» ó voluntario es el movimiento simultáneo de músculos y células, que por espontáneo deleite del sér humano realiza éste, como la pintura, música, poesía, escultura, literatura, para las grandes emociones del pensar y querer psíquicas, que constituyen modelos de la idealidad para la estética, y son la gran riqueza inmaterial, cristalizada en signos gráficos, que eterniza la serie de generaciones en ese amor espiritual de las que fueron, son



y serán eternamente, dando á los seres humanos las nociones de lo absoluto por las ciencias exactas; y las emociones de lo infinito por las fisico-experimentales y gráficas.

De este triple trabajo, por sus modalidades, brotan tres categorías en la «riqueza latente», producto de la herencia, de la actividad humana y del progreso.

La «riqueza física», la «riqueza intelectual» y la «riqueza psíquica», producto las tres de estas tres categorías ó modos de trabajar del hombre, y cuya riqueza es asimilable al individuo por su esencia, ó á la colectividad por su naturaleza; definidas por las propias funciones que desempeñan en la sociedad, para la perfección específica del sér y la general de la especie.

«Obreros necesarios» se llaman á cuantos elaboran los objetos de uso necesarios para satisfacer las necesidades físicas, cuyo trabajo, tan oneroso por la ley del salario ó la servidumbre, diezma y mutila las cuatro quintas partes de la especie humana, acumulando la riqueza en unos por insano egoísmo, y la miseria en los más, malogrando la salud y el bien para todos, por la exclusión de esas cuatro quintas partes de humanidad, de la vida en salud, de las necesidades que la conservan, y de las satisfacciones intelectuales y morales que ponderan la riqueza latente, y aumentan la riqueza acumulada, para proveer á las necesidades de la procreación.

«Obreros mixtos» son cuantos realizan simultáneamente, por ejercicios musculares é intelectuales, las dos operaciones, mecánica é inteligente, con aplicación á los inventos y la maquinaria.

«Obreros intelectuales», son cuantos voluntariamente se consagran al estudio y cultivo de las cien-

cias, emancipados del trabajo necesario por las condicionales del medio, la herencia ó remuneración.

«Productores obreros» son cuantos producen más que consumen.

«Consumidores obreros» son cuantos consumen igual que producen.

«Explotadores obreros» son aquellos que consumen más que producen, apropiándose de modo indirecto, por medio de la fuerza ó los convencionalismos legales, del fruto y labor de los otros. El prestamista, usurero, aparejador, traginante, venal acaparador, cuantos parásitos, en fin, viven de los errores, mantenidos por la fuerza de esos estados de mentiras coercitivas, cristalizadas en leyes por costumbres bárbaras, y cuyas leyes son contra los verdaderos productores lo que las telas de araña contra las moscas: lazos tendidos por los usurpadores, cuya potencia expropiativa está en razón directa de su maldad y audacia.

Entre el individualismo absoluto y el comunismo absoluto también, no caben racionalmente más que tres términos de comparación, cual entre dos cantidades: la unidad individual, irreductible, absoluta en su integridad, y la colectividad social, conjunto de esas integridades; hemos combinado, por un socialismo racional, equitativo y justo, la libertad integral del individuo en su pensar, querer y obrar, con el derecho común de la colectividad; haciendo en todas las funciones de la vida social que este derecho común sea el fiador y garantía de todos los derechos individuales, así en la producción como en la asimilación de la riqueza.

El comunismo excluye de la ecuación social la unidad humana y la propiedad esencialmente individual, su garantía de vida, que es á la vez el estímulo

lo y el acicate del sér humano para la ponderación de la misma riqueza, en sus dos formas: individual y colectiva.

El individualismo excluye de la ecuación social la colectividad humana, el derecho común con la justicia, su coeficiente, contraste y límite, imponiendo la lucha de todos contra cada uno, y de cada uno contra todos, para ir acumulando en los menos la riqueza, dejando á los más en la miseria y esclavitud.

Desde el infusorio en la gota de rocío hasta los astros en el espacio sideral, todos funcionan dentro de sus respectivas órbitas, sin roces ni choques, mediante la ley de gravitación universal, que á todos se impone y gobierna.

Del mismo modo el socialismo racional, mediante una ley dinámica de las almas, muy superior á las humanas, garantiza y gobierna la unidad integral del sér por la garantía las tres modalidades, la propiedad individual, la colectiva por naturaleza y las asimilaciones de la gremial, municipal y regional, mediante la federación y confederación de las sociedades productoras, bajo el dinámico principio de «todos para cada uno, y cada uno para todos».

En lo esencial de este principio altruísta hemos comenzado á basar el régimen económico, en la expansiva ley de que la tierra es de todos y el usufructo de su cultivo para cada uno, estableciendo la equidad proporcional entre los cultivadores directos y los indirectos; y excluyendo el dominio absoluto y la herencia de ese dominio de todas las funciones sociales, si bien se mantiene en toda su integridad, como expansión de la persona humana la herencia de la propiedad, que por su esencia es individual, fuente y estímulo de todos los sentimientos individuales.

Un ruido extraño, acompañado de gritos y exclamaciones, interrumpió la conferencia íntima.

La señora de Luján, seguida de numeroso grupo, llamó á la puerta, con esa excitación anunciadora de una gran desgracia.

Todos se levantaron de sus asientos, como movidos por un gran resorte. Luján abrió la puerta, y al ver á su esposa seguida de los criados y de una mujer ensangrentada el rostro, exclamó:

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—¡Una gran desgracia, Verardo! La han robado y quemado la casa á esta pobre mujer, viuda y con tres hijos y viene á reclamar tu ayuda y amparo—contestó la esposa de Luján.

—¡Válganos Dios! De estas ocurren á diario; estos son los vahos de ese mundo que se desmorona bajo la pesada herrumbre de sus muchos errores y pasiones.

Que la lleven al sanatorio de la Colonia—dijo Luján contemplándola con hondo sentimiento de misericordia.

—Es una vecina de Molina que cultivaba el préstamo usurario—dijo uno de los dependientes.

—Puedes contar con mi parte en el auxilio de que haya menester esa desgraciada—añadió Pedro Alvarado.

—Mucho te agradezco ese socorro—exclamó Verardo abrazando á su amigo, y añadiendo:—Estás en el camino de tu salvación.

—Necesito tener una conferencia con usted, Psiquis.

—Podéis quedaros ahí; véngase usted conmigo, Enrique, mientras me informo—interrumpió Luján.

---

## ¿Cómo se despierta para la hermosa realidad?

---

—Sentémonos, Sr. Psiquis. Mi amigo Luján me ha informado del poema de sus contrariados amoríos con la que es ya su esposa de usted; y quiero confesarme á usted, según se confiesa el moribundo, para pasar de una realidad infernal, como la que yo he sufrido, á otra más expansiva, sana y vivificadora, cual yo la presiento al ver á ustedes y á mi amigo Verardo en esta otra realidad mundial tan hermosa.

He traído conmigo unos cuantos millones, cristalizados en piedras preciosas y algunos cheques, que representan un trabajo y afanar nada comunes, y así cual otros pretenden conquistar el cielo y salvar sus almas, entregándolos á los representantes de la Iglesia Católica *in articulo mortis*, yo, en mi sano juicio, por graves desengaños, deseo hacer con ellos un bien positivo y realmente humano, ayudando á ustedes en el aumento y desarrollo de esa Colonia, que como modelo del mejor porvenir de nuestros semejantes sirva de luz, de criterio y expansión del bien humano para nosotros.

En mi vida y brega tuve por egoísmo el «yo»; ahora quiero el nosotros.

Una duda me atormenta, y ésta es la que deseo

que usted me aclare y esclarezca. Por ella he suplicado á usted esta entrevista íntima y grave, pues trato de expansionar mi «yo» al nosotros, cual Dios, por expansión, creó el Cosmos.

Conozco á Luján desde hace años; mas somos pecadores y susceptibles de grandes equivocaciones, como los mortales todos. Y toda obra ó acción nuestra que sea inmortal, sino se fundamenta, no digo en el temor de Dios, porque éste es un absurdo de los inconscientes, sino en su amor infinito, no me parece duradera, ni sólida, ni fecunda, y estimo que debe basarse en un principio eterno, fundamentalmente absoluto, para la posibilidad humana, aproximándose á Dios, único creador.

He oído á usted con gran deleite la exposición que me ha hecho de los principios económicos que gobiernan y dirigen á esa Colonia modelo, por sus medios, entendimiento y amor á nuestros semejantes realizada; mas no veo, ni me satisfacen por completo, para obtener pleno convencimiento, el espíritu que la ilumine, acalore y conserve, desarrollándola y perfeccionándola, y quisiera que usted me lo indicase.

La mayoría de las fundaciones y patronatos de obras de bien público y de utilidad general, basada en el principio de nosotros, han fracasado ó se han mixtificado á través del tiempo, por la inconsciencia de sus fundadores ó por el dolo de los intérpretes sucesivos, de las cuales se ha ido eliminando el espíritu inmortal de las fundaciones.

Y quisiera que lo que á mí me ha costado adquirir tanto trabajo, tantas penas y lágrimas no le aconteciera lo propio, á ser posible y duradero, que responda á este mi amor humanitario.

Muchas veces el bien que realizamos con los me-

tores anhelos y el espiritual amor más desinteresado, se convierte en daño de los buenos y en beneficio de los hipócritas del bien, en las pecadoras manos de nuestros semejantes confiados, sin precauciones conscientes ni sapientísima presciencia.

Y desearía saber de usted, director y generador de esa Colonia modelo, ¿cuál es el espíritu esencial que alienta y acalora esa obra bienhechora, modelo del porvenir mundial?

—Me parece haber comprendido su natural y legítimo deseo, y toda humana precaución es indispensable tratándose de obra transcendental, y más cuando viene en ayuda un trabajo, un capital y una honra de tanta importancia como las que usted quiere aportar, para su mayor desarrollo y eficacia.

Para constituir la Colonia y formarla tuvimos en cuenta el medio ambiente en que se formaron y constituyeron las ideas redentoras de Jesús (1), su espíritu de justicia, su amor infinito á la Humanidad que los progresos materiales y científicos han iluminado y esclarecido, como unidad eterna, intangible y absoluta de todos los afectos en la familia, los grupos y la humanidad integral, sostenidos hoy, acalorados por ese amar espiritual que testimonió en el calvario y la cruz.

Este mismo espíritu de Jesús, que no pudo transigir con la iniquidad farisáica de la mentira en todas las manifestaciones sociales, rebelándose contra la explotación de los unos y contra la tiranía de los otros, es el que alienta, dirige, gobierna y acalora á todos los miembros de la Colonia, en todas las manifestaciones de la vida social, desde la familia has-

---

(1) Según el patrón de la obra *La Verdad*, de Ubaldo Romero Quiñones.

ta la colectividad total; desde la propiedad, por esencia individual, hasta la colectiva de la tierra, esencial por naturaleza; haciendo latir al unísono todos los corazones, iluminando todas las conciencias y concertando todas las voluntades en esa armonía intangible purísima, elevada hacia Dios, director, creador y mantenedor eterno, sin ritos ni intervenciones personales, que pudieran desvirtuarla, empequeñecerla y aun malograrla.

De ordinario solemos confundir nuestro amor propio con el amor espiritual que hacia Dios nos guía:

Según podrá usted comprobar por sí mismo, la Colonia modelo habitada está por seres humanos, libres y dichosos, redimidos del trabajo manual por máquinas y animales, en nada semejante á las más cultas y laboriosas ciudades del planeta, que viven á la sombra de prejuicios y errores y de espaldas á nuestra madre tierra.

El ornato de sus anchas y oreadas calles, con plazas espaciosas, aseadas y limpias, entreveradas por grandes parques y jardines de árboles y plantas, que oxigenan y purifican el ambiente.

Tenemos granjas modelos, exuberantes de flora, propia de las regiones que baña nuestro sol. Ricos museos de Historia Natural. Modestos laboratorios químicos. Ricos gabinetes de Física. Espléndidos jardines y parques para los ejercicios de la infancia de ambos sexos. Talleres de máquinas, de pintura, escultura en piedra, madera y metales, para encauzar á la utilidad común con la higiene, los ejercicios sanos de la juventud, estimulándolos con premios anuales, discernidos en las estaciones que favorecen las propias estaciones del tiempo, en los movimientos del sol.



Tenemos modestas fábricas y almacenes de semillas, que pueden ampliarse con los auxilios de hombres de corazón, como usted, y que ansíen satisfacer el bien propio con el bien común de nuestros semejantes.

La ejecutoria de la Colonia modelo está exteriorizada en mármoles y bronces, para estímulo de sus habitantes; en parques, plazas y jardines, siendo las estatuas de los muertos un acicate de inmortalidad, propulsor de las acciones de los vivos.

Frente á la Cámara de justicia dos estatuas semidesnudas simbolizan las partes contrarias, la una frente á la otra, señalándose con el brazo derecho, extendido, como diciendo: «Miradnos y medita antes de entrar aquí».

En medio de la gran plaza municipal se levanta un interesante grupo, de hermosa composición plástica: dos ciudadanos, del brazo, cobijan, el uno, dos niños medio desnudos; el otro, da la mano, amparando á una ciudadana semidesmayada, simbolizando á la fraternidad.

La estatua de la ciencia, con todos sus atributos, se levanta frente á la Dirección de Instrucción pública municipal, en cada zócalo de cuyo edificio hay una estatua de varones y hembras, que más se han distinguido en el cultivo provechoso de los diferentes ramos de la ciencia y el arte.

La estatua de la libertad corona el frontis de la Cámara gremial.

Todas las casitas tienen su jardín ó huerta, más ó menos espaciosa, según la riqueza individual de sus habitantes y sus gustos.

Todas las Cámaras, edificios públicos y particulares se comunican por timbres eléctricos, y cada particular tiene los suyos para requerir varios ser-

vicios; las casas construídas están con cemento armado y según los más modernos adelantos de la higiene social.

Las cocinas y chimeneas están alimentadas por fluido eléctrico y gas en el raro día que no sale el sol, empleando cristales de rotación para el calórico y aderezo de sus alimentos, cuyos comedores, cubiertos de cristales, están en los jardines ó las azoteas de las casas.

Un caudaloso canal, con tres grandes brazos, que se dilatan por la Colonia, surte con abundancia de aguas para el riego de la tierra, los usos de la industria y las necesidades de sus habitantes, por medio de grifos y fuentes y baños.

Un pozo, de cinco mil metros de profundidad, suministra el calor central para todas las industrias cercanas á la Colonia, desarrollando una presión que mueve toda la gran maquinaria, y una gran energía termoeléctrica, cuyas purísimas aguas, exentas de microbios, sirven para el consumo de los habitantes, facilitando además baratísimos los alimentos y productos químicos.

La base de la alimentación en general, como más sana y útil, es la vegetariana.

Utilizando la síntesis de las grasas, de los aceites, de los azúcares, de los hidratos de carbono; tomando el ácido carbónico, el hidrógeno y oxígeno, tomados del agua, y con el ázoe, extraído de la atmósfera, se alimentarán la mayoría de los habitantes con productos químicos, exentos de microbios patógenos, evitarán todas las enfermedades que acosan y diezman á ese viejo mundo, por el dolo de las carnes, de los comestibles y bebibles.

Cada uno de estos ciudadanos, con su pomito de materia azoada, sus pedazos de materia crasa, de

fécula y azúcar, con su bote de aromáticas especies, fabricadas en cantidades fabulosas, y exentos de microbios patógenos y de mixtificaciones nocivas, origen de las epidemias, que diezman la especie humana y la hacen vegetar, enferma en ese misérrimo régimen social.

Apenas verá usted á ningún sér humano realizando trabajos penosos; todo en la Colonia es trabajo voluntario y expansivo, motivando sensaciones gratas y emociones puras.

Los ingenieros agrónomos, químicos, mecánicos é industriales, como los arquitectos, electricistas y demás técnicos, estimulados por premios individuales de sus respectivos gremios, tantean en los laboratorios, granjas modelos y talleres las fórmulas de la ciencia real y la experimentación, para los inventos y sus aplicaciones más útiles por el bien humano, teniendo á la disposición individual la gran riqueza colectiva de todas las granjas, museos, laboratorios, bibliotecas, gabinetes de Física y Química.

Los profesores técnicos y pedagogos, al par que se nutren en las bibliotecas y experimentan en los laboratorios y gabinetes físicos, prodigando su alimento intelectual en las escuelas, cátedras y talleres, muy bien retribuídos por sus gremios respectivos, sin pensar jamás en el mañana, ni menos en explotar textos anárquicos frente á la verdad y á la unidad de método; benefician sus portentosas invenciones, unos dirigiendo las labores de las granjas y cultivos, otros las fábricas é industrias, talleres y laboratorios, comprobando así, por prudentísimas experimentaciones, todos los adelantos más progresivos, que ponderan la riqueza colectiva y acrecientan la individual, sin detrimento de ninguno.

Recibiendo todos los séres de ambos sexos la edu-

cación del músculo y la instrucción integral del nervio, cada uno, según sus aptitudes y vocación, goza del tanto íntegro debido á su trabajo personal y esfuerzo.

Sabiendo que el genio es general patrimonio, todos le rendimos verdadero culto por cuantos estímulos son posibles, para que ninguno se pierda en el vacío de la ignorancia.

Cada gremio de profesionales y técnicos, al celebrar el aniversario de su constitución ó el feliz ensayo de algún invento de utilidad notoria, descubierto por uno de sus miembros, tiene á punto de honra premiarle con beneficios proporcionales, aumentando su peculio personal.

—Todo se me alcanza; el desinterés de Luján y el de usted sirven de garantía y estímulo al mío; mas se me ocurre una duda sobre el porvenir.

Dispuesto me hallo á entregar á ustedes esa fortuna para que la transformen y utilicen en el bien público de los habitantes de la Colonia.

—Es que ha de aparejar condicionalmente el bien de usted, Sr. Alvarado; de otro modo, ni Verardo ni yo admitiríamos esa transformación que nos ofrece usted.

—¿Y cómo se puede realizar la herencia, por ejemplo, ó las afecciones y cariños personales que yo desara legar?

—Muy sencillamente, D. Pedro.

Ese capital de usted, cristalizado ahora en piedras preciosas y cheques, según manifiesta, es improductivo para usted y para todos. Para producir necesita ser fecundado por el trabajo, y transformado en utilidad común y propia, mediante la directa acción de los más y la inspección nuestra, en garantía de su propiedad personal de usted.

—No comprendo bien, ni veo claro—objetó Alvarado.

—Para esto precisamos una operación previa en usted, y luego verá clara la demostración experimental nuestra.

Los prejuicios de ese otro mundo que desea abandonar en cuerpo y riqueza, para establecerse en el nuestro, anublan el entendimiento, y como las cataratas los ojos, impide ver los objetos en toda su realidad; esos errores, cristalizados por la memoria en el cerebro, y esas preocupaciones, motivadas por las pasiones del yo, impiden también ver la realidad de este otro mundo, expansivo y diáfano, donde hemos armonizado, por régimen económico y racional, el yo de cada uno con el nosotros de los demás, para el mutuo bien y la mutua solidaridad de todos.

En ese mismo viejo mundo pasional de desengaños y yerros, que usted tiene propósito de abandonar ahora, todo se transforma y modifica por una ley evolutiva, ineludible para las personas y las cosas.

Ha condensado usted su fortuna, transformándola en piedras preciosas y cheques, por facilidad y economía del traspaso, mediante el valor convencional cotizabile.

Aquí podrá dilatarse y transformarse esa riqueza individual mediante cambio por moneda, y nosotros, compra de terrenos, artefactos y útiles, que á usted beneficiarán respectivamente los gremios donde hayan de aplicarse, según la voluntad de usted y nuestra dirección técnica en la transformación; la expropiación forzosa está excluída de nuestras operaciones y del régimen de la Colonia; porque en manera ninguna empleamos la coacción y la fuerza tal y como funcionan en ese viejo mundo.

Usted será siempre un usufructuario indirecto de

todos los beneficios, que proporcionalmente á la riqueza producida le correspondan, hasta que la muerte suya los termine, y aun después la voluntad, en cuanto á la propiedad personal, será también suya.

¡Ah, si Dios iluminase á los grandes terratenientes y demás capitalistas, que detentan la riqueza, y la luz de Jesús tocase sus corazones! Cuántos mayores beneficios obtendrían ellos en esa voluntaria y espontánea transformación, de la cual huyen con ansias de condenados, y por lo que forzosa, violenta y brutalmente serán expropiados, por las mismas necesidades de la vida y por los mismos requerimientos de la muerte.

En la Colonia, según podrá usted comprobar, la herencia de la propiedad, que por su esencia misma es individual, existe para todos; no así de la que por su misma naturaleza es colectiva, y la fecundan y usufructúan las colectividades, como medios de producción y de riqueza.

Los gremios, mediante libretas de crédito, garantizan á los agremiados lo que personalmente les corresponde; el mobiliario, las casas y demás enseres, cuadros, libros, objetos de arte, etc., son riqueza personal, que transmiten de padres á hijos, parientes ó amigos, mediante documentación en los archivos gremiales, y municipales, que se halla garantida para el uso de cada uno.

Y así como esos Bancos de crédito en donde usted tiene á cobrar esos cheques le garantizan el cobro, de la misma forma y manera los respectivos gremios, con sus cajas de previsión, garantizarán á usted ese capital, una vez puesto en movimiento y fecundación de la riqueza por el trabajo colectivo, inteligente y racional de los agremiados empleado; porque la Naturaleza, en sus sabias combinaciones,

nos impone la sociabilidad por el concurso de nuestros afectos y de nuestra dicha, y bienestar comunes y el societarismo productor.

—Me he convencido, y pueden ustedes disponer de mi capital y de mi voluntad.

—Elegirá usted sitio y terreno para la construcción de su casa y jardín, y mientras usted mismo se va á la ciudad, donde ha de realizar á metálico esos cheques y cambiar esas piedras preciosas por moneda fiduciaria, para hacer la otra transformación de compra de terrenos y artefactos y maquinaria, se harán las operaciones de construcción, iniciación y aco-  
tamamiento, si así le parece bien.

—Desde luego á todo estoy dispuesto.

—Mañana, precisamente son los exámenes y distribución de premios á los niños de la enseñanza elemental, que reciben en la Colonia, en ella se afianza el porvenir de las generaciones. Si usted quiere presenciarnos nos servirá de satisfacción á todos.

— Con muchísimo gusto—contestó D. Pedro Alvarado, añadiendo—: Así podré comprobar cuanto ustedes me han iniciado, porque la enseñanza elemental es la base del engrandecimiento de los pueblos.



## Enseñanza creadora y racional.

---

Los rayos de oro del sol en Junio comenzaban á bañar las cúpulas de los más elevados edificios de la Colonia, cuando multitud de familias, vestidas de gala, iban entrando en el vasto edificio de una de las escuelas municipales, en cuyo extenso paraninfo se verificaba la distribución de premios á los niños, con quienes se realizaba la enseñanza elemental primaria.

Más de dos mil muchachos, de ocho á once años, se hallaban ya sentados, conversando con ese dulce, inocente y espontáneo cuchicheo que alegra el alma y sonríe al porvenir, teniendo á la cabeza los profesores de cada escuela, taller y granja, en donde alternativa é integralmente se les enseñaba.

Presidía el acto el director de Instrucción pública, hombre venerable, encanecido en la enseñanza, rodeado de los miembros del jurado de exámenes, compuesto de los más distinguidos profesores. A la derecha estaban los miembros del municipio, síndicos de los gremios, representantes de la Cámara gremial y de justicia; prensa y taquígrafos á la izquierda. La familia de Luján y Alvarado, con el matrimonio Psiquis y Lirón, ocupaban una tribuna.



—Me tiene encantado ver tanto niño de ambos sexos que rebosan salud, inteligencia y alegría en los rostros, exclamó Alvarado, encarándose con Amador.

—Resultados son de la higiene y actividad, metodizadas por ejercicios de cuerpo y despertar de inteligencia.

La confusión en ese viejo mundo del amor espiritual con el amor propio, que avasalla la niñez, encarrilándola por las cristalizaciones de fanatismos, que malogran su porvenir y violan sus almas, y hace que se transmitan los errores de padres á hijos, con detrimento de las energías é inteligencias creadoras, cohibiendo la libertad del pensamiento de los niños, é imponiéndoles nuestros prejuicios, nuestros errores, heredados por preocupaciones de barbarie, y transmitidos á beneficio de inventario de nuestros mayores, que atrofian las inteligencias, extravían los entendimientos de los niños, y malogran su porvenir, siu contar con sus disposiciones y aptitudes.

Nacemos para sentir, sentimos para pensar y obramos mediante la libertad de querer y pensar libérrimamente.

Pero así como la juventud quiere avasallar el sentimiento de la hembra, dominándolo al deseo pasional, para satisfacer únicamente las ansias de la carne, del mismo modo, mediante las pasiones del amor propio, paternal, quieren los padres imponer á sus hijos, por inconsciencia de la realidad y de sus aptitudes, profesiones, oficios y carreras, y aun sistemas religiosos, sin tener en cuenta sus capacidades y el libre albedrío de sus almas.

Violando sus almas puras y sus entendimientos con imposiciones irracionales las más de las veces, más atentos á su posición y estado que á la capaci-

dad y voluntad de sus hijos, cuvas vocaciones dormitan en su cerebro, esperando la piedra de toque para despertar.

Así los extravían y descarrilan de un porvenir risueño, elevado y dichoso, contrariando esas nobles vocaciones, en armonía con su genio y las facultades intelectuales de los niños.

Aquí, según verá usted, se repeta la pureza de las almas y la libertad del entendimiento de los niños de ambos sexos, tratando únicamente de despertar las unas y desenvolver los otros, mediante un método racional, íntegro, sin prejuicio ni sistema preconcebido.

La observación, el estudio y la experimentación son las piedras de toque, para todos los entendimientos y deseos infantiles.

Los preludios de la orquesta del himno al trabajo interrumpieron la conversación del Psiquis. Levantáronse todos, cual movidos por un resorte.

Terminado el himno, el presidente inició la apertura del acto, comenzando los ejercicios, por el sexo femenino, de idiomas castellano, árabe, alemán, francés é inglés; nociones de Historia Natural, de Física, de Química, Higiene, Cálculos aritméticos, Geometría aplicada, Dibujo, nociones de Agricultura y de Música.

Los chicos de ambos sexos, que han hecho en sus respectivas escuelas los más aventajados ejercicios y aspiran á ganar premios, iban haciendo ejercicios de «observación» y de «expresión», que consistían en nombrar doce objetos de uso necesario, doce de animales y plantas, doce de invenciones industriales; explicaban sus usos; enumeraban sus servicios; sus aplicaciones y sus utilidades prácticas en diferentes funciones de la producción.

Resultado sintético de una enseñanza creadora, útil, integral y humanitaria, que despierta las facultades intelectuales con toda la natural espontaneidad del entendimiento, sin prejuicios de sistemas erróneos, ni cristalizaciones religiosas.

Después se les fué entregando, según el taller donde por su inclinación adquirieron la enseñanza práctica, martillos, sierras, escaleras, barcos, nivel, cartones gráficos, lino, hilo, minerales y fueron explicando los usos, las ventajas y servicios en que podían utilizarse.

A quienes habían acudido á las granjas se les entregaban ramos de flores y varias plantas, invitándoles á describir las especies, color, aromas, formas, aplicaciones terapéuticas de industria, y alimentación; á otros, una colección de insectos, de aves y gramíneas.

—Aquí no se pide más que ejercitar los sentidos, desenvolver de modo atractivo y espontáneamente todas las facultades intelectuales, para que sean originales creadores por la afinación y delicadísima cultura de los sentidos, sin perjuicios ni sistemas, ni preocupaciones egoístas.

Así los chicos de ambos sexos, en los ejercicios de músculo y de nervio, adquieren por sí propios antropocultura completa y perfecta y equilibrio intelectual, no dando preferencias nocivas; se acostumbran á observar por sí mismos, á ver y razonar por su propia vista, entendimiento y observación á explicar con exactitud, por la virtualidad de sus propias facultades y energías, á pensar y sentir por su mismo pensamiento y sentimiento, nunca por la rutina de los demás.

Todos los seres de ambos sexos reciben aquí instrucción útil, creadora, de inmediata aplicación,

para su independencia personal, primera virtud de la inteligencia y capacidad de cada uno.

Esta independencia personal de capacidad y laboriosidad de cada uno, es estimulada por premios efectivos de las colectividades gremiales, que consisten en pensiones para viajar, estudiar y perfeccionarse en las especialidades que han sido premiados, bajo la dirección de profesores comisionados por los respectivos gremios.

Las ciencias exactas y la físico-experimentales construyen el fondo de la enseñanza superior, con la unidad propia de la ciencia y el método analítico para el programa de los estudios.

Los premios y méritos en la hoja de estudios les sirven de única recomendación, para ingresar en los gremios á la edad núbil, ganando dentro de ellos los mayores beneficios.

Cuando sobresalen en algún ramo de la ciencia, previos exámenes, sin exclusión de sexo, entran en el gremio de profesores técnicos.

Hasta la edad de veintitrés años reciben instrucción y alimentación gratis los que las necesiten por orfandad; y si durante este tiempo no acreditan capacidad y aplicación los jóvenes entran á trabajar en el gremio que por su inclinación elijan, salvo aquellos huérfanos que van á la institucion por ellos creada por la Colonia.

Aquí la riqueza se fecunda en el trabajo indispensable, y es inmensamente ponderada por la inteligencia colectiva, por la dirección competente y la maquinaria, hallándose toda ésta en las manos más inteligentes y activas, cual el fluído que tiende á restablecer el nivel perdido.

Porque trabajando todos para cada uno y cada uno libre, trabaja con más intensidad para sí mismo.

En esta Colonia, dispuesta á expansionarse por el planeta, según el foco de la luz solar radia calor y vida, todos tienen abierto el camino de las riquezas, todos asegurados tienen también los medios de vida; el temor á la miseria, que no existe, como tampoco el vacío en el espacio, no aceda el presente ni excita el desordenado apetito de la previsión, porque todos disponen de medios para trabajar con libertad por ellos y para ellos; todos disponen de las fuentes de instrucción, de esparcimiento y deleite.

Terminado el acto con la mañana, después de dar margen á las familias y á los chicos para comer y descansar, comenzó el segundo acto de los exámenes recreativos por la tarde, en el Hipódromo de la Colonia, desde cuyas espaciosas tribunas pudieron contemplar los ejercicios recreativos de los chicos de ambos sexos, amenizados por orfeones de voces y música de instrumentos de viento y cuerdas, que deleitaban el ánimo de espectadores y actuantes, entreverando los números de cada ejercicio gimnástico.

Carreras á pie y sobre caballos amaestrados, patines, juegos de pelota con manos y con pies, alternativamente; juegos de patines y de bolos, ordenados y organizados por las respectivas sociedades, cabalgatas de industrias varias, con otros artísticos arbitrios de recreos y esparcimientos útiles que acreditaban los sanísimos progresos, estimulando las energías del cuerpo y dando esparcimiento y solaz al espíritu, constituyeron el agradable espectáculo de toda la tarde, pasada con alegría y satisfacción de todos los concurrentes miembros de la Colonia.

Que al atardecer tornaban á sus casas, satisfechos y gozosos de los suyos, sin esas emociones trágicas de los espectáculos sangrientos, bárbaros residuos,

cristalizados en costumbres más bestiales de otros tiempos, los cuales pervienten los corazones, estimulan al desgaire vicios nocivos, y malean las gentes al descuido de otras pasiones, que surgen de las impresiones de esos espectáculos, que ni sanean los ánimos ni halagan los espíritus, y se sostienen únicamente por intereses impuros de un mercantilismo venal, endureciendo los corazones juveniles, de espaldas á la risueña y purísima Naturaleza, martirizando á los animales inferiores.



---

## Epílogo.

---

Cuando la ética de la doctrina espiritual, practicada y propagada por Jesús, fué el alma, la vida, nervio y fuerza de la religión cristiana, ésta conquistó, saneó y dignificó la especie humana.

Cuando la estética egolátrica reemplazó á la ética cristiana por el catolicismo simoníaco, y éste puso las oraciones, el culto de latría y los buenos propósitos sobre las obras y buenas acciones, excluyendo la ética de Jesús, la especie humana comenzó á huir del catolicismo como se huye por instinto de conservación del contacto de un cadáver. Porque toda religión sin la ética viva de una doctrina espiritual que radie del alma, es como un cuerpo sin alma, la descomposición orgánica inevitable.

Cuando una sociedad humana en estado morbooso y pasional, por egoísmo y prejuicio malsanos se divorcia y elimina del ideal redentor, luz de su camino, propulsor de los resortes de su vida, palanca removedora de todos los obstáculos regresivos, fuente inagotable de todos los beneficios sociales que acaloran su vida, desarrollan su riqueza con la armonía y la paz sociales, garantía de su bienestar progresivo. Puede considerarse á esta sociedad á la nación espa-

ñola, como á la viuda que se divorcia ó pierde á su marido, amparador y protector de la mujer.

Pues así como el arte, ciego y con pies, auxilia la ciencia, coja y con vista, llevándola sobre sus hombros, y por el matrimonio del arte con la ciencia vive la humanidad, dominando todos los elementos de la naturaleza, del mismo toda nacionalidad vive, progresa y se desarrolla, teniendo así derecho al concierto con las demás naciones, cuando, como éstas, camina por los rieles del progreso, la de perfección y la de renovación con el augusto trole del ideal redentor, como augusto esposo.

Todas las naciones del planeta vienen comprobando esta suprema verdad, transformando sus formas de gobierno y sus leyes internas, por la ciencia sociológica dirigidas y gobernadas, desde el absolutismo religioso, pasando por el imperio cesarista, hasta la democracia societaria.

Por una bien tristísima fenomenal regresión, España, intoxicada por el clericalismo y mediante un acto alevoso de fuerza, se divorció del ideal, que la enaltecía y vivificaba, quedando «viuda» y en la sima de su desgracia por este motivo.

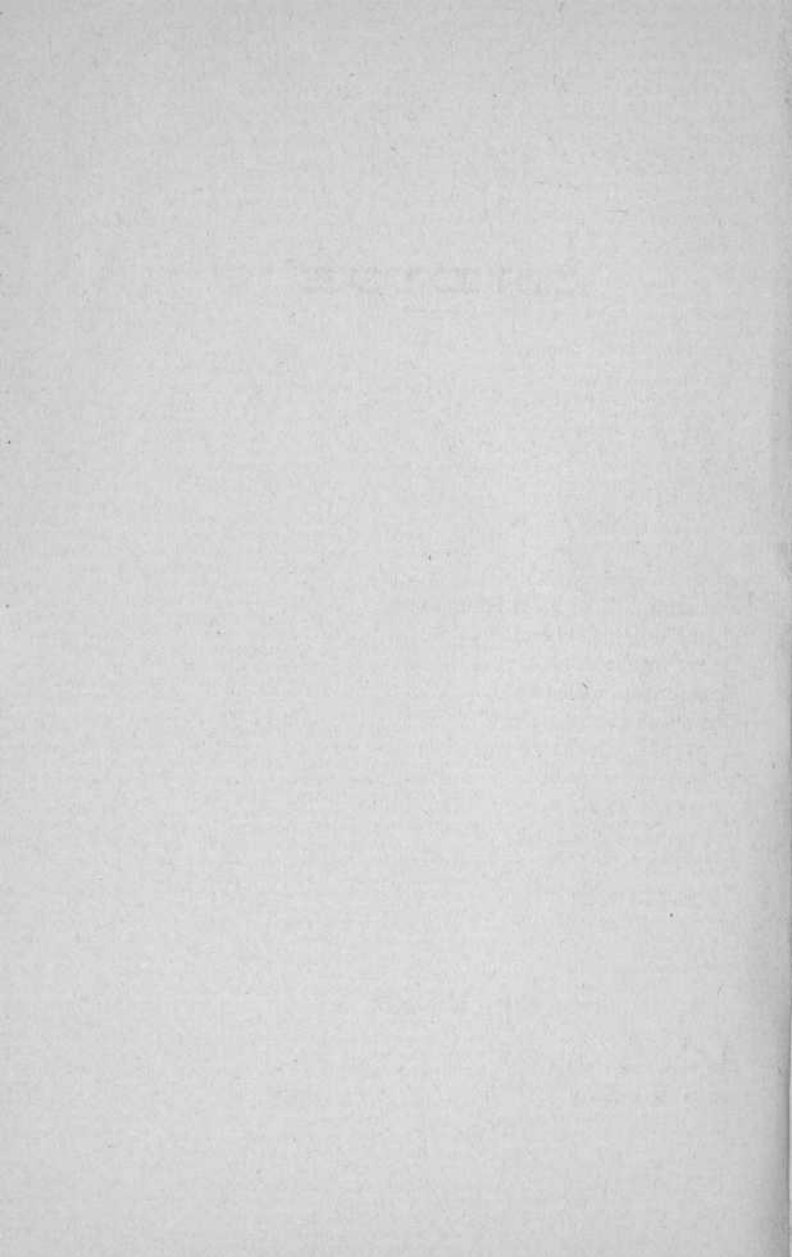
Exponiendo varias veces la vida, sufriendo gravísimos atropellos y la emigración amarga; perdiendo varias veces nuestra libertad, tuvimos la honra de redimirla y salvarla, encarrilando su vida mediante la revolución de Septiembre por los railes del progreso hacia la democracia societaria y el concierto de las demás naciones, entre las cuales su vida precaria está en entredicho, padeciendo todos los martirios de su tristísima situación.

Después de una labor intelectual, educativa para redimirla de la onerosa esclavitud de su viudez con el ideal, consignada en más de sesenta volúmenes,



venimos exponiendo en este último las causas y los motivos de su desgracia, y los medios que pueden salvarla de la sima, para justificar el título de esta novela, expresión del amor filial que á la familia española consagramos en todos los instantes de nuestra laboriosa, humilde existencia, dando aquí fin á nuestra ingrata tarea, para que en aras de ese amor espiritual me perdonen las faltas y defectos de expresión, y los demás puedan con sus esfuerzos, casarla con el ideal redentor, y redimirla de todas sus esclavitudes y miserias, si no la entierran las demás civilizadas, cual se hace con los parásitos morbosos, por espíritu de conservación y misericordia.

FIN



# INDICE

## PRIMERA PARTE

### Páginas

<i>Dedicatoria</i> .....	3
<i>Prólogo</i> .....	5
Sueño telepático.....	11
El misterio.....	18
Contrastes humanos.....	24
Iniciación histórica del fenómeno.....	34
¡Cómo encarna el Ideal!.....	40
Drama íntimo.....	48
Noticierismo maleante.....	54
Dos almas que se clarean.....	61
Cómo se inicia el drama.....	65
La riqueza es un estímulo para el catequismo.....	70
Por el hilo se conoce la trama.....	83
Una entrevista interesante.....	89
Caridad viva y cristiana.....	94
¡Triste realidad!.....	99
Convencionalismo frente a la futura realidad.....	107

## SEGUNDA PARTE

¡Ser! ¡No ser! ¿Qué soy?.....	117
¿Qué es la vida?.....	124

# ÍNDICE

## Páginas

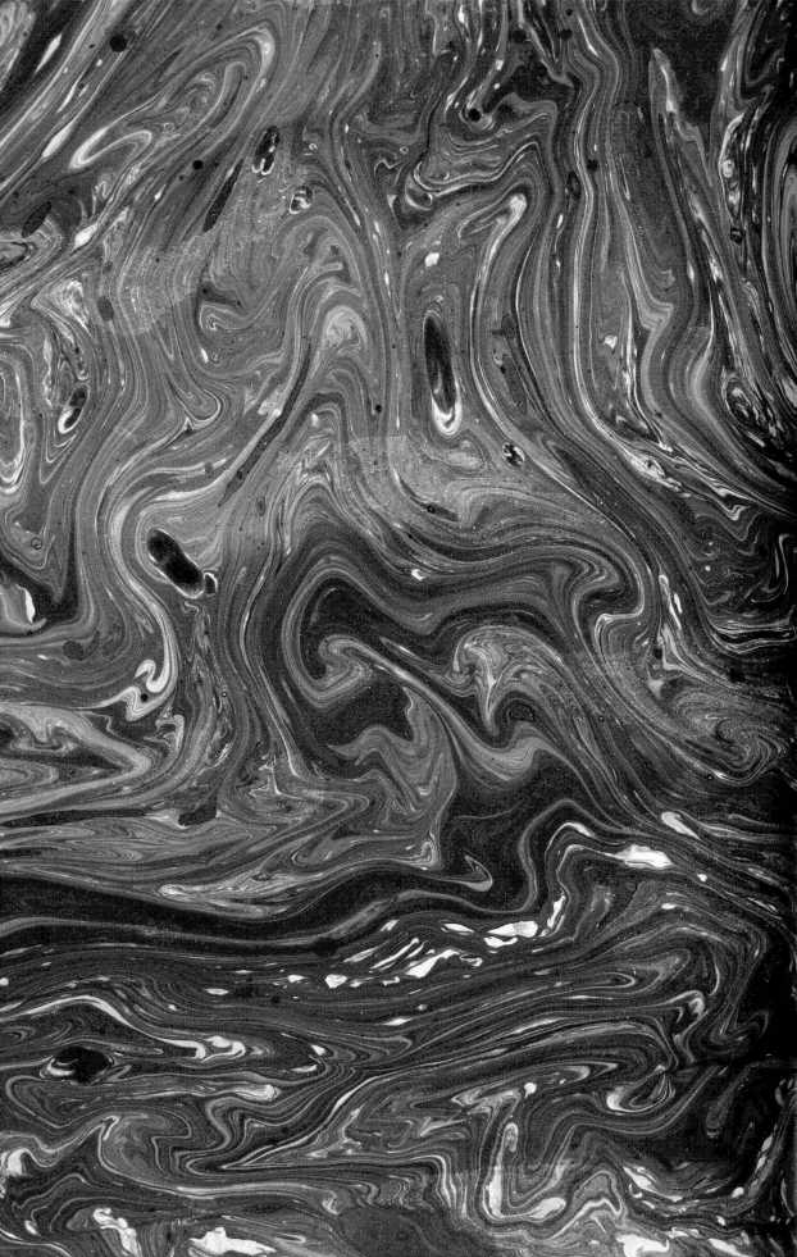
Creación.....	134
¿Qué es la sociedad?.....	139
¡Es ella!.....	148
¡Cómo tropiezan las almas!.....	155
¿Quién es ella?.....	162
Dos almas que se ven.....	169
Dualismo matrimonial.....	175
¡Cómo cambian los tiempos!....	181
¡Cómo germina el bien humano!.....	186
Ideal de la realidad.....	196
Realidad latente.....	206
Despertar del sueño pasional.....	215
¿Cómo se despierta de la hermosa realidad?.....	225
Enseñanza creadora y racional.....	236
Epílogo.....	243





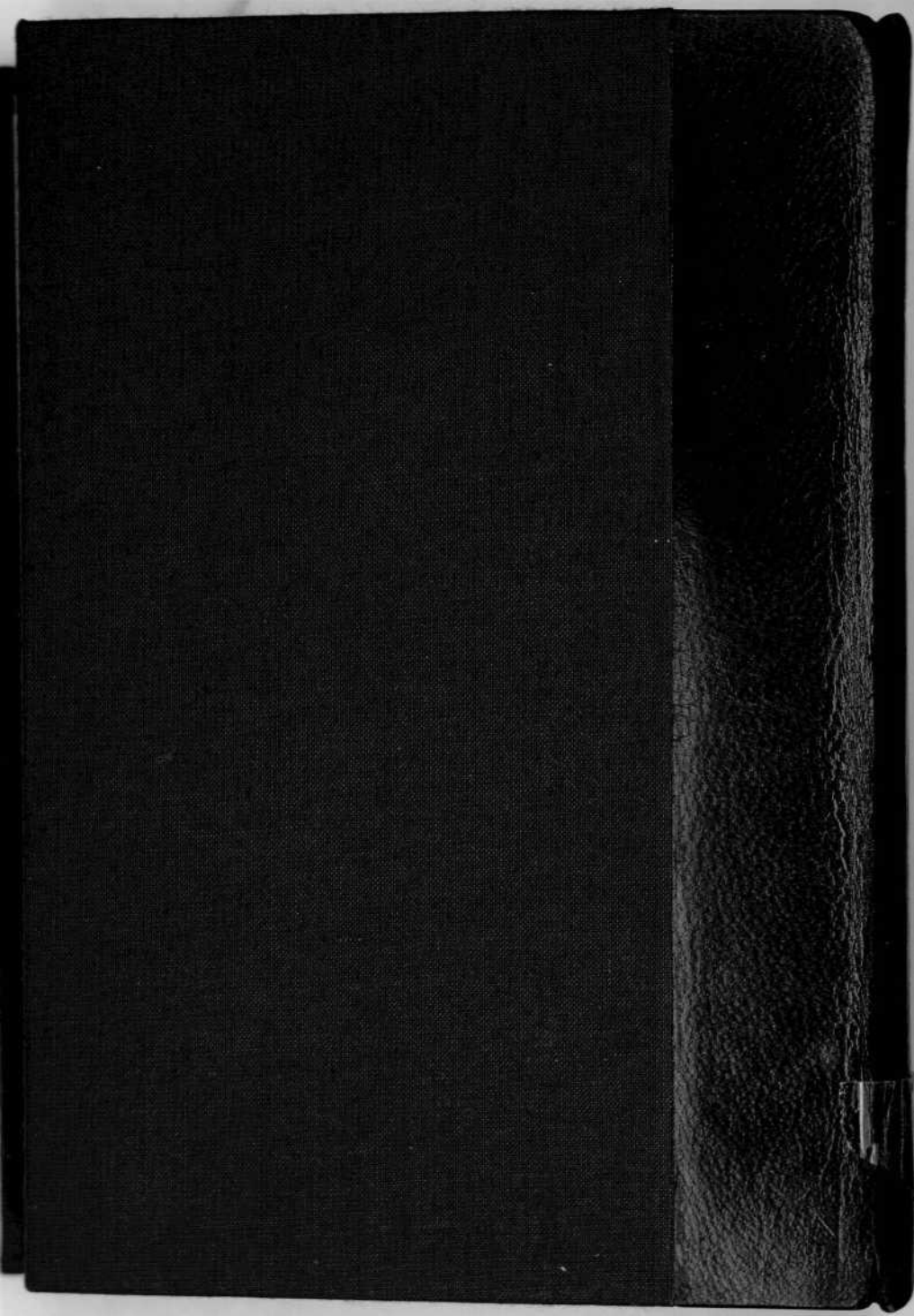












LA  
VIUDA



L. ROMERO

GUINONES

---

1853